



ESPIRITU SANTO

Experimenta la belleza de conocer

y amar al Espíritu de Dios y descubre los secretos de como ser usado por Su poder

Andres Bisonni

[www.EspintuSanto.com](http://www.espintusanto.com/)

[© Copyright 2014](http://www.espintusanto.com/)

Referencias Biblicas tomadas de la Version Reina-Valera 1960

Dedicatoria

*A Giannine Christine, La Mujer que Amo*

índice

Dedicatoria Introducción

[Capítulo 1 Cautivado por el Espíritu Santo 9](#_bookmark0)

Capítulo 2 Un Encuentro con el Espíritu Santo 23

Capítulo 3 La Personalidad del Espíritu Santo 41

Capítulo 4 La Vida Interior con el Espíritu Santo 55

Capítulo 5 Santificado por el Espíritu Santo 73

Capítulo 6 El Lenguaje del Espíritu Santo 93

Capítulo 7 Investidos del Poder del Espíritu Santo 113

Capítulo 8 El Poder del Espíritu Santo

para Predicar el Evangelio 129

Capítulo 9 El Poder del Espíritu Santo

para Sanar los Quebrantados de Corazón 151

Capítulo 10 El Poder del Espíritu Santo

para Liberar a los Oprimidos 167

Capítulo 11 El Poder del Espíritu Santo

para Sanar a los Enfermos 183

Capítulo 12 Transformados por el Espíritu Santo 197

Introducción

Este es un libro sencillo escrito con el deseo de que puedas conocer a la persona del Espíritu Santo. En su primera mitad, encontrarás los detalles de cómo desarrollar diferentes facetas de una relación personal con el Espíritu de Dios; en la segunda mitad podrás ver cómo es que Su poder se manifiesta para ministrar a otros.

Jesús dijo, “Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré” (Juan 16:7). Jesús dijo que sería mejor para nosotros que El se fuera por solo un motivo: Tendríamos el privilegio de conocer a quien El amaba; experimentaríamos la belleza de conocer al Espíritu Santo.

Es mi oración que este libro te anime a descubrir una relación íntima con el Espíritu de Dios. Y al cultivar y nutrir esta relación interior, conocerás a una persona que te ama incondicionalmente. Experimentarás Su maravillosa Presencia, y el gozo de ser usado por su poder. El te revelará el propósito de Dios para tu vida, y te confortará en tiempos de necesidad. Te guiará a toda la verdad, y te dará victoria sobre el pecado y la tentación.

Tu vida se convertirá en un instrumento en Sus manos y El te investirá de Su poder para compartir el evangelio, sanar a los enfermos y liberar a los oprimidos. Pero aún más importante, el Espíritu Santo abrirá los ojos de tu corazón para que puedas ver la gloria de Dios revelada en el rostro de Jesucristo. Mi anhelo al escribir este libro, es que conozcas al que ama tu alma, y que tu vida refleje Su esplendor sobre la tierra.

Capítulo Uno

Cautivado por el Espíritu Santo

# *Hallé luego al que ama mi alma; Lo así, y* no lo dejé.

*Cantares 3:4*

La Gloria de Su Presencia

Mientras viajábamos cerca de la Cordillera de Los Andes en Argentina, de repente la atmósfera dentro del autobús fue saturada por el brillo de la gloria de Dios. La Presencia del Espíritu Santo se estaba manifestando en medio nuestro y, en ese momento, Su belleza incomparable fue descubierta ante mis ojos.

Los que viajaban conmigo también fueron sorprendidos por el indescriptible sentimiento que causa la cercanía de Dios, y al instante levantaron sus voces en oración y adoración en lenguas desconocidas. La majestad de Dios comenzó a abrazarme, y mi alma fue inmediatamente cautivada por la realidad de Su bondad y misericordia hacia mi.

Al cerrar mis ojos, tuve la impresión de que todo lo que estaba a mi alrededor desaparecía lentamente. Me sentí como si estuviera sólo en la Presencia de Dios, y al contemplar Su semblanza, mi única respuesta fue adorarlo desde lo más profundo de mi corazón. Nada más en este mundo parecía importar.

Como un río caudaloso, palabras de adoración hacia Jesús comenzaron a brotar desde mi interior. Estas palabras no provenían de mi mente porque iban más allá de mi capacidad de articular; eran palabras llenas de asombro que fluían directamente de mi espíritu.

La revelación personal de la belleza de la naturaleza de Dios, me llevó a confiarle mi alma completamente, y tomé la decisión de rendirme totalmente en Sus manos. En ese instante, sentí Su Presencia viva entrando en mi pecho, y Su poder comenzó a fluir a través de mis brazos y manos como una corriente eléctrica.

El mover del Espíritu de Dios dentro de mí, me quitó el aliento, y tuve que respirar profundo varias veces. Incluso mis emociones fueron subyugadas por el Fuego del amor de Dios que se derramaba sobre mi corazón. Era un amor tan profundo, tan poderoso y tan puro como nunca antes había experimentado en mi vida. Un amor que verdaderamente sobrepasaba mi entendimiento y que palabras no pueden llegar a describir.

Su amor por mí inundó mi ser de tal manera que me quebranté, y comencé a llorar desconsoladamente. Me sentí completamente deshecho porque sabía que no era digno de recibir Su amor, y hasta el día de hoy, mi mente no alcanza a comprender cómo El puede amarme de esa manera.

Él comenzó a hablarme diciendo, “La decisión que tomaste ha subido a Mi Presencia como un olor fragante. Desde este día en adelante estaré contigo y nunca te dejaré, y tu estarás conmigo y nunca me dejarás.”

También me hizo una promesa. Me dijo que el número de personas que recibirían el Espíritu Santo por medio de mi vida, seda como las estrellas del cielo y la arena del mar. Su Presencia era tan poderosa que caí hacia adelante sobre el piso del autobús sintiendo olas de Su poder y amor recorriendo todo mi ser. En ese momento, perdí completamente la conciencia.

Lo próximo que recuerdo, es que empecé a oír como a la distancia, las voces de personas que me decían que me levantara en el nombre de Jesús. Me puse de pie todavía llorando y temblando, y me di cuenta que mi camisa estaba empapada en lágrimas. Habíamos llegado a la ciudad de Mendoza, y sin saberlo, había estado llorando en el piso del autobús por más de una hora. Mi piel ardía y mi cuerpo seguía temblando. Podía literalmente sentir al Espíritu Santo en mi interior. Mientras caminaba hacia el lugar donde estaba alojado, me senda extremadamente liviano y lleno de un gozo inexplicable. Parecía como si estuviera caminando sobre una nube. Estaba sorprendido al notar físicamente la Presencia del Espíritu Santo dentro de mí, pero aún estaba más impresionado ante la realidad de que aunque me estaba alejando del autobús, el Espíritu Santo también se iba conmigo.

Tuve una sensación parecida varios años después, cuando mi esposa y yo salimos del hospital, después del nacimiento de nuestro primer hijo. Mientras manejaba, miraba

una y otra vez al bebé que estaba en el asiento de atrás. No podía creer que los doctores nos habían permitido llevamos a casa a un bebé tan hermoso!

El saber que el Espíritu Santo estaba viviendo en mí era tan sorprendente, que al caminar a casa esa misma noche abría mis brazos, miraba al cielo, y simplemente sonreía. Sentía como si el Señor también me sonreía. Un hombre que me vio pasar me miró como pensando que había perdido la razón. Lo miré y le dije: “Jesús está vivo Jesús nunca había sido tan real y mi amor por El nunca había sido tan profundo!

Al llegar a la casa, entré en mi habitación y me senté sobre la cama. La luz estaba encendida, y cuando simplemente susurré, “Espíritu Santo,” de repente, el mismo brillo de la gloria de Dios que había llenado el autobús comenzó a inundar la habitación.

El Espíritu Santo volvió a manifestarse, pero esta vez, fui expuesto a la perfección de Su santidad. Rápidamente caí sobre mis rodillas en total asombro y temor. Estaba tan atemorizado que pensé que me iba a morir. De pronto, sentí como si un manto era puesto sobre mí. Una inmensa paz inundó mi alma, e inmediatamente el temor se desvaneció.

Mientras permanecía de rodillas, no quería moverme porque deseaba que Su Presencia tangible no se apartara de mi. Entonces volvió a pasar, pero esta vez un poder aún más fuerte e intenso, que parecía como electricidad, comenzó a fluir a través de mis brazos y piernas.

Su poder era tan fuerte que aún lo podía sentir dentro de mis huesos al punto que pensé que se iban a quebrar. Por horas permanecí de rodillas y por horas El permaneció junto a mí.

Esa noche, comenzó mi relación con el Espíritu Santo, y hasta el día de hoy, El nunca me ha dejado.

El había cautivado por completo mi corazón con Su santidad, bondad y amor. Jesús me había sumergido en el Fuego de Su Espíritu, y mi vida ya nunca más sería la misma. Había encontrado la Perla de Gran Precio. Había encontrado el Tesoro Escondido. Hallé al que mi alma ama.

Mi Camino Hacia el Encuentro con el Espíritu Santo

Nací en la Argentina y fui criado en un hogar cristiano. Amé al Señor desde temprana edad, y recibí a Jesús como mi Señor y Salvador a la edad de ocho años. Cuando cumplí trece años, mi familia se mudó a los Estados Unidos. Continué leyendo la Biblia y creyendo en Jesús, pero poco a poco y con el correr de los años, empecé a sentir como si El estuviera lejos en el cielo, y yo solo aquí en la tierra. Seguir a alguien a quien sentía tan distante, comenzó a resultarme extremadamente difícil. Recuerdo un día, al caminar por las calles de la universidad, miré hacia el cielo, y simplemente le pregunté a Dios, “Dónde estás?”

Unos pocos meses después Dios contestaría mi pregunta al revelarme a Su Espíritu. Cuando tuve el encuentro con el Espíritu Santo, tenía 22 años. Estaba por graduarme de la Universidad de Baylor, y ya había sido aceptado en la Escuela de Medicina de la Universidad de Texas. Me encontraba en la Argentina, a donde había viajado en un programa de intercambio universitario para finalizar el último semestre de mi licenciatura en Economía. Mi plan era simple: disfrutar unos meses del país donde había nacido y luego regresar a los Estados Unidos para empezar la carrera de medicina.

Al llegar a Argentina, continué asistiendo a la iglesia los días domingo como era mi costumbre. Para mi sorpresa, noté algo que nunca había visto antes: La gente estaba apasionada por Dios y amaban adorar al Señor. Cerraban sus ojos, levantaban sus manos y cantaban al Señor por horas. Aún lágrimas caían sobre sus rostros mientras adoraban a Jesús. Al final de las reuniones, el pastor llamaba al altar a los enfermos para orar por ellos, y para mi asombro, vi como el Señor sanó a muchos de ellos.

Las reuniones muchas veces duraban más de cuatro horas, y cuando terminaban, nadie quería irse de la iglesia. Cuando hablé con los jóvenes, me di cuenta que estaban completamente enamorados de Jesús. Les apasionaba reunirse para orar y salir a las calles a compartir el evangelio. Mientras oraban, pude observar a muchos de ellos llorar debido a la compasión que sentían por aquellos que no conocían al Señor.

Decidí visitar varias iglesias, y para mi sorpresa, la gente tenía la misma pasión por Dios en todas ellas. Algo sobrenatural estaba sucediendo. Cuando era niño, en la Argentina las iglesias eran pequeñas y los cristianos evangélicos pocos. Ahora, las iglesias estaban llenas de personas buscando y adorando al Señor de todo corazón.

Me sentí completamente intrigado por lo que estaba viendo, por lo que me propuse buscar la razón detrás de ese despertar espiritual. Quena saber porqué estaban tan desesperados por Dios, y porqué yo, aunque también era cristiano, no sentía la misma pasión de amar y servir al Señor.

Comencé a preguntar a varias personas acerca de la razón de su pasión por Jesús. En cada conversación, siempre

surgían dos palabras: “Espíritu Santo;” cada uno de ellos había experimentado un encuentro personal con el Espíritu de Dios. Durante aquellos días, sentí como si un velo había sido quitado de mis ojos, y me di cuenta que el Espíritu Santo era la respuesta. El Espíritu Santo era el único responsable del avivamiento; El fue quien había revelado a Jesús de una manera tan profunda y personal a tantas personas.

Un ferviente deseo de conocer al Espíritu de Dios se encendió dentro de mí, y me propuse estudiar lo que la Biblia enseñaba acerca de Su persona. Me di cuenta que Jesús no había realizado ningún milagro durante los primeros treinta años de su vida. Su ministerio sobrenatural comenzó después de tener un encuentro con el Espíritu Santo en el Río Jordán: “Aconteció que cuando todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado; y orando, el cielo se abrió, y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma” (Lucas 3:21-22).

En ese momento, Jesús fue lleno del Espíritu Santo: “Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán” (Lucas 4:1). El Espíritu Santo fue quien lo invistió de poder para sanar a los enfermos, resucitar a los muertos, y echar fuera a los demonios (Lucas 4:14-18).

Me asombré cuando descubrí que a través del poder del Espíritu Santo, nosotros también podríamos hacer en Su nombre, las obras que Jesús hizo (Juan 14:12). Además, pude comprobar en las Escrituras que todas las personas que fueron usadas por Dios, también habían tenido un encuentro personal con el Espíritu Santo (Deuteronomio 34:9, 1 Samuel 16:13, 2 Reyes 2:9, Hechos 2:4, Hechos 9:17). A través de la lectura de la Biblia, también pude ver que el Espíritu Santo es quien revela el propósito de Dios para nuestras vidas (1 Corintios 2:9-10).

Mis ojos se estaban abriendo a la importancia y realidad de la persona del Espíritu Santo. Mi corazón se llenó de gozo cuando comprendí que yo también podía llegar a conocerlo personalmente (2 Corintios 13:14).

Con gran entusiasmo, empecé a acercarme al Señor a través del arrepentimiento. Había leído en las Escrituras que para ser llenos del Espíritu Santo, no sólo debemos creer en Jesús, sino también tenemos que estar dispuestos a abandonar nuestros pecados. El apóstol Pedro dijo, “Arrepentios, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:38).

Durante los siguientes tres meses, continué orando y pidiéndole a Dios que me llene de Su Espíritu; varias personas también oraron por mí. Sin embargo, en ningún momento experimenté Su Presencia. Permanecí buscando al Señor porque tenía la certeza de que conforme a las Escrituras, la Promesa del Espíritu Santo era también para mí: “Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare” (Hechos 2:39).

En medio de esta búsqueda espiritual, decidí asistir a una conferencia de jóvenes en una ciudad cercana. Durante este evento, pude ver como muchos jóvenes eran tocados por el poder de Dios, pero nada pasaba conmigo.

Después que la conferencia había terminado, cuando estábamos regresando en el autobús, comencé a conversar con el joven que se había sentado a mi lado acerca de su experiencia con el Espíritu de Dios. Le mencioné que yo también estaba

buscando ser lleno del Espíritu Santo. Fue entonces cuando él me preguntó si podría orar por mí.

En el momento que estábamos orando juntos, el Espíritu Santo se manifestó con Su Presencia como describí al comienzo de este capítulo. Fue en ese instante cuando El también me reveló Su llamado para mi vida a través de una palabra profética: Dios me estaba llamando a predicar el

evangelio, a orar por los enfermos, y a llevar el Fuego del Espíritu Santo a las naciones.

Cuando viajé a la Argentina en el programa de intercambio universitario, nunca esperé encontrarme en medio de un avivamiento; nunca me imaginé que iba a tener un encuentro tan poderoso con el Espíritu Santo; y no tenía ni idea de que Dios iba a cambiar completamente el rumbo de mi vida.

Mi deseo nunca había sido el de predicar; estaba en camino a ser médico. Pero mi corazón fue tan impactado por Su amor, que instantáneamente, y sin dudarlo, decidí morir a mis sueños para seguir el plan de Dios para mi vida. El día fue el 25 de Mayo de 1999.

Si Tan Sólo Supieras

Uno de los mayores anhelos de nuestros corazones es el encontrar a alguien que nos ame incondicionalmente, que nos acepte como realmente somos a pesar de nuestras debilidades y defectos. Desafortunadamente, ninguna relación humana puede satisfacer completamente esta necesidad de nuestra alma. Hemos sido creados para tener una relación íntima con Dios. El Espíritu Santo es la única persona en esta tierra en la cual podemos hallar ese perfecto amor.

Durante el tiempo que Jesús estuvo en la tierra, había una mujer en Samaría que creía que iba a satisfacer este deseo de su corazón al encontrar un esposo ideal En su búsqueda, se había casado y divorciado cinco veces, y estaba viviendo con el sexto hombre sin haber podido llenar el vacío de su alma. En medio de su desilusión, se encontró con Jesús cerca de un pozo de agua.

Jesús le hablo diciendo, “Si supieses el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, tu le pedirías, y él te daría agua viva. Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (Juan 4:10, 13-14).

Jesús le estaba diciendo que ningún hombre podría llegar a satisfacer su necesidad de amor incondicional y aceptación. Si ella seguía bebiendo de esa agua, volvería a tener sed. Solamente si ella le pidiera por el don de Dios, que es el Espíritu Santo, podría encontrar a una persona que la amaría completa e incondicionalmente.

Jesús no le estaba dando buenos consejos de cómo experimentar verdadera plenitud en su vida; El no le estaba ofreciendo algo para saciar su sed; Jesús le estaba presentando a Alguien:

Alguien quien siempre la amaría y nunca la abandonaría (Juan 14:16).

Al escuchar las palabras de Jesús, ella le pidió al Señor por el Espíritu Santo: “Señor, dame de esa agua para que no tenga yo sed” (Juan 4:15), y Jesús no se olvidaría de ella. Las Escrituras nos relatan que después de haber resucitado de entre los muertos, Jesús envió a Sus discípulos a compartir el evangelio a Samaría (Hechos 1:8).

Creo que después que Jesús ascendió al cielo, ella también encontró a Aquél a quien su corazón había estado buscando durante toda su vida. Podemos leer en las Escrituras: “Cuando los apóstoles que estaban en jerusalén oyeron que Samaría había recibido la palabra de Dios, enviaron allá a Pedro y a Juan los cuales, habiendo venido, oraron por ellos para que recibiesen el Espíritu Santo; porque aún no había descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente habían sido bautizados en el nombre de Jesús. Entonces les imponían las manos, y recibían el Espíritu Santo” (Hechos 8:14-17).

No fue una coincidencia que esta mujer se encontrara con Jesús; Ella estaba esperando junto al pozo de agua. El había visto su sed, y quena presentarle al Espíritu Santo. Tampoco es una coincidencia que tú estés leyendo este capítulo. Jesús ha visto tu sed, y quiere presentarte a Su Espíritu. Jesús anhela darte el don de Dios! Su promesa también es para ti! (Hechos 2:39)

Su invitación sigue abierta aún hoy en día: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que creyere en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva.” Las Escrituras continúan explicando que es lo que Jesús quiso decir con ríos de agua viva: “Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él” (Juan 7:37-39).

Mi deseo es que a través de estas páginas, no solamente puedas recibir un mayor conocimiento sobre la realidad del Espíritu de Dios *y* Su poder, sino que también nazca en tu corazón una sincera pasión por buscar y pedir al Señor por un encuentro personal con el Espíritu Santo. Y cuando Dios derrame Su Espíritu sobre tu vida, mi oración es que puedas experimentar la profundidad de su incomparable amor por ti.

Jesús demostró Su amor por ti al morir en la cruz por tus pecados: “Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8); Su amor por ti es tan profundo que sobrepasa tu entendimiento, por este motivo, El no solo quiere que sepas esta verdad, sino también desea que la experimentes: “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado" (Romanos 5:5).

Jesús te dice en este día, “Yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá... Vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan!” (Lucas

11:13)

En los últimos días, Dios derramará Su Espíritu sobre todas las personas (Joel 2:28). Su promesa se está cumpliendo delante de nuestros propios ojos, y alrededor de todo el mundo, a personas que han tomado la decisión de entregar sus corazones a Jesús, buscando Su Presencia y Su voluntad para con sus vidas.

El Espíritu Santo es el Espíritu del Señor, el Espíritu de sabiduría y entendimiento, el Espíritu de consejo y poder, el Espíritu de conocimiento y de temor del Señor (Isaías 11:2). El es el Espíritu de poder, de amor y de dominio propio (2 Timoteo 1:7).

El es el Espíritu de vida, gracia *y* verdad (Romanos 8:2, Zacarías 12:10, Juan 16:13). El es el mismo Espíritu que Dios derramó sobre David, Josué, Elíseo, Pedro, Pablo y aún sobre Jesús mismo (Deuteronomio 34:9, 1 Samuel 16:13, 2 Reyes 2:9, Hechos 2:4, Hechos

9:17, Lucas 3:22).

Como podrás ver en los próximos capítulos, el tener un encuentro con el Espíritu Santo es sólo el comienzo de la relación más preciosa e íntima que jamás alguien pueda llegar a experimentar en esta tierra. Descubrirás no tan sólo cómo tener un encuentro con el Espíritu de Dios, sino también como desarrollar una relación interior con Su persona y como ser usado por Su poder.

Aún más maravilloso que recibir la llenura del Espíritu Santo, es llegar conocer Su tierna personalidad, Su voz apacible, y Sus inexplicables caminos. Nada que este mundo te pueda ofrecer se compara a tener al Espíritu Santo como tu consejero, maestro y amigo. Jesús quiere introducirte a una persona en quien puedes confiar: a alguien que siempre te va a amar y

nunca te va a dejar. Y al conocer al Espíritu Santo, El cautivará tu corazón, y te será imposible no amarle también.

Capitulo dos

Un Encuentro con el Espíritu Santo

# *el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el* Espíritu Santo que nos fue dado

*Romanos 5:5*

## Encuentros con el Espíritu Santo a lo largo de las Escrituras

El secreto detrás de cada hombre y mujer usado poderosamente por Dios a lo largo de las Escrituras fue que, en algún momento de sus vidas, fueron ungidos con el Espíritu Santo. La principal razón para creer que sus logros fue algo más que el mero esfuerzo o talento humano. Fue algo más que solo su preparación y dedicación. Había alguien ayudándolos, guiándolos, alentándolos y dándolos

conocimiento, sabiduría y entendimiento. Esa persona era el Espíritu Santo; Él fue quien dio poder a vidas imperfectas para cumplir la voluntad de Dios en la tierra.

Josué fue un poderoso guerrero y conquistador que llevó a Israel a la Tierra Prometida. Pero el día que se encontró con el Espíritu Santo, él estaba sirviendo como asistente de Moisés. Había algo especial en el corazón de Josué; le encantaba estar cerca de la presencia de Dios. La Biblia nos dice: “El Señor le habló a Moisés cara a cara, como un hombre le habla a su amigo. Y volvería al campamento, pero su siervo Josué, hijo de Nun, un joven, no se apartó del tabernáculo ”(Éxodo 33:11).

El Señor también pareció disfrutar de la compañía de Josué, porque antes de que Moisés muriera, Dios le ordenó a Moisés que pusiera sus manos sobre Josué. Leemos en las Escrituras: “Josué, hijo de Nun, era eneldo del Espíritu de Sabiduría, porque Moisés le había impuesto las manos” (Deut. 34: 9). El Espíritu Santo es el que le dio a Josué el valor y la capacidad de conquistar reyes y reinos, haciendo posible que el pueblo de Israel tuviera su propia tierra.

David era solo un joven pastor que cuidaba las ovejas de su padre cerca de Belén, pero el Señor también debió haber visto algo especial en su corazón. Cuando Dios comenzó a buscar un rey que gobernara sobre su pueblo, eligió a David. El Señor incluso dijo acerca de él: “He encontrado a David, hijo de Isaí, un hombre conforme a Mi corazón, que hará toda Mi voluntad” (Hechos 13:22).

Cuando el profeta Samuel fue enviado por el Señor a Belén para ungir al próximo rey, vio por primera vez a uno de los hermanos más antiguos de David y dijo: "¡Ciertamente el ungido del Señor está delante de Él!" Pero el Señor habló a Samuel diciendo: No mires su apariencia ni su estatura física, porque me he negado.

él. Porque el Señor no ve como el hombre ve; porque el hombre mira las

apariencias, pero el Señor mira el corazón ”(1 Samuel 16: 6-7).

Cuando Samuel vio a David, el Señor le habló de nuevo diciendo: “Levántate, úngelo; porque Él es el indicado! " (1 Samuel 16:12) “Entonces Samuel tomó el cuerno de aceite y lo ungió en medio de sus hermanos; y el Espíritu del Señor vino sobre David desde ese día en adelante ”(1 Samuel 16:13). El Espíritu Santo es el que guió y dio poder a David para convertirse en el rey más grande en la historia de Israel.

David describió su experiencia con el Espíritu Santo escribiendo: “El abismo llama al abismo a la voz de tus cascadas; todas tus olas han pasado sobre mí ”(Sal. 42: 7). Cuando David se apartó del Señor y cayó en pecado, volvió a Dios con todo su corazón, buscando Su perdón. Él oró: “No me arrojes de tu presencia, ni me quites tu Santo Espíritu” (Sal. 51:11). Sabía que su tesoro más preciado no era su reino, ni sus posesiones, ni siquiera su vida o su propia familia. Creía que su tesoro más valioso era la presencia del Espíritu Santo en su vida.

El Señor resucitó a los muertos y realizó milagros notables a través de Eliseo. Incluso después de la muerte de Eliseo, un cadáver volvería a la vida cuando entrara en contacto con sus huesos (2 Reyes 13:21). Pero el día que Eliseo se encontró con el Espíritu Santo, estaba arando con doce yuntas de bueyes en un campo abierto. El Señor le habló al profeta Elías diciendo: “Eliseo. . . ungirás por profeta en tu lugar ”(1 Reyes 19:16).

Elías se acercó a Eliseo, colocó su manto sobre él y se alejó.

Inmediatamente, Eliseo dejó todo y

se convirtió en el siervo de Elías durante los próximos siete años (1 Reyes 19:21). Cuando Elías le dijo: “¡Pregunta! ¿Qué puedo hacer por ti antes de que me quiten? Eliseo no vaciló cuando respondió: “Por favor, que una doble porción de tu espíritu sea sobre mí” (2 Reyes 2: 9). Y después de que Elías fue llevado en un torbellino al cielo, Eliseo tomó el manto de Elías que había caído, y recibió la unción y el poder del Espíritu Santo (2 Reyes 2:13).

Mientras Pedro esperaba en el aposento alto, las palabras de Jesús probablemente continuaron repitiéndose en su mente: “Espera la promesa del Padre; . . . recibirás poder cuando el Espíritu Santo venga sobre ti, y serás mi testigo ”(Hechos 1: 4,8). Habían pasado diez días desde que Jesús pronunció estas palabras, y con el resto de los discípulos, Pedro continuó esperando ansiosamente en oración.

Pedro sabía que el mismo Espíritu que había llenado a Jesús en el río Jordán estaba a punto de llenarlo también a él: “Y de repente

Vino del cielo un estruendo, como de un viento recio que soplaba, y llenó toda la casa donde estaban sentados. Entonces se les apareció a ellos lenguas divididas, como de fuego, y uno se sentó sobre cada uno de ellos. Y todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba expresión ”(Hechos 2: 2-4).

El mismo Pedro, que sólo unos días antes había negado a Jesús en tiempos terribles, ahora estaba lleno del Espíritu Santo. Se levantó y predicó el evangelio frente a las mismas personas que exigían que Jesús fuera crucificado. El Espíritu Santo se movió con poder, trayendo convicción de pecado, y en ese día terrible y se salvaron tres mil vidas.

En los días que siguieron, una multitud se reunió de las ciudades circundantes a Jerusalén, trayendo a los enfermos y a los atormentados por espíritus inmundos, y cuando la sombra de Pedro pasó sobre ellos, todos y cada uno de ellos fueron sanados (Hechos 5 : 15,16). No era la sombra de Pedro curando a los enfermos, ni tampoco el mismo Pedro. El que realizaba los milagros era el Espíritu de Dios que había venido sobre Pedro.

Mientras viajaba a la ciudad de Damasco en una búsqueda para encontrar y encarcelar a cristianos, Saulo de Tarso se encontró con Jesús. Escuchó la voz audible de Cristo, cayó al suelo desde su caballo y se convirtió dramáticamente en el Señor. Antes de que el Señor lo usara para llevar el evangelio a los gentiles, sin embargo, esperó muchos días sin poder ver, sin comer ni beber. Entonces un hombre llamado Ananías se acercó y le impuso las manos, diciendo: "Hermano Saulo: El Señor Jesús, que se te apareció en el camino cuando venías, me envió para que puedas recibir la vista y ser lleno del Espíritu Santo. ”(Hechos 9:17).

Pablo se refirió más tarde a su experiencia con el Espíritu Santo cuando escribió: “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Romanos 5: 5). Pablo no sólo tenía un conocimiento intelectual del amor de Dios, sino que también había experimentado la manifestación del amor de Dios derramado en su corazón a través del Espíritu Santo. La revelación del amor de Dios por él lo llevó a negarse a sí mismo hasta el punto de dar su propia vida por la causa de Cristo.

## Encuentros con el Espíritu Santo a lo largo de la historia

La asombrosa realidad es que el Señor no cambió una vez que se completó la Biblia. A lo largo de la historia, continuó

visitar y empoderar con el Espíritu Santo a aquellos que lo buscaron con todo su corazón. Él ha usado a hombres y mujeres a lo largo de las generaciones para realizar Su obra, no por su propia fuerza o poder, sino por Su Espíritu (Zac. 4: 6).

En el siglo XVII, un monje franciscano compartió el mensaje de salvación a través de la fe en Jesús con una joven llamada Jeanne Guyon. Ese día, se encontró con el Espíritu Santo por primera vez y su vida fue transformada para siempre.

Ella describió su experiencia escribiendo: “Experimenté estas palabras en los cánticos: 'Tu nombre es ungüento derramado; por tanto, las vírgenes te aman ”(Cantar de los Cantares 1: 3). Porque sentí en mi alma una unción que sanó todas mis heridas en un momento. No dormí en toda esa noche, porque tu amor, oh Dios, fluyó en mí como aceite delicioso, y ardió como un fuego que iba a destruir todo lo que quedaba de mí en un instante. De repente estaba tan alterado que yo y los demás apenas podía reconocerme. En ese instante me sentí profundamente herido por el amor de Dios, una herida tan deliciosa que deseé que nunca se curara ”. 1 )

Jeanne Guyon tenía solo veinte años cuando el Espíritu Santo le reveló Su amor a su corazón. Durante el resto de sus días, entregó su vida con delicadeza para el Señor, lo que llevó a las personas a una relación más profunda con Jesucristo.

Un grupo de jóvenes se dispuso a orar el 1 de enero de 1739 en Londres, Inglaterra. John Wesley estaba entre ellos, y compartió su experiencia: “Casi en la mañana, mientras continuábamos firmes en oración, el poder de Dios vino sobre nosotros con fuerza, de tal manera que muchos clamaron de gran gozo, y muchos cayeron a suelo. Tan pronto como nos recuperamos un poco del asombro y asombro ante la presencia de Su

majestad, estallamos a una sola voz: "Te alabamos, oh Dios; te reconocemos como el Señor" ( 2 ).

Después de que John Wesley se encontró con el Espíritu Santo, comenzó a predicar con gran autoridad y miles fueron vencidos por el poder convincente del Espíritu de Dios. Informó sobre sus reuniones: “Algunos se hundieron y no quedaron fuerzas en ellos, y otros temblaron y temblaron en gran manera. Algunos fueron desgarrados con una especie de movimiento convulsivo en cada parte de sus cuerpos. W) El Espíritu Santo hizo que las palabras de John Wesley fueran como fuego, trayendo multitudes a los pies de Jesús y dando a luz a la Iglesia Metodista.

En el 10 º de octubre de 1821, Charles Finney era nacido de nuevo. Ese mismo día, mientras derramaba su alma ante Dios en oración, recibió una visitación sobrenatural del Espíritu Santo. Describió su experiencia: “El Espíritu Santo descendió sobre mí de una manera que parecía atravesarme, en cuerpo y alma.

Podía sentir la impresión, como una ola de electricidad, atravesándome y atravesándome. De hecho, parecía venir en oleadas y oleadas de amor líquido. Lloré en voz alta con alegría y amor, y literalmente grité los indecibles embriaguez de mi corazón. Las olas vinieron una y otra vez sobre mí, una tras otra hasta que recuerdo que grité: "Moriré si estas olas continúan pasando sobre mí". Dije: 'Señor, no puedo soportar más', pero no temía a la muerte ”( 4 ).

Durante el siglo XIX, el Espíritu Santo usó a Charles Finney para traer avivamiento a muchas ciudades importantes de los Estados Unidos e Inglaterra. Incluso describió el mover del Espíritu de Dios en una de sus reuniones escribiendo: “La congregación comenzó a caer de sus asientos en todas direcciones, y clamaron por misericordia. Si tuviera una espada en cada mano, no podría haberlos cortado tan rápido como cayeron ". ( 5 )

El jueves 29 de septiembre de 1904 por la mañana, Evan Roberts se encontró con el Espíritu Santo en una reunión evangelística después de buscar una experiencia más profunda con Dios durante varios años. Describió su experiencia escribiendo: “Cuando otros oraban, sentí que una fuerza viviente entraba en mi pecho. Contuvo mi respiración y mis piernas temblaron. La fuerza viviente creció y creció, y casi estallaba. Mi bosón estaba hirviendo. Lo que me hirvió fue ese verso, 'Dios encomiando su amor'. Caí de rodillas con los brazos sobre el asiento frente a mí, y las lágrimas y el sudor fluyeron libremente. La sangre de la sequía brotaba a borbotones. Durante unos dos minutos fue terrible. Grité: '¡Doblame! ¡Doblegarme! ¡Doblanos! Después de doblarme, una ola de paz se apoderó de mí, y pensé en doblarme en el Día del Juicio. y me sentí lleno de compasión por Dios que estaría inclinado a ese día, y lloré. Por tanto, la salvación de las almas se convirtió en la carga de mi corazón. Desde ese momento estaba en llamas con el deseo de ir por todo Gales y, si era posible, estaba dispuesto a pagarle a Dios por permitirme ir ”. (6 ) El Señor permitió que Evan se fuera y el Espíritu Santo recorrió Gales en uno de los avivamientos más grandes de la historia de la humanidad.

En 1906, John G. Lake le había pedido al Señor durante nueve meses para tener un encuentro con el Espíritu Santo, y el Señor respondió a su más profundo deseo. Describió su experiencia: “Mi alma estaba clamando a Dios en un anhelo demasiado profundo de palabras, cuando de repente me pareció que había pasado bajo una lluvia de cálida lluvia tropical, que no caía sobre mí, sino a través de mí. . Mi espíritu, mi alma y mi cuerpo, bajo su influencia, se sumergieron en una calma tan profunda que nunca había conocido. Mi cerebro, que siempre había estado tan activo, se quedó perfectamente quieto. Un temor reverencial de la presencia de Dios se apoderó de mí. Sabía que era Dios. Pasaron algunos momentos; No sé cuántos. El Espíritu dijo: 'He escuchado tus oraciones, he visto tus lágrimas. Ahora estás bautizado en el Espíritu Santo. Luego

Corrientes de poder comenzaron a correr a través de mi ser desde la coronilla de mi cabeza hasta las plantas de mis pies. Los choques de poder aumentaron en rapidez y voltaje. A medida que estas corrientes de poder pasaban a través de mí, parecían venir sobre mi cabeza, atravesar mi cuerpo y llegar al suelo a través de mis pies. Incluso en esta fecha tardía, el asombro de esa hora descansa sobre mi alma ". ( 7 )

El Espíritu Santo puso en el corazón de John G. Lake una compasión abrumadora por los que estaban enfermos y sufriendo. El Señor usó su vida para traer avivamiento en África y en los Estados Unidos, donde multitudes fueron salvadas y sanadas milagrosamente.

En 1921, durante un servicio religioso el domingo por la mañana en una pequeña iglesia metodista en Concordia, Missouri, el Espíritu Santo cautivó el corazón de una joven, con sus propias palabras describió su primer encuentro con el Espíritu Santo: “Estaba de pie junto a mamá y Las manecillas del reloj de la iglesia señalaban cinco minutos antes de las doce. No recuerdo el nombre del ministro ni siquiera una palabra de su sermón, pero me pasó algo. Mientras estaba de pie, comencé a temblar hasta el punto en que ya no podía sostener el himnario, así que lo dejé en el banco y sollocé. Estaba sintiendo el peso de la convicción y me di cuenta de que era un pecador. Morí sólo muriendo lo que sabía hacer: salí de donde estaba parado y caminé hasta el banco delantero y me senté en la esquina del banco y lloré. ¡Oh, cómo lloré! ”( S)

Su nombre era Kathryn Kuhlman. Tenía solo catorce años cuando experimentó el Espíritu Santo por primera vez, y su corazón se despertó a la necesidad de un Salvador. Su vida se convirtió en un vaso rendido a través del cual el Señor reveló la realidad del Espíritu Santo a su generación. Cuando

ministró, el Espíritu Santo se movió en medio de la audiencia, sanando milagrosamente a miles.

## El es un fuego que todo lo consume

El Espíritu Santo no solo puede tocar nuestro espíritu, sino también nuestras emociones e incluso nuestro cuerpo físico. Su manifestación confunde todas nuestras percepciones previas de Dios. Su realidad nos abre los ojos para reconocer la cercanía de Dios y su profundo amor por nosotros. A través de su presencia probamos la bondad de Dios y su indescriptible deseo por nosotros (Santiago 4: 5). Dios quiere que vivamos por fe, y las Escrituras dicen que sin fe es imposible agradar a Dios. Pero esto no significa que Dios no quiere que experimentemos el poder de Su presencia manifiesta.

El rey David tuvo una respuesta emocional a la presencia de Dios. Escribió que en la presencia de Dios hay orden de gozo, ya su diestra hay placeres para siempre (Salmo 16:11). El profeta Jeremías describió cómo el poder de Dios incluso se manifestó en su cuerpo físico como un fuego ardiente encerrado en sus huesos (Jeremías 20: 9).

Hay algo especial en un padre que no solo le dice a su hijo que lo ama, sino que también demuestra su amor al abrazar a su hijo en sus brazos. También hay algo precioso en un esposo que no solo le escribe una carta de amor a su esposa, sino que también la sostiene en sus brazos y le susurra al oído, diciéndole lo hermosa que es para él. Asimismo, nuestro Padre celestial no solo desea que sepamos acerca de Su amor por nosotros, sino que también desea abrazarnos en Sus brazos para que podamos experimentar Su amor. Jesús no solo quiere que leamos en las Escrituras acerca de lo especiales que somos para él, sino que también desea

hable directamente a nuestro corazón sobre lo que siente por cada uno de nosotros.

La forma en que Dios nos abraza con Su amor, nos consuela con Su paz y nos habla directamente es a través del Espíritu Santo. No nos dejó huérfanos; Dejó que el Espíritu Santo estuviera con nosotros (Juan 14:18). Esta es la razón por la que el apóstol Pablo oró fervientemente para que fuéramos fortalecidos con el poder de Su Espíritu en nuestro hombre interior. Sabía que sólo llenándonos de toda la limpieza de Dios seríamos capaces de comprender y conocer la amplitud, la longitud, la profundidad y la altura del amor de Cristo, que sobrepasa el conocimiento (Efesios 3: 16-19).

Antes de comenzar a ministrar, el Señor me dijo que no solo compartiera el evangelio y orara por los enfermos, sino que también llevara el Fuego del Espíritu Santo a los jóvenes. Aunque no me sentía calificado, en obediencia a Su llamado comencé a compartir sobre el Espíritu Santo con la juventud. Para mi sorpresa, eran los que más deseaban Su presencia. Viajando a diferentes naciones alrededor del mundo, muchas veces me he quedado asombrado al ver al Espíritu Santo manifestar Su amor incondicional en los corazones de los jóvenes y de las jóvenes vidas.

Durante un evento en Popayán, Colombia, había cientos de jóvenes que habían venido pasar al frente buscando ser llenos del Espíritu Santo. Cuando comenzamos a adorar al Señor juntos, comencé a sentir la presencia del Espíritu Santo intensificándose, y de repente comencé a sentir olas de Su poder viniendo detrás de mí. Me sentí como si estuviera parado en un río y una fuerte corriente me atravesara. Cuando oré en el nombre de Jesús para que el Fuego del Espíritu Santo descendiera sobre los jóvenes, una ola de Su poder recorrió el altar y todos cayeron al suelo temblando bajo la influencia del Espíritu Santo.

Al encontrarse con el Espíritu Santo, muchos comenzaron a llorar, algunos comenzaron a reír, otros temblaron, pero lo más importante, sus corazones fueron cautivados por la realidad de la presencia de Dios. Durante horas permanecieron allí mientras el Espíritu Santo continuaba ministrando sus vidas.

Al final de una conferencia en Eslovaquia, invité a todos los jóvenes que querían ser llenos del Espíritu Santo a venir a pasar al frente. ¡Los jóvenes estaban tan desesperados por la presencia de Dios que corrieron al frente! Cuando llegaron al altar, el Espíritu Santo los tocó y cayeron sin que nadie orara por ellos. ¡Parecía como si fuera un torbellino del Espíritu Santo frente al auditorio!

Tuve la oportunidad de ministrar en Argentina en un evento durante el fin de semana de Pascua. Fue maravilloso ver a cientos de personas salvas, curadas y liberadas durante las dos primeras noches. Antes de ir al servicio el Domingo de Resurrección, el Espíritu Santo me habló y me dijo: "Un hombre y un niño caerán a tu lado, y diez días a tu diestra". Esa noche, cuando oré por los jóvenes, todos los que estaban en el altar cayeron al mismo tiempo que recibían la llenura del Espíritu Santo. Un hambre tremenda por la presencia de Dios se agitó en sus corazones hasta el punto en que los ujieres tuvieron que detenerlos porque los jóvenes estaban presionando para subir a la plataforma.

Uno de los mayores privilegios que me ha dado el Señor es presenciar cómo el Espíritu Santo está despertando un amor sobrenatural y una pasión insaciable por Jesús en esta generación. La realidad de la presencia del Espíritu Santo es lo que hace que los jóvenes amen al Señor: “Por la fragancia de tus buenos ungüentos, tu nombre *es* ungüento derramado; antes que las vírgenes os amen ”(Cantar de los Cantares 1: 3).

## El Espíritu Santo desea revelarse a usted

La llenura del Espíritu Santo nos lleva a una relación más profunda con Dios. Las Escrituras declaran: “Le amamos porque él nos amó primero” (1 Juan 4:19). El encuentro con el Espíritu Santo revela a nuestro corazón la profundidad del amor de Dios por nosotros, y esta revelación nos mueve a amar a Dios con todo nuestro corazón, mente y fuerzas.

Si deseamos ser llenos del Espíritu Santo, primero debemos darnos cuenta de que el Espíritu Santo es santo y que nuestros pecados nos separan de Su gloria. Las Escrituras declaran: “Todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23). Sin Jesús, no solo estamos separados de Dios aquí en la tierra, también estaremos separados de Dios por la eternidad. Pero la buena noticia es que Jesús ha abierto un camino para que seamos amoldados con Dios.

En la cruz, Jesús fue herido por nuestras transgresiones, molido por nuestras iniquidades y herido por nuestras transgresiones. Él derramó su alma hasta la muerte, y el Señor cargó sobre Él, murieron las iniquidades de todos nosotros. Su alma se convirtió en una ofrenda por nuestro pecado (Isaías 53). 'Se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, muerte de cruz”(Filipenses 2: 8).

Su amor por nosotros fue tan grande que voluntariamente sufrió, derramó Su sangre y murió para pagar el precio por nuestros pecados. “Nadie ha dado este amor mayor que dar la vida por sus amigos” (Juan 15:13). Eso es exactamente lo que Jesús hizo por nosotros, para que podamos tener una relación personal con Dios. Jesucristo tomó el castigo por nuestros pecados y venció a la muerte a través de Su resurrección (1 Pedro 2:24, Apocalipsis 1:18). Solo creyendo que Jesús es el Hijo de Dios y recibiendo el perdón que Él nos proporcionó a través de Su sacrificio,

podemos recibir el don del Espíritu Santo y el don de la vida eterna.

Para que podamos recibir a Jesús como nuestro Señor y Salvador personal, debemos acercarnos a Él a través del arrepentimiento. Debemos estar dispuestos a apartarnos de nuestros pecados, eligiendo seguir a Jesús por el resto de nuestras vidas. El arrepentimiento es mucho más que pedirle a Dios que perdone nuestros pecados. El arrepentimiento significa tomar una decisión consciente de abandonar nuestros pecados. Cuando Jesús estaba en tierra, vino predicando las buenas nuevas del reino de Dios, diciendo: “El tiempo sea cumplido, y el reino de Dios se ha acercado. Arrepentíos y creed en el evangelio ”(Marcos 1:15).

El Señor demostró su amor por nosotros al dar su vida como ofrenda por nuestros pecados (Romanos 5: 8). Pero ahora depende de nosotros volver a amarlo alejándonos de nuestros pecados para buscar una relación con Él (Juan 14:15).

Si nunca ha tomado esta decisión, me gustaría animarle a recibir a Jesús hoy. “Por tanto, como dice el Espíritu Santo: Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis el oído” (Hebreos 3: 7-8). “He aquí, ahora es el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación ”(2 Corintios 6: 2). “Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón que si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo” (Romanos 10: 8-9 ).

Si deseas recibir el regalo de la vida eterna ahora mismo, puedes orar para recibir al Señor en tu corazón:

“Jesús, yo cree que eres el Hijo de Dios; Creo que moriste en la cruz por mis pecados; Creo que fuiste resucitado de entre los muertos, y creo que regresarás pronto. Tomo la decisión de apartarme de mis pecados. Entra en mi corazón y lléname

con tu Espíritu Santo. De este día en adelante te seguiré y te amaré con todo mi corazón, mente y fuerzas. Te lo pido en Tu nombre, Amén ". Si creyó y asumió este compromiso de corazón, acaba de nacer de nuevo. Has sido transferido del dominio de las tinieblas al reino de Su amado Hijo (Colosenses 1:13). Recibiste el perdón de tus pecados y el regalo de la vida eterna (Efesios 2: 8).

Durante diferentes eventos alrededor del mundo, hemos sido testigos de milagros asombrosos como Jesús, a través del poder del Espíritu Santo, da vista a los ciegos, abre oídos sordos y sana todo tipo de enfermedades y dolencias. Pero el mayor de todos los milagros tiene lugar cuando el Espíritu Santo convence a alguien de pecado y revela a un corazón humano el significado del sacrificio de Jesús en la cruz. El mayor de todos los milagros es cuando alguien se arrepiente de sus pecados y recibe a Jesús como su Señor y Salvador personal.

Si has recibido a Jesucristo, el Espíritu Santo ahora mora en ti. Las Escrituras declaran: “En Él también confiaste, después de escuchar la palabra de verdad, el evangelio de tu salvación; en quien también, habiendo creído, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa ”(Efesios 1:13). Pero no deberíamos estar satisfechos sólo con *recibir el* sello del Espíritu Santo; también debemos desear ser *llenos del* Espíritu Santo (Efesios 5:18).

Jesús vino a este mundo buscándonos para que pudiéramos ser salvos, pero debemos buscarlo para ser llenos del Espíritu Santo. Las Escrituras declaran: “No os embriaguéis con vino, en el cual hay disipación; mas sed llenos del Espíritu ”(Efesios 5:18). Para la salvación, Jesús llama a la puerta de nuestro corazón, pero para ser llenos de Su Espíritu, debemos llamar a la puerta de Su

corazón (Lucas 11: 9-13). Creo que muchos cristianos no han tenido una experiencia personal con el Espíritu Santo porque no han pedido ni buscado ser llenos de Su presencia. Nunca antes habían oído hablar de tal posibilidad, o creen que no es importante o necesario para sus vidas.

Cuando el apóstol Pablo se reunió con doce discípulos en Éfeso, la primera pregunta que les hizo fue: "¿Recibiste el Espíritu Santo cuando creíste?" Así que le dijeron: “Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo” (Hechos 19: 2). Después de ser bautizados en el nombre del Señor Jesús, “y cuando Pablo les impuso las manos, el Espíritu Santo vino sobre ellos, y hablaron en lenguas y profetizaron” (Hechos 19: 6).

El rey David conocía la importancia de experimentar la presencia de Dios en su vida; por lo tanto, oró: “Oh Dios, tú eres mi Dios, temprano te buscaré; mi alma anhela por ti; mi carne te anhela. En una tierra seca y árida donde no hay agua. Por eso te he buscado en el santuario, para ver tu poder y tu gloria ”(Salmo 63: 1-3).

El profeta Isaías también expresó su pasión por la presencia del Espíritu de Dios escribiendo: “Con mi alma te he deseado en la noche, sí, por mi espíritu dentro de mí te buscaré temprano” (Isaías 26: 9). . A través de estas Escrituras, vemos que para nosotros encontrar el Espíritu Santo, necesitamos desear al Señor con nuestro espíritu, alma e incluso con nuestra carne. Necesitamos perseguir Su presencia con todo nuestro ser, y mientras lo buscamos con todo nuestro corazón, Dios nos promete que lo encontraremos: “Buscarás al Señor tu Dios, y lo encontrarás si lo buscas entre todos. tu corazón y con todas tus ventas ”(Deut. 4:29).

Cuando venimos a Jesús con corazones abiertos, creyendo en Él, desesperados por Su presencia, Él prodigará libremente Su Espíritu.

sobre nuestras vidas. Ríos de Su amor, gozo y paz brotarán de nuestro ser más íntimo, saturando nuestras almas con Su abundancia.

El Señor nos espera hoy con los brazos abiertos, diciendo: "librea el que tiene sed, ven a las aguas; ¿por qué gastas dinero en lo que no es pan, y tu salario en lo que no satisface? Escúchame atentamente y come lo bueno, y tu alma se deleite en abundancia. Inclina tu oído y ven a mí. Oye, y vivirá tu alma ”(Isaías 55: 1-3).

Capítulo tres

La Personalidad del Espíritu Santo

# *te ruego que me muestres ahora tu camino, para que te conozca*

*Éxodo 33:13*

## Asombrado por el Espíritu Santo

Después de completar el programa de intercambio de matrices en Argentina, regresé a los Estados Unidos para graduarme de la Universidad de Baylor. Decidí volver al pastor de la iglesia bautista a la que asistí en la universidad y compartir mi experiencia con él. Admiraba su amor por el Señor y quería compartir con él cómo Dios me había llenado con Su Espíritu y lo que había visto en el avivamiento en Argentina.

Estábamos sentados en el banco delantero de la iglesia, y cuando comencé a contarle sobre mi encuentro con el Espíritu Santo, él simplemente me miró, esperando pacientemente a que terminara. Luego me dijo: “Andrés, desde hace mucho tiempo he tenido algunas preguntas sobre el Espíritu Santo.

¿Por qué no viene el domingo por la mañana y comparte su testimonio con toda la congregación? Me sorprendió totalmente su solicitud, ya que nunca había predicado en una iglesia y no creía estar calificado o preparado. Pero el Señor había puesto una pasión tan grande en mi corazón para contarle a los demás lo que había visto, oído y experimentado, sin saber realmente en lo que me estaba metiendo, acepté.

Mientras estaba detrás del púlpito por primera vez para predicar, miré a la congregación, sintiéndome extremadamente intimidado y desprevenido. Era una calurosa mañana de domingo dentro de una pequeña iglesia histórica en Waco, Texas. La gente estaba sentada muy quieta en largos bancos de madera, simplemente mirándome. Hice una pausa solo por un segundo, pero me pareció una eternidad. Podía sentir el silencio y no sabía cómo ni por dónde empezar. En ese momento, sin embargo, sentí la presencia del Espíritu Santo detrás de mí; Era tan real que incluso me di la vuelta para ver si había alguien parado.

Sentí la seguridad de que no sólo estaba conmigo, sino que también estaba a mi favor. Sentí su aprobación y comencé a hablar desde mi corazón. Mientras compartía mi testimonio y algunas Escrituras acerca del Espíritu Santo, vi que los ojos de algunas personas de la congregación comenzaban a llenarse de lágrimas. No tenía nada que ver con la forma en que compartí el mensaje, porque era muy simple; El Espíritu Santo era uno que se movía sobre sus corazones, haciendo que no sólo escucharan la Palabra, sino que también sintieran la Palabra. El Espíritu Santo no solo ilumina nuestra mente, sino

cuando Él está presente, nos duele el corazón (Hechos 2:37). ¡Él tiene la habilidad de hacer que la Palabra de Dios cobre vida!

Cuando terminé de compartir mi experiencia con el Espíritu de Dios, le pedí a cualquiera que quisiera ser lleno del Espíritu Santo que viniera a pasar al frente. Pensé que nadie respondería. Cerré los ojos y cuando los abrí, toda la congregación estaba frente a la iglesia. ¡Estaba completamente conmocionado! Nunca antes había orado por la gente en un altar y no sabía qué hacer a continuación.

Recordé cómo, en las iglesias de Argentina, había visto a los pastores colocar sus manos en la frente de las personas mientras oraban por ellos. Así que me dije a mí mismo: "Lo intentaré". Cuando bajé de la plataforma, sucedió algo que no esperaba. Es difícil describir con palabras, pero sentí como si el peso de la gloria de Dios descendiera sobre la iglesia.

Había sentido Su presencia durante todo el servicio, pero ahora el poder tangible del Espíritu de Dios se extendía por ese altar. Y cuando comencé a orar por la gente, comenzaron a caer hacia atrás en el piso, aunque no hubiera ningún ujier detrás de ellos para atraparlos. Algunos lloraban en voz alta, los otros temblaban incontrolablemente y los otros simplemente yacían inmóviles en el suelo.

El Espíritu Santo comenzó a visitar a su pueblo de una manera que nunca hubiera imaginado tan solo un par de horas antes. Fue tan hermoso de contemplar, y aún más maravilloso de experimentar. El servicio duró horas, y por la tarde la gente regresó a la iglesia y compartió sus testimonios. Muchos habían sido sanados y liberados, y varios también testificaron haber encontrado el Espíritu Santo por primera vez.

## Conociendo al Espíritu Santo

Por más hermosas y estimulantes que puedan ser las experiencias con el Espíritu Santo, no deberíamos estar satisfechos con solo un encuentro con Su presencia. Una vez que lo hayamos encontrado, nuestro deseo más profundo debería ser conocerlo. Si realmente lo amamos, también debemos buscar conocer Su corazón, Sus emociones, Sus sueños, Sus deseos y Su naturaleza. Conocer y amar a Dios debería ser la motivación detrás de nuestra relación con el Espíritu de Dios. No solo debemos buscar ser llenos del Espíritu Santo, sino que también debemos desear ser sus amigos.

Hay muchas manifestaciones poderosas del Espíritu de Dios, pero el Espíritu Santo no es un poder, una fuerza, una energía, un lenguaje o un fuego. Una de las revelaciones más profundas que podemos recibir es que el Espíritu Santo es una persona y que debemos relacionarnos con Él como tal. Como es Espíritu, no tiene cuerpo físico, pero tiene todos los atributos de una persona.

La Biblia nos dice que el Espíritu Santo tiene emociones. El apóstol Pablo habló sobre el amor del Espíritu, y también nos instruyó a no contristar al Espíritu Santo (Romanos 15:30, Efesios 4:30). El corazón del Espíritu Santo es extremadamente sensible y se lastima fácilmente. Sus emociones también son intensas, más extremas que las nuestras. Siente un dolor severo por el sufrimiento y se regocija con un corazón arrepentido. Está profundamente entristecido por las injusticias y se deleita en los que aman a Dios.

También tiene una mente extraordinaria (Rom. 8:27). Su mente tiene la plenitud de sabiduría, conocimiento y entendimiento (Isaías 11: 2). Tiene su propia voluntad y la capacidad para tomar decisiones. Él elige qué dones espirituales darnos, y es el que elige a quién apartar para el ministerio (1

Corintios 12:11, Hechos 13: 2). Él puede recordarnos todas las cosas que Jesús enseñó (Juan 14:26). Tiene pleno conocimiento no sólo de lo que ha sucedido en el pasado, sino también de lo que sucederá en el futuro (Juan 16:13).

Jesús nos dijo que el Espíritu Santo sería nuestro Guía (Juan 16:13). Hay muchas doctrinas y puntos de vista diferentes hoy en día, pero solo el Espíritu Santo puede conducirnos a toda justicia. A medida que aprendemos a ser guiados por el Espíritu Santo, Él nos guía en nuestras decisiones diarias. Él dirige nuestros pasos por Su palabra, y no permite que la iniquidad se enseñoree de nosotros (Salmo 119: 133). Él es el único que puede guiarnos en el estrecho de la santidad, haciendo que guardemos los estatutos y juicios de Dios (Ezequiel 36:27).

Jesús también lo llamó nuestro Consolador (Juan 16: 7). En este mundo enfrentaremos pruebas, pero no estamos solos; El Espíritu Santo está siempre con nosotros para consolarnos, animarnos y tranquilizarnos. En los momentos más oscuros, solitarios y difíciles de nuestras vidas, Él está dispuesto a apoyarnos (Sal. 34:18). En Su abrazo encontramos verdadero descanso y refugio. Incluso si nuestro más padre o madre nos abandona, el Espíritu Santo nunca nos dejará (Salmo 27:10, Juan 14: 6).

El Espíritu Santo también es nuestro Maestro personal (Juan 14:26). Las Escrituras nos dicen: "Nadie conoce las cosas de Dios sino el Espíritu de Dios" (1 Corintios 2:11). Solo el Espíritu Santo puede darnos a conocer (1 Corintios 2:13). Tenemos el privilegio de tener como maestro no sólo a Uno que inspiró las Escrituras, sino también a Uno que estuvo presente cuando ocurrieron los acontecimientos escritos en las Escrituras. La unción del Espíritu nos enseña todas las cosas, no solo las cosas relacionadas con la piedad, sino también las cosas relacionadas con la vida (1 Juan 2:27, 2 Pedro 1: 3). Él desea impartirnos Su sabiduría y conocimiento sobre asuntos espirituales, y también Su sabiduría.

sobre la familia, las relaciones, la salud, las finanzas y todo lo que tenga que ver con nuestra vida diaria.

El Espíritu Santo también es nuestro Ayudador (Juan 14:16). En nuestros momentos de debilidad, Él está ahí para fortalecernos, y cuando caemos, Él siempre está ahí para levantarnos. Él está ahí para inspirarnos con sus sueños y ayudarnos a creer en sus promesas. Cuando no sabemos cómo orar, el Espíritu de Dios nos ayuda a orar según la voluntad de Dios (Rom. 8:26). Cuando Jesús estuvo en este mundo, tuvo una relación cercana con sus discípulos. Él era su guía, consolador, maestro y ayudante. Asimismo, el Espíritu Santo es el que está ahora aquí en la tierra, y desea ser para nosotros lo que Jesús fue para sus discípulos.

La Escritura nos dice: “Dio a conocer sus caminos a Moisés, sus hechos a los hijos de Israel” (Salmo 103: 7). El pueblo de Israel conocía las obras y manifestaciones de Dios. Vieron las plagas que el Señor envió a Egipto para librarlos de la esclavitud; caminaron por tierra seca mientras el Señor dividía las aguas del Mar Rojo; comieron el maná y bebieron el agua que el Señor les proveyó mientras estaban en el desierto; Fueron testigos de la nube de gloria de día y de la columna de fuego de noche. Pero eso no significaba que conocieran el corazón de Dios. De manera similar, muchos de nosotros hoy podemos haber sido llenos del Espíritu Santo, e incluso haber experimentado milagros en nuestras propias vidas, pero eso no significa necesariamente que conocemos Sus caminos.

Moisés deseaba no solo ver el poder de Dios y recibir sus bendiciones, también deseaba conocerlo íntimamente. Él suplicó al Señor: “Si he hallado gracia en tus ojos, muéstrame ahora tu camino para que te conozca” (Éxodo 33:13). El Señor le respondió: "Mi presencia irá contigo, y te haré descansar" (Éxodo 33:14). El Señor le reveló esto sólo

al permanecer en Su presencia llegaría a conocer Su corazón, sueños y caminos.

El pueblo de Israel vio señales y maravillas más allá de lo que cualquier persona en la historia haya presenciado, sin embargo, se alejaron del Señor y adoraron a un becerro de oro. Durante el tiempo en que Jesús caminó en este mundo, la gente vio y recibió milagros asombrosos, pero todavía gritaban: “¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!

De manera similar, muchas personas hoy en día también experimentan el poder y las manifestaciones del Espíritu Santo, pero aun así eligen darle la espalda al Señor. Pero a medida que llegamos a conocer el fondo de Su corazón y la majestad de Su nombre, se vuelve virtualmente imposible apartarnos de Su lado. Su naturaleza tierna y amor abrumador cautiva nuestras vidas. Venimos a darnos cuenta de que sólo Él tiene palabras de vida eterna, y sólo en Él estamos completamente completos.

## Los atributos del Espíritu Santo

El Espíritu Santo es Dios y uno con el Padre y Jesús, pero son personas distintas. Todos tienen la misma naturaleza, pero expresan su personalidad de diferentes maneras. Hay mucho escrito en las Escrituras sobre el carácter de Dios y la personalidad de Jesucristo. Pero no se ha escrito mucho sobre la personalidad del Espíritu Santo.

Entonces, cuando comencé a acercarme al Espíritu Santo, le compartí que no solo quería experimentar Su poder, sino que también quería conocerlo. Mi oración se convirtió en: "Señor, yo

considera todo como pérdida para que pueda conocer tu Espíritu, y el poder de tu resurrección, y la comunión de tus sufrimientos ". Y el Espíritu Santo susurró en mi corazón: "Me conocerás por Mi fruto". De repente, me di cuenta de que el fruto del Espíritu describe no solo lo que Él produce en nuestras vidas, sino que también describe Su personalidad real. La Biblia dice: “El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, gentileza, templanza” (Gálatas 5: 22-23). Todos estos atributos retratan la personalidad del Espíritu Santo.

Es un espíritu lleno de amor. Su amor es tan profundo que no se puede describir con palabras. Ama incondicionalmente. Más allá de nuestro entendimiento, Él ama. Cuando fallamos, Él continúa amando. El ama a los heridos y perdidos, ama a los Cristianos y no creyentes, ama. A los ricos y pobres los ama. Su amor es paciente y su amor es bondadoso. No tiene envidia, no se jacta, no es orgulloso. No es grosero, no es egoísta, no se enoja fácilmente y no guarda ningún registro de errores. Su amor no se deleita en el mal, sino que se regocija con la verdad y la justicia. Siempre protege, siempre confía, siempre espera y siempre persevera. Su amor nunca falla (1 Cor. 13).

Su amor es puro y su amor es inmenso. Él ama incluso cuando es rechazado, y continúa amando incluso cuando no se lo reconoce, en secreto y en silencio, continúa amando. Antes de que lo conociéramos, él nos amaba. Su amor lo motiva a llevar a la gente a Cristo, a restaurar a los quebrantados de corazón y a sanar a los enfermos. Su amor es inconmensurable y su amor es eterno. Su amor no depende de nuestros logros ni de nuestros méritos. El Espíritu Santo es amor.

El Espíritu Santo es una persona llena de gozo. Él se regocija por nosotros cuando anhelamos amar al Señor y cuando elegimos obedecer Sus mandamientos. Se regocija cuando resistimos la tentación

y cuando nos apartamos del pecado. Las Escrituras declaran: “El Señor tu Dios en medio de ti, el Poderoso, salvará; se regocijará por ti con alegría, te calmará con su amor, se regocijará por ti con cánticos ”(Sofonías 3:17). en la presencia del Espíritu hay plenitud de gozo, ya su diestra deleites para siempre. (Salmo 16:11.) Este mundo te ofrecerá felicidad, pero es temporal y depende de tus circunstancias. Solo el Espíritu Santo puede darte Su gozo, el cabrestante es eterno y se eleva por encima de tus circunstancias.

El Espíritu Santo no solo es amoroso y está lleno de gozo, también es pacífico. Le encanta vivir en quietud y quietud. Su paz excede nuestro entendimiento y da descanso a nuestras almas. Su paz protege nuestro corazón y nuestra mente (Fil. 4: 7). También es paciente. Él no se cansa mientras espera que sigamos plenamente Sus caminos, y continúa trabajando pacientemente en nuestras vidas incluso cuando no alcanzamos Su gloria. Él no está decepcionado con nosotros por nuestras debilidades, pero continúa atrayéndonos tiernamente hacia Jesús.

Otra hermosa faceta de la delicada naturaleza del Espíritu Santo es su bondad. Nunca impondrá su voluntad a nadie. Él respeta nuestras decisiones y nos corrige suavemente cuando nos extravían. También es manso en todos sus caminos; Habla con una voz suave y apacible, trayendo Sus verdades a nuestro corazón.

David, buscando la dirección del Espíritu, escribió: “Que tu buen Espíritu me guíe por terreno llano” (Salmo 143: 10). El Espíritu Santo es un buen Espíritu. Todo lo que hace es bueno y perfecto. El Espíritu Santo también es fiel. El siempre cumple sus promesas; si dice algo, seguramente lo hará. Es leal a su misión de glorificar a Cristo e inmutable en todos sus caminos. Él siempre obra en perfecta armonía con la voluntad de Dios, trayendo su orden y señorío a nuestras vidas.

## Mudarse a su morada

Uno de los mejores días de mi vida fue el día que conocí a mi esposa.

¡No podía creer que una chica tan hermosa como ella existiera en este planeta! La amé desde el momento en que la vi, y supe que ella era la que el Señor había elegido para mí. Tan maravilloso como fue ese día, fue solo el comienzo de nuestra relación. Al día siguiente de conocerla, tuve que regresar a Estados Unidos, mientras ella se quedó en Colombia. Como quería conocerla, comencé a buscar una relación con ella escribiéndole cartas.

Todas las mañanas me levantaba y corría rápidamente a la computadora para ver si me había contestado. ¡Cada vez que veía su nombre en la lista de correos electrónicos, mi corazón daba un vuelco! Me olvidaría de todos los correos electrónicos más extraños e iría directamente al de ella. Leía cada palabra lentamente y analizaba cuidadosamente cada oración, y cuando terminaba, ¡la volvía a leer! A través de sus cartas comencé a aprender sobre sus sueños, sus deseos y su personalidad. Y cada día me enamoraba más y más profundamente de ella.

A medida que nos acercábamos a cada extraño, comencé a llamarla por teléfono. Compartiríamos todo sobre nuestras vidas y también oraríamos con todos los demás. ¡Podríamos hablar hasta siete horas todos los días, y las horas parecían minutos! ¡Me había enamorado irremediablemente de ella! Después de algunos meses, mi deseo de conocerla más fue tan grande que literalmente crucé un océano solo para estar con ella. Vivía en una ciudad llamada Cartagena de Indias, una ciudad colonial en el Mar Caribe. Es una de las ciudades más bellas de América Latina. ¡Era un lugar perfecto para salir en citas románticas! Visitamos el lado histórico de la ciudad, comimos en diferentes restaurantes, nos tomamos de la mano mientras caminábamos

en la playa, y mantuvimos largas conversaciones mientras estábamos sentados en las históricas murallas que rodean la ciudad.

Unos meses después, en el centro histórico de Cartagena, me arrodillé y le pedí que se casara conmigo. En el momento en que la escuché decir: "¡Sí!"

¡Mi corazón se llenó de alegría! Después de casarse, vino a vivir conmigo a Estados Unidos. Comenzamos a conocernos de una manera más profunda ya que estábamos juntos no solo en los buenos momentos, sino también en los difíciles. Nuestra relación se hizo más fuerte e íntima a medida que aprendimos a amarnos a pesar de nuestras deficiencias y diferencias. Al vivir con ella, llegué a conocer más su corazón cada día y, a medida que pasa el tiempo, descubro más y más el precioso regalo que el Señor me ha dado.

De manera similar, nos enamoramos del Espíritu Santo cuando encontramos la belleza de Su presencia. Aprendemos más acerca de Él leyendo las Escrituras. Esto es como recibir una carta de amor del Señor para nosotros. Hablamos con el Señor en nuestras oraciones, y Él nos responde. Orar es similar a hablar por teléfono con el Señor. Podemos ir a la iglesia, pero si realmente queremos conocer el Espíritu de Dios, debemos trasladarnos al lugar donde Él vive y buscar una relación con Él.

El Espíritu Santo no se moverá a donde vivimos; debemos trasladarnos a donde Él vive. Cuando me casé, mi esposa vino a vivir conmigo; dejó todo: su familia, sus amigos, su país e incluso su carrera, para que pudiéramos estar más juntos. De la misma manera, debemos estar dispuestos a dejar todo para el Señor, que es nuestro refugio, hasta el Altísimo, nuestra morada (Salmo 91: 9).

Hay muchas personas que conocen el Espíritu de Dios porque han estudiado el tema en las Escrituras y

libros de teología, pero hay una gran diferencia entre conocer acerca del Espíritu Santo y conocer el Espíritu Santo. Puede leer la biografía de una persona famosa y llegará a conocer hechos sobre su vida; pero no conocerás realmente su personalidad a menos que vivas con él. Puede memorizar que todo lo que quiere es conocer su vida, pero si alguna vez lo conoce en persona, no sabrá quién es usted.

De manera similar, podemos aprender acerca del Espíritu Santo, pero realmente no lo conoceremos hasta que decidamos vivir donde Él vive. ahí es cuando realmente entenderemos qué es lo que lo hace sonreír y qué es lo que realmente entristece Su corazón. Ese es el lugar donde sentimos los latidos de Su corazón y comenzamos a percibir la vida a través de Sus ojos. Al permanecer donde Él vive, Sus pensamientos se convierten en nuestros deseos y Sus sueños en nuestros deseos. Llegamos a participar de Su gozo y Sus sufrimientos. A medida que pasamos tiempo permaneciendo en Su presencia, contemplando Su belleza y escuchando Su voz suave y apacible, llegamos a conocer Su verdadera naturaleza.

Cuando dos jóvenes comenzaron a seguir a Jesús, Él se volvió hacia ellos y les dijo: "¿Qué buscáis?". Ellos le respondieron: "Maestro, ¿dónde moras?" Les dijo: "Venid y ved". Vinieron y vieron dónde se hospedaba, y se quedaron con Él ese día (Juan 1: 37-39). Si eres un seguidor de Jesús y estás buscando saber dónde mora Su Espíritu, Él te invita hoy a “Ven y ve”. E incluso mejor que eso, Él te da la bienvenida para que te quedes con Él todo el tiempo que quieras. A medida que lea el próximo capítulo, descubrirá dónde mora el Espíritu Santo, cómo puede entrar a Su morada y cómo puede permanecer en Su presencia.

Capítulo cuatro

La vida interior con el Espíritu Santo

# *la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros.*

*2 Corintios 13:14*

## El espíritu interior

Jesús sabía exactamente el día del cabrestante que iba a ser crucificado. Sabía el sufrimiento que tendría que soportar y también sabía que muy pronto iba a ser separado de sus discípulos, a quienes amaba profundamente. Sabiendo plenamente que después de resucitar de entre los muertos ascendería al Padre, reunió a sus amigos más cercanos y comenzó a abrirles su corazón. Dijo algunas palabras que son extremadamente difíciles de creer. Él dijo: “Les digo la verdad. Os conviene que yo me vaya ”(Juan 16: 7).

Los discípulos probablemente estaban asombrados por sus palabras. Puedo imaginarlos preguntándose: “¿Cómo puede beneficiarnos que te vayas? Jesús, tienes palabras de vida. Vayas donde vayas, los enfermos se curan. Jesús, eres Emmanuel: ¡Dios con nosotros! Señor, ¿a quién vamos a seguir cuando te marches? ¿Cómo puedes decir que nos conviene que te alejes de nosotros? Jesús pronto explicó: “Porque si no me voy, el Consolador no vendrá a ti; pero si me voy, se lo enviaré ”(Juan 16: 7). Jesús les estaba diciendo que después de su partida, enviaría el Espíritu Santo a sus corazones y que el Espíritu de Dios sería el que los guiaría a toda la verdad.

En la misma conversación, Jesús dijo a sus discípulos: “Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros.”(Juan 14: 16-18).

Jesús aclaró que todos los que no son sus discípulos no pueden recibir el Espíritu Santo: “El Espíritu de verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque nunca lo ve ni lo conoce” (Juan 14:17). Las Escrituras declaran: “El hombre natural no recibe las cosas del Espíritu de Dios, porque para él son locura” (1 Corintios 2:14). Pero para Jesús era de suma importancia que sus discípulos llegaran a comprender y conocer al Espíritu Santo.

En esta conversación, Jesús también reveló un misterio fascinante. El Espíritu Santo no solo vendrá a habitar con nosotros para siempre, ¡vendrá a habitar dentro de nosotros! Jesús era Dios *con* nosotros; ¡El Espíritu Santo es Dios *en* nosotros! Este es " el

misterio que había estado oculto desde los siglos y las generaciones, pero ahora nos ha sido revelado a sus santos, el cual es Cristo *en* nosotros, la esperanza de gloria ”(Col. 1: 26-27). El Creador del cielo y la tierra viene a morar literalmente dentro de nuestros cuerpos por Su Espíritu.

En el momento en que venimos al Señor y recibimos a Jesús en nuestro corazón, eligiendo apartarnos de nuestros pecados, sucede algo sobrenatural. Puede que no lo sintamos en este momento, pero en ese instante el Espíritu del Señor viene a vivir dentro de nosotros. El Espíritu Santo literalmente entra en nuestro corazón, nos sella y da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios (Romanos 8:16)”.

Las Escrituras incluso declaran: “Pero si el Espíritu de Aquel que levantó a Jesús de entre los muertos habita en ustedes, el que levantó a Cristo de los muertos también dará vida a sus cuerpos mortales por medio de Su Espíritu que mora en ustedes (Romanos 8:11) . " Las Escrituras continúan diciendo: “Ahora bien, el que nos establece contigo en Cristo y nos ungió es Dios, el cual también nos selló y nos dio el Espíritu en nuestro corazón como garantía (2 Corintios 1: 21-22). "

## Entrar en el Espíritu

Cuando somos salvos, el Espíritu Santo entra en nuestro corazón, pero si queremos conocerlo, debemos caminar en el Espíritu. No solo necesitamos tener el Espíritu Santo dentro de nosotros, es esencial que vivamos en el Espíritu (Gálatas 5:25). No solo debemos buscar ser llenos del Espíritu Santo, sino que también debemos desear permanecer en el Espíritu. El libro de Apocalipsis nos dice que Juan estaba en el Espíritu cuando el Señor reveló los muertos.

que tendrá lugar en el futuro. Juan dijo: "Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor" (Apocalipsis 1:10).

Las Escrituras nos dicen que nuestros cuerpos son el templo del Espíritu Santo: "¿O no sabéis que vuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo que está en vosotros, a quien tenéis de Dios, y no sois vuestro?" (1 Corintios 6:19). El templo descrito en el Antiguo Testamento estaba dividido en tres secciones : el atrio exterior, el Lugar Santo y el Lugar Santísimo. Creo que si somos el templo del Espíritu Santo, nuestros cuerpos son el patio exterior, nuestra alma es el Lugar Santo y nuestro espíritu es el Lugar Santísimo. La presencia manifiesta de Dios se encontró dentro del Lugar Santísimo, y hoy la presencia manifiesta del Espíritu de Dios se encuentra dentro de nuestro espíritu.

No tenemos que ir a Jerusalén para encontrarnos con Dios; no tenemos que escalar ninguna montaña específica para encontrarnos con Su presencia, porque el Espíritu Santo viene a morar dentro de nuestro espíritu. No tenemos que ofrecer sacrificios para expiar nuestros pecados para poder entrar en Su presencia (Hebreos 10:18); Jesús ofreció su sangre derramada como ofrenda por nuestro pecado (Isaías 53:10).

Ya no se permite que una sola persona, una vez al año, entre al Lugar Santísimo (Levítico 16: 2, 19-20); podemos entrar en cualquier momento y cualquier día (Efesios 2: 13-18). Debido a la sangre que Jesús derramó en la cruz, no solo podemos recibir el perdón de nuestros pecados, sino que también tenemos acceso directo a Su presencia (Hebreos 10: 19-22). Las Escrituras nos dicen que cuando Jesús “clamó a gran voz y abrazó Su último, el velo del templo que nos separaba del Lugar Santísimo se partió en dos de arriba abajo (Marcos 15: 37-38).

El Lugar Santísimo es la "Tierra Prometida" para nuestra generación. Si es un lugar que fluye con el amor y la paz del Espíritu Santo. Es un lugar que fluye con un gozo inefable y lleno de gloria. Es un lugar que fluye con revelación y verdad. Es un lugar donde fluyen los sueños del cielo para nuestras vidas. Es un lugar que fluye con la vida y el poder de Dios. Este es el lugar donde el Espíritu Santo restaura nuestras almas y escribe sus leyes en nuestros corazones.

El Señor liberó al pueblo de Israel de la esclavitud en Egipto. Eran libres en el momento en que cruzaron el Mar Rojo, pero todavía vivieron en un desierto por el resto de sus vidas, deseando poder regresar a Egipto. De manera similar, muchos cristianos han sido liberados de la esclavitud del pecado al cruzar el mar rojo de la sangre de Jesús, pero aún viven en un desierto espiritual. Ellos nunca llegan a conocer el fondo del corazón de Dios, nunca reciben el plan de Dios para sus vidas y siempre viven en una lucha constante contra el pecado.

Pero hubo una generación que estuvo dispuesta a cruzar el río Jordán para entrar en la Tierra Prometida. Tuvieron que librar grandes batallas y superar muchos obstáculos, pero cumplieron el destino de Dios para sus vidas. El Señor está llamando a nuestra generación a cruzar el río Jordán, que representa el “río de su espíritu” y a entrar en el lugar secreto del Altísimo, donde disfrutaremos la plenitud de la gloria y la abundancia de Dios en nuestras vidas.

Antes de ministrar en una cruzada milagrosa en la ciudad de Nueva York, invité a mi esposa a venir y compartir algunas palabras con la congregación. Para mi sorpresa, cuando le entregué el micrófono, ¡comenzó a llorar frente a los asistentes! Cuando la miré, sentí el Espíritu Santo sobre su vida, y el Señor comenzó a hablarle, diciendo: “El precio

ya ha sido pagado. Mi sangre ya ha sido derramada. ¿Por qué no vienes a Mi presencia? ¿Por qué te quedas fuera de Mi patio interior? " Todos en el lugar podían sentir las palabras fluyendo como un torrente del corazón de Dios. Inesperadamente, la gente empezó a llorar por toda la habitación.

La gloria de Dios llenó la habitación, y el poder convincente del Espíritu Santo traspasó los corazones con Sus palabras. Creo que incluso hoy, Su mayor deseo es que permanezcamos en el lugar donde Él habita. Jesús oró: “Padre, deseo que también todos los que me diste, estén conmigo donde yo estoy, para que vean mi gloria que me has dado” (Juan 17:24).

Este fue el mayor pedido del rey David. Escribió: "Una cosa he deseado del Señor, la buscaré: que pueda habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida, para contemplar la belleza del Señor y para inquirir en su templo". (Salmo 27: 4). Cuando David habló de la casa del Señor y de Sus atrios, no se refería a un templo hecho por manos humanas. Se refería a entrar en la presencia del Señor. Sabía que era allí donde el Señor lo cautivaría con Su belleza y el Espíritu Santo le revelaría los misterios de Su corazón.

David no solo deseaba encontrar Su gloria una vez; todos los días anhelaba hacer del lugar secreto del Espíritu su habitación personal. Gritó: “¡Cuán hermosa es tu morada, Señor Todopoderoso! Mi alma anhela, incluso se desmaya, por los atrios del Señor; mi corazón y mi carne claman por el Dios vivo. Mejor es un día en tus atrios que mil en otro lugar ”(Salmo 84: 1-2, 10).

El mayor honor que podemos alcanzar en esta vida es ser llevados por el Espíritu a Sus atrios. Las Escrituras declaran: “Bienaventurado el hombre que eliges, y haz que se acerque a ti para habitar en tus atrios. Con la bondad de tu casa, de tu santo templo, nos saciaremos ”(Salmo 65: 4). Podemos desear con todo nuestro corazón morar en Su presencia, pero en última instancia, Dios es el que nos atrae a Sus aposentos interiores. El grito de nuestro corazón debería ser: “¡Aléjame! Corremos detrás de ti. El rey me ha llevado a sus aposentos. Nos alegraremos y nos regocijaremos en ti. Recordaremos más tu amor por el vino. Bien, te aman. Soy moreno, pero hermoso ”(Cantar de los Cantares 1: 4-5).

Cuando sientas que el Señor te atrae, ¡corre tras Él! Él te guiará a sus atrios interiores, saciará tu alma con su bondad y traerá gozo y alegría a tu corazón. Te darás cuenta de que para cualquiera que realmente lo conozca, es imposible no amarlo. Y llegarás a saber que aunque no seas perfecto, sigues siendo encantador a Sus ojos.

Jesús es la puerta; entra por Él y serás salvo, y entrarás y saldrás y encontrarás descanso. (Juan 10: 9) Entra por sus puertas con acción de gracias, y por sus atrios con alabanza (Sal. 100: 4). Con un corazón lleno de gratitud, adóralo en espíritu y en verdad (Juan 4:24). Dedique su vida a permanecer en Su presencia con el único deseo de conocerlo y ser conocido por Él. Hágase amigo del Espíritu Santo y permítale que le revele sus emociones a su corazón. Deja que se convierta en tu maestro, consolador, ayudador y guía. Conócelo y sé conocido por Él.

Somos meros recipientes de tierra que tenemos un tesoro asombroso en su interior; y ese tesoro es el Espíritu Santo: "Tenemos un tesoro en vasos de barro para que la excelencia del poder sea de Dios y no de

nosotros ”(2 Corintios 4: 7).

Durante los primeros meses del primer embarazo de mi esposa, era imposible decir, con solo mirarla, que estaba embarazada. Pero cuando fuimos a nuestra primera visita con el médico, ella nos permitió escuchar los latidos del corazón del bebé. Es difícil describir la alegría y el asombro que sentimos la primera vez que escuchamos su pequeño corazón latir fuerte y claro.

Ese mismo día tuvo su primera ecografía y pudimos ver a nuestro bebé por primera vez. Tenía pequeños brazos y piernas, ¡y se movía! Había otra persona con una voluntad y personalidad únicas viviendo dentro de ella. El hecho de que no pudiéramos verlo o escucharlo sin los instrumentos del médico, no significaba que no estuviera muerto. Es de la misma manera que el Espíritu Santo. Hay una Persona real que vive dentro del corazón de cada creyente; y el hecho de que no siempre podamos escucharlo, verlo o sentirlo, no significa que Él no sea diferente.

## Comunión con el Espíritu Santo

Hay diferentes dimensiones de la vida cristiana. Uno de ellos es la vida cristiana externa, que involucra nuestras relaciones, nuestra conducta moral y nuestro servicio al Señor. También hay un aspecto intelectual del cristianismo en el que crecemos en nuestro conocimiento de las Escrituras, ideología y doctrina. El cuerpo de estas facetas de nuestra experiencia cristiana es extremadamente importante y, por lo general, son las que más se enfatizan en nuestras iglesias.

Necesitamos ser moralmente correctos en nuestra sociedad; Es importante que apliquemos principios piadosos a nuestras relaciones.

y vida familiar. Debemos saber lo que creemos, basándonos en las Escrituras, para que no nos desvíen las falsas doctrinas que surjan. Pero estos no deberían ser los aspectos principales de nuestra relación con Dios. La dimensión más importante de nuestro caminar cristiano debe ser siempre nuestra vida interior con el Espíritu Santo.

Nuestra comunión con el Espíritu Santo en nuestro hombre interior es donde reside el secreto para conocer a Dios y vivir una vida cristiana victoriosa (2 Corintios 13:14). La mayoría de las personas intentan satisfacer sus deseos y encontrar satisfacción en sus vidas mediante actividades externas. Pero Jesús dijo que de nuestro interior fluirían ríos de agua viva (Juan 7:38). A medida que crecemos en nuestra amistad con el Espíritu Santo, Él satisfará todas nuestras necesidades. La Biblia nos dice que busquemos primero el reino de Dios y Su justicia, y todos los demás azulejos nos serán añadidos (Mat. 6:33).

El problema es que la mayoría de la gente no sabe dónde está ubicado el reino de Dios. Jesús nos dijo que no lo buscáramos aquí o allá, porque dijo que el reino de Dios está dentro de nosotros (Lucas 17:21). Cuando elegimos arrepentirnos de nuestros pecados y creer en el evangelio, el reino de Dios ya no está al alcance de nuestra mano. El reino de Dios, que es justicia, gozo y paz en el Espíritu Santo, entra dentro de nosotros (Rom. 14:17, Lucas 17:21).

Según las Escrituras, estamos hechos de espíritu, alma y cuerpo: “Ahora que el mismo Dios de paz os santifique por completo; y que todo vuestro espíritu, alma y cuerpo sean conservados sin mancha en la venida de nuestro Señor Jesucristo ”(1 Tesalonicenses 5:23). Nuestro cuerpo es nuestro ser físico, que está en contacto con el mundo material. Nuestra alma incluye nuestra voluntad,

emociones, memoria e intelecto, que componen nuestra personalidad. Nuestro espíritu es el lugar donde tenemos comunión con Dios.

Nos ayuda a comprender mejor nuestra comunión con el Espíritu cuando nos damos cuenta de que el espíritu y el alma son partes separadas de nuestro ser. “Porque la palabra de Dios es viva y llena de poder, y más cortante que toda espada de dos filos, penetrante hasta división del alma y del espíritu” (Heb. 4:12). Cuando recibimos a Jesús por fe, el Espíritu Santo viene a habitar en nuestro espíritu. Las Escrituras declaran: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios” (Romanos 8:16). Nuestro espíritu se encuentra en nuestro ser más íntimo, cubierto por el alma y, a su vez, el cuerpo envuelve al alma.

Las decisiones se toman en el alma; la tendencia normal de nuestra alma es volverse hacia el exterior para experimentar y dejarse llevar por nuestros cinco sentidos físicos: la vista, el oído, el tacto, el gusto y el olfato. Pero si deseamos tener una relación personal con el Espíritu Santo, debemos aprender a volver nuestra alma hacia nuestro interior, hacia nuestro espíritu, porque ese es el lugar donde Él habita.

Esta comprensión cambia totalmente la forma en que la mayoría de la gente ve el cristianismo. La mayoría de la gente cree que Dios está en el cielo, que es un lugar a millas de distancia de ellos. Creen que solo se encontrarán con Él personalmente y hablarán cara a cara con Él después de m. La mayoría de la gente piensa que el cristianismo se trata de orar a un Dios lejano, seguir sus mandamientos y adquirir conocimiento de las Escrituras.

Sí, hay un lugar llamado cielo, donde nos encontraremos con Dios cara a cara después de nuestra muerte; debemos seguir sus mandamientos, orar y conocer las Escrituras. Pero hay un despertar que tiene lugar en nuestras almas cuando nos damos cuenta de que somos capaces de tener una relación interior con Dios.

quien no solo nos ama, sino que también ha llegado a morar literalmente dentro de nuestros cuerpos a través de Su Espíritu.

Este viaje comienza con la oración y la adoración. A medida que buscamos al Señor a través de la oración y nos presentamos ante Él con gratitud y alabanza en nuestro corazón, el Espíritu Santo dentro de nosotros comenzará a atraernos a Su presencia. Por eso tendemos a cerrar los ojos cuando adoramos al Señor. El mundo exterior comienza a desvanecerse y nos damos cuenta de Su presencia en el interior. Esta etapa de adoración y oración puede involucrar palabras, y también puede involucrar acciones, como levantar las manos, caminar o arrodillarnos. Todavía estamos en los atrios exteriores, pero podemos sentir Su presencia.

La mayoría de las personas se detienen cuando se quedan sin cosas para decirle al Señor, pero podemos seguir buscándolo con nuestras emociones. Descubrimos que nuestras palabras y acciones no son suficientes para expresar nuestros anhelos más profundos; ahí es cuando comenzamos a desearlo a Él con nuestras emociones, que también son parte de nuestra alma. Es posible buscarlo con nuestro amor. El Espíritu Santo no es solo una Persona, es Dios; Su mayor deseo es que lo amemos.

El primer y mayor mandamiento es amar al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con toda nuestra mente y con todas nuestras fuerzas (Marcos 12:30). Jesús dijo que si lo amamos, Él se manifestaría a nosotros (Juan 14:21). Demostramos nuestro amor por el Señor al obedecer Sus mandamientos, pero también podemos derramar nuestro amor sobre Él al abrazar Su Espíritu dentro de nosotros. No solo debemos amar al Señor con nuestra mente y nuestras fuerzas, sino también con nuestro corazón. Cuando comenzamos a clamar en nuestro corazón, deseando acercarnos más, conocerlo, tener comunión con Él y permanecer en Su presencia, Él nos conduce al Lugar Santo. El Espíritu Santo comenzará a fluir de nuestro ser interior, saliendo de nuestro

espíritu e inundando nuestra alma. Mientras seguimos amándolo y deseándolo, Su presencia manifiesta continuará impregnando nuestras almas con Su abrumadora paz y amor.

Mientras permanecemos en Su amor (Juan 15: 9), el Espíritu Santo nos lleva al silencio. Más profundo que las palabras y las emociones es la quietud y el silencio completos, una posición en la que estamos totalmente entregados y sometidos al Espíritu de Dios. El Señor nos dice: “Estad quietos y reconoced que yo soy Dios” (Salmo 46:10). Él también nos dice: “En tranquilidad y confianza serán vuestra fuerza” (Isaías 30:15). Aquí es donde se alcanza la intimidad más profunda con el Espíritu Santo. Ya no solo le hablamos y le expresamos nuestro amor. Ahora nos habla y expresa su amor por nosotros. Estamos tan cerca de su presencia que las palabras pierden sentido. Este lugar de silencio es el lugar donde sentimos Su abrazo y sabemos que Él es nuestro Dios. Hemos entrado en el Lugar Santísimo: el lugar donde habita el Espíritu de Dios.

El Espíritu ya no está solo en nosotros, sino que ahora también estamos en el Espíritu. Este es un lugar donde Su verdad y revelación iluminan nuestros corazones. Hay una gran diferencia entre tener el Espíritu dentro de nosotros y estar en el Espíritu (Ap. 1:10). Hay una gran diferencia entre estar lleno del Espíritu Santo y permanecer en el Espíritu (Gálatas 5:25).

Este es el estado al que se refirió el rey David cuando escribió: “El que habita en el lugar secreto del Altísimo morará bajo la sombra del Todopoderoso” (Salmo 91: 1). Hay promesas asombrosas para aquellos que eligen hacer del Señor su refugio. El Señor nos cubrirá con Su presencia, trayendo liberación del enemigo y protección contra la enfermedad: “Porque has hecho que el Señor, que es mi refugio, al Altísimo, tu morada, ningún mal sobrevendrá.

a ti, ni plaga se acercará a tu morada ”(Salmo 91: 9).

Estas promesas no son para todos, sino solo para aquellos que habitan en el Lugar Secreto. El enemigo no puede tocarnos en este lugar. Sus mentiras, su engaño y su opresión no pueden llegar a ese lugar. El enemigo no puede traernos depresión y auto-condenación. Diere: "Él te cubrirá con Sus temerosos, y bajo Sus alas te refugiarás" (Sal. 91: 4).

El Señor no sólo nos protege del enemigo en el Lugar Secreto, sino que también nos protege de los planes y las palabras de los hombres: "En el lugar secreto de Tu presencia los esconderás de los complots del hombre; Los guardarás en un pabellón de la contienda de lenguas ”(Salmo 31:20).

En este lugar el Espíritu Santo también nos libera del temor: “No tendrás miedo del terror de la noche, ni de la flecha que vuela de día, ni de la pestilencia que camina en las tinieblas, ni de la destrucción que asola. al mediodía ”(Sal. 91: 5-6). También recibimos autoridad para destruir las obras del enemigo: “Sobre el león y la cobra pisarás, el cachorro de león y la serpiente hollarás” (Sal. 91:13).

Pero lo más importante es que para aquellos que desean conocerlo y hacer que el Altísimo sea su morada, el Señor les promete: “Porque ha puesto su amor en Mí, antes que yo lo libraré; Lo pondré en alto, porque ha conocido mi nombre. Me invocará, y yo le responderé; Estaré con él en la angustia; Lo libraré y lo honraré. Durante toda la vida lo saciaré y le mostraré mi salvación ”(Sal. 91: 14-16).

Jesús también se refirió a la condición del alma cuando declaró: “Yo soy la vid, ustedes son los pámpanos. El que permanece en mí, y yo en él, da mucho fruto; porque sin mí nada podéis hacer ”(Juan 15: 5). Una rama por sí sola se marchitará y morirá. Así como un pámpano no puede tener vida sin la vid, nosotros no podemos recibir vida y tener vida en abundancia sin permanecer en Él. Las Escrituras declaran claramente que el Espíritu es el que da vida, y no podemos recibir la vida sin permanecer en Cristo (2 Cor. 3: 6).

a

Jesús también nos dice que este es el secreto para tener una vida cristiana fructífera. Si venimos y permanecemos en Él, el Espíritu dará vida espiritual; de esa vida y virtud, brotarán frutos. El fruto del Espíritu comenzará a manifestarse en nuestra vida, y el fruto de nuestro ministerio crecerá a medida que permanezcamos continuamente en Él. Mientras permanecemos en Cristo, “caminaremos como él anduvo” (1 Juan 2: 6).

El Señor reveló este misterio a Marta de Betania. Descubrió la importancia de simplemente esperar en la presencia de Jesús y escuchar su voz. Cuando Jesús estaba de visita en su casa, Marta estaba ocupada sirviendo al Señor, y cuando vio que su hermana, María, no estaba ayudando, sino que estaba sentada a los pies de Jesús, se quejó al Señor. Jesús le respondió: “Marta, estás preocupada y angustiada por muchas cosas. Pero se necesita una cosa, y María ha elegido la buena parte, que no le será quitada ”(Lucas 10: 41-42).

Esta respuesta es verdaderamente asombrosa, pero servir al Señor no es lo que se requiere. La mayoría de la gente está preocupada y preocupada por muchas cosas; pero se necesita una cosa, y eso es simplemente esperar en Su presencia y escuchar Su voz. El Señor no nos salvó para que simplemente nos convirtiéramos en Sus siervos; Él nos salvo

a nosotros para que podamos tener una relación personal con él.

En la espera es también donde el Señor restaura nuestras almas y nos fortalece. Las Escrituras declaran: “Pero los que esperan en el Señor renovarán sus fuerzas; levantarán alas como las de las águilas, correrán y no se cansarán, caminarán y no se fatigarán ”(Is. 40:31).

Elías, huyendo de Jezabel, muy desanimado y deprimido, se encontró en una cueva en el monte Horeb. El Señor le dijo a Elías: “Sal y ponte en la montaña delante del Señor. Y cuando el Señor pasó, un viento grande y fuerte se desgarró en los montes y rompió las rocas delante del Señor, pero el Señor no estaba en el viento; y después del viento un terremoto, pero el Señor no estaba en el terremoto; y después del terremoto un fuego, pero el Señor no estaba en el fuego; y después del fuego una voz apacible y delicada. Así fue que, cuando Elías lo oyó, se envolvió la cara en su manto y salió y se paró a la entrada de la cueva. De repente le llegó una voz ”(1 Reyes 19: 11-13).

Elías escuchó su voz y se ocultó envolviéndose el rostro con su mande. Se arrastró hacia adentro cubriéndose con su mande. Mientras cubría su rostro, el Señor comenzó a hablarle con una voz suave y apacible.

Mucha gente busca al Señor en las manifestaciones del Espíritu Santo: el fuego, el terremoto o el viento; todos esos son todos subproductos del paso del Espíritu Santo, pero no es donde Él se encuentra. Hay un gran poder y maravilla en las manifestaciones del Espíritu del Señor, pero si queremos encontrarlo, lo encontraremos en Su voz apacible y delicada. El terremoto,

El viento y el fuego pueden atribuirse a la energía o al poder, pero una voz solo puede atribuirse a una persona.

Cuando escuchamos una voz, es porque hay una persona real que nos habla. Cuando escuchamos la voz del Espíritu Santo, nos damos cuenta de que Él es mucho más que la simple manifestación de poder; Es alguien que nos atrae a tener una relación con él. Solo cuando descubramos la importancia de escondernos en Su presencia, comenzaremos a escuchar Su voz suave y apacible.

Jesús gritó: “¡Jerusalén, Jerusalén, la que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta a sus polluelos debajo de sus alas, pero no quisiste! (Lucas 13:34). El mayor deseo de Dios era reunir a sus hijos bajo sus "alas", pero a ellos no les interesaba. Y las Escrituras nos dicen que cuando se acercó a Jerusalén, lloró porque no sabían el momento de su visitación. a los suyos y los suyos no le recibieron (Juan 1:11).

Los judíos eran su pueblo elegido, pero constantemente se negaban a recibir su visitación. Hoy, todos los que han puesto su fe en Jesús se han convertido en su pueblo elegido. Sin embargo, muchos de sus propios hijos hoy todavía rechazan su visitación; muchos de nosotros no estamos dispuestos a escondernos bajo sus alas. Y creo que muchas veces, cuando el Señor mira a sus hijos hoy, todavía llora. Viene a los suyos a través de su espíritu, y los suyos todavía no lo reciben.

Kathryn Kuhlman dijo que esta era su Escritura favorita: “Guárdame como la niña de Tus ojos; Escóndeme bajo la sombra de Tus alas ”(Sal. 17: 8). Este era su secreto para conocer y amar al Espíritu Santo, y también debería convertirse en nuestro grito y

deseo: “Señor, escóndeme bajo la sombra de Tus alas. Guárdame como a la niña de tus ojos ".

## Unidad con el Espíritu Santo

La gravedad es la fuerza natural de atracción que ejerce un cuerpo celeste, como la tierra, sobre los objetos que se encuentran en su superficie o cerca de ella, y tiende a atraerlos hacia el centro del cuerpo. También se define como fuerza natural matriz de atracción entre dos cuerpos, que es directamente proporcional al producto de sus masas e inversamente proporcional al cuadrado de la distancia entre ellos .( 9 ) Cuanto más dos objetos son entre sí, menos es la fuerza de atracción entre ellos. Cuanto más cerca estén dos objetos de cada uno, mayor será la fuerza de atracción entre ellos.

El Espíritu Santo ejerce una fuerza similar, atrayendo nuestras almas hacia nuestro ser más íntimo. Cuanto más nos acercamos a Él, más poderosa se vuelve su fuerza de atracción. Las Escrituras declaran: “Acércate a Dios y él se acercará a ti” (Santiago 4: 8). Cuanto más primeros somos del Señor, más difícil se vuelve el permanecer en Su presencia; pero a medida que volvamos continuamente a Él, Su atracción se volverá casi constante en nuestras vidas. Comenzamos a experimentar cómo el Espíritu, a quien el Señor ha hecho morar en nosotros, nos anhela celosamente (Santiago 4: 5). La vida interior con el Espíritu Santo parece inactividad para el ojo natural, pero es el único lugar donde se logra un verdadero progreso espiritual.

Creo que mientras el Espíritu Santo mora en nosotros y continuamos morando en Él, seremos uno con el Espíritu de Dios. Las Escrituras declaran: “Pero el que se une con el Señor, es un espíritu con Él” (1 Cor. 6:17). Cuando nos convertimos en uno con el Espíritu de Dios, sus pensamientos se convierten en nuestros pensamientos; Sus emociones

conviértete en nuestras emociones; Sus sueños se convierten en nuestros sueños; Sus deseos se convierten en nuestros deseos y Sus acciones se convierten en nuestras acciones. El Padre no solo estaba en Jesús, sino que Jesús también permanecía en el Padre; Jesús dijo: “Yo y el Padre uno somos” (Juan 17:21, Juan 10:31). Nuestra motivación para permanecer en Su Espíritu no solo debe ser conocerlo personalmente, sino también unirnos a Él, convirtiéndonos finalmente en un espíritu con el Señor.

mnmn

Capitulo cinco

Santificado por el Espíritu Santo

# *Para que los gentiles le sean ofrenda agradable, santificada* por el Espíritu Santo.

*Romanos 15:16*

## Esta es la voluntad de dios

Cuando comencé a aprender sobre el Espíritu Santo durante mi estadía en Argentina, se despertó en mi corazón un gran deseo de ser lleno de Su presencia. En cada servicio al que asistía, era el primero en correr hacia los altares. El Espíritu Santo tocaría a todos, pero a mí no me pasaría nada. Muchas personas también me impusieron las manos y oraron por mí, pero todavía no estaba lleno del Espíritu Santo. Antes de encontrarme con el

Espíritu Santo por primera vez, el Señor escribió una palabra ante mis ojos: Santificación.

El versículo que el Señor solía hablarme era: “Porque esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación” (1 Tesalonicenses 4: 3). Entonces comencé a arrodillarme junto a mi cama, confesando todos mis pecados, uno por uno, pasados y presentes. Tomé la decisión definitiva de arrepentirme de mis pecados. Dios escuchó mi clamor y me estaba dando una de las llaves de su presencia. El derramamiento del Espíritu de Dios siempre está precedido por el verdadero arrepentimiento (Hechos 2:38).

Antes de que el Señor dijera que derramaría Su Espíritu sobre todas las personas (Joel 2:28), dijo: "Vuélvete a mí con todo tu corazón, con ayuno, llanto y lamento" (Joel 2:12). ). El Espíritu Santo no solo desea ser nuestro amigo más cercano, también desea santificar nuestras vidas para presentarnos como una ofrenda aceptable para el Señor, santo y sin mancha (Romanos 15:16, Efesios 5:27).

El Espíritu Santo desea lo mejor para nosotros, y sabe que sólo si caminamos por el camino de la santidad seremos capaces de vivir en completa libertad espiritual y audiencia. Para que comencemos a comprender nuestra santificación, primero debemos recibir la revelación de nuestra justificación. La justificación es el hecho de que nos volvemos completamente justos a los ojos de Dios a través de la sangre de Jesús. El Espíritu Santo es aquel que nos convence de pecado y nos revela a Jesucristo, para que podamos recibirlo como nuestro Salvador personal.

Cuando elegimos arrepentirnos de nuestros pecados y recibir gratuitamente el perdón de nuestros pecados a través de la fe en Jesucristo, las Escrituras declaran que somos justificados. La justificación es un evento único en el que todos nuestros pecados son perdonados y somos

declarado justo delante de Dios. Es como si nunca hubiéramos pecado. Debido a que Jesús tomó nuestro lugar en la cruz, satisfaciendo las demandas de la ley, somos absueltos de todos los cargos que se nos imputan y somos declarados justos a los ojos de Dios. La justificación es inmediata y es por fe. “Por tanto, habiendo sido justificados por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Romanos 5: 1).

Nuestra justicia es un regalo de Dios que podemos recibir a través de la fe solo en Jesucristo (Rom. 5:17, Fil. 3: 9). “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Co. 5:21). Esta justicia se imputa a nuestra vida sin las obras (Rom. 4: 6).

El Espíritu Santo no solo nos convence de pecado, sino que una vez que recibimos a Jesús, nos convence del hecho de que somos justos ante Dios. Jesús dijo: “Y cuando venga (el Espíritu Santo), convencerá al mundo de pecado y de justicia” (Juan 16: 8). Sólo el Espíritu Santo puede darnos la seguridad de que somos santos y sin mancha ante el Señor.

Una vez que recibamos la revelación acerca de nuestra identidad a los ojos del Señor, también debemos comenzar a buscar ser justos (Mateo 6:33) y perseguir la justicia (1 Ti. 6:11). Tiene que haber un deseo en nuestro corazón no solo de saber que Dios nos ve como justos, sino también un deseo de ser santos, así como Dios es santo. Jesús dijo: “Bienaventurados los que tienen hambre y ansias de justicia, porque serán saciados” (Mateo 5: 6).

El Espíritu Santo nos da poder para vencer el pecado y la tentación, y Él es el que santifica nuestras vidas. El apóstol Pablo declaró: “Para que yo sea ministro de Jesucristo para los gentiles, ministrando el evangelio de Dios,

la ofrenda de los gentiles sea aceptable, santificada por el Espíritu Santo ”(Romanos 15:16). Las Escrituras también declaran: “Dios desde el principio te escogió para salvación mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad” (2 Tes. 2:13).

También está escrito que somos “[escogidos] conforme a la presciencia de Dios Padre, en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesús Cristo” (1 Pedro 1: 2). La santificación es el proceso por el cual el Espíritu Santo nos lleva a caminar en el estrecho de la santidad y transforma nuestra naturaleza en la naturaleza de Cristo. Nuestra justificación determina nuestra posición ante Dios; nuestra santificación determina nuestro estado ante Dios. Nuestra justificación se realiza mediante el sacrificio de Jesús en la cruz; nuestra santificación se logra por medio del Espíritu de Cristo (1 Cor. 6:11).

Nuestra santificación es importante porque el Señor nos manda ser santos. Las Escrituras declaran: “Como el que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra conducta, porque está escrito: Santo, porque yo soy santo” (1 Pedro 1: 15-16). Las Escrituras incluso continúan diciendo: “Seguid la paz con todos, y la santidad, sin que nadie vea al Señor” (Hebreos 12:14). Pero la principal razón para que busquemos la santidad es que nuestros ojos se abrirán para contemplar al Señor. Jesús nos prometió: “Bienaventurados los de limpio corazón, porque todos verán a Dios” (Mat. 5: 8).

La raíz de todos los problemas de la humanidad es el pecado. Muchas veces nos enfocamos en solucionar los problemas de nuestra vida, en lugar de ocuparnos de la causa del problema, que es nuestro pecado. El diablo no puede tocar nuestra familia, nuestra vida o nuestras finanzas cuando caminamos en santidad. Jesús dijo: “El diablo nada tiene en mí” (Juan 14:30). El enemigo no pudo tocar a Jesús, porque Jesús caminó en perfecta santidad. Al elegir buscar Su justicia, también comenzaremos a caminar en verdadera libertad.

## Caminando en el Espíritu

La santificación comienza con un arrepentimiento genuino y continúa en nuestra vida diaria mientras somos guiados por el Espíritu Santo. Las Escrituras declaran: “Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios” (Rom. 8:14). La santidad no consiste solo en obedecer los mandamientos de Dios; también consiste en seguir a una Persona. La santidad es seguir al Espíritu Santo y su voz apacible y delicada.

Es crucial tener una relación íntima con el Espíritu Santo, porque cuando lo hagamos, Él nos hablará, guiándonos en Sus caminos. Él nos dirigirá hacia donde debemos ir, en lo que debemos mirar, e incluso en lo que debemos decir. Él puede susurrar en nuestro corazón, corrigiendo gentilmente nuestros pasos, o puede hablarnos a través de las Escrituras, y nos puede pedir el agua de la palabra (Efesios 5:26). Las Escrituras declaran: “Entonces tus oídos oirán a tus espaldas palabra que diga: Este es el camino, andad por él; y no echéis a la mano derecha, ni tampoco torzáis a la mano izquierda.” (Is. 30:21).

La mayoría de los teléfonos actuales tienen un GPS, que significa Sistema de posicionamiento global. Es una herramienta realmente asombrosa. Siempre que no sepamos el camino a un lugar, simplemente podemos ingresar la dirección, y el GPS nos llevará directamente al lugar que pretendemos visitar. Cuando comenzamos a conducir, nos habla y nos dice qué camino tomar, cuándo y dónde girar. Incluso aunque nunca antes hayamos recorrido caminos difíciles, si elegimos obedecer las instrucciones, el GPS nos conducirá por la ruta más corta hasta el lugar al que queremos ir.

A veces, las instrucciones no parecen tener sentido y creemos que conocemos una ruta mejor. Siempre que decidamos no seguir las instrucciones y tomamos un camino equivocado,

Aparece un mensaje en el GPS que dice: "Recalculando la ruta". Luego, el GPS encuentra una nueva ruta y comienza a darnos nuevas instrucciones sobre cómo llegar a la ubicación deseada. Eventualmente, siempre que elegimos seguir la dirección del GPS, llegamos al destino final (aunque por lo general mucho más tarde, si hubiéramos seguido sus direcciones desde el principio).

¡El Señor nos dejó un GPS espiritual, que significa el Espíritu de Posicionamiento de Dios! Él desea guiarnos por lugares y circunstancias por los que quizás nunca antes hayamos ido. Él desea conducirnos hacia el destino y soñar que Dios ha preparado para nosotros. Pero incluso cuando no tenga sentido, debemos estar dispuestos a escuchar Su voz, someternos a Su dirección y seguir Sus caminos. Cuanto más tiempo elijamos no someternos al Espíritu Santo, más tiempo moriremos, nos llevará llegar al destino de Dios para nuestras vidas. Independientemente de lo perdidos que estemos en el momento, el Espíritu Santo siempre conoce la manera de hacernos volver a la perfecta voluntad de Dios para nuestras vidas. Y cuando cometemos un error, Él siempre “recalculará” una ruta para nosotros.

La perfecta voluntad de Dios para nuestras vidas es un camino llamado santidad, y solo podemos caminar por ese camino si somos guiados por el Espíritu de Dios. La santidad no es un evento que ocurre una vez en la vida; en cambio, es un camino estrecho que debe seguirse con cuidado. Jesús habló de un camino ancho que es fácil de encontrar y un camino estrecho es difícil y solo unos pocos lo encuentran (Mateo 7: 13-14). Mucha gente elige el camino ancho; pero el fin del camino es destrucción. Jesús dijo que el camino angosto nos conduce a la vida eterna.

Las Escrituras declaran: "Será una calzada y un camino, y se llamará el Camino de la Santidad" (Isaías 35: 8). Si caminamos por ese camino, el Señor nos promete que no nos perderemos; el enemigo no podrá arruinar nuestras vidas, y

obtendremos gozo y alegría (Isaías 35: 8-10). Hay un camino que conduce al cumplimiento de las promesas de Dios para nuestra vida y la vida eterna. Es un camino angosto llamado santidad, y solo el Espíritu Santo puede abrir nuestros ojos para encontrarlo.

Debemos desear no solo ser llenos del Espíritu Santo y permanecer en el Espíritu, sino también caminar en el Espíritu. Cuando reconocemos y discernimos la dirección del Espíritu, y elegimos obedecer Su guía en nuestra vida diaria, experimentaremos el gozo y la libertad que proviene de caminar en Su presencia: “Si vivimos en el Espíritu, andemos también en el Spirif '(Gálatas 5:25). Es extremadamente importante para nosotros entender que caminar *en* el Espíritu es caminar *detrás* del Espíritu. El Espíritu Santo es quien dirige; simplemente seguimos.

El apóstol Pablo no solo sabía que Dios es bueno y que Dios es amor; también sabía que Dios es santo. El deseo de Pablo de agradar al Señor le dio un tremendo celo por guardar la ley de Dios. Pablo se deleitaba mucho en guardar los mandamientos de Dios. Escribió: “Porque en mi interior me deleito en la ley de Dios” (Romanos 7:22). Sin embargo, Pablo también dijo que cuanto más trataba de cumplir esta ley, había una segunda ley, la ley del pecado y la muerte, en guerra en sus miembros, lo que le hacía quebrantar continuamente la Ley de Dios que amaba. Experimentó la profunda lucha interior que todo creyente que desee agradar al Señor también encontrará en sí mismo.

Hay una batalla entre el Espíritu y los deseos de nuestra carne. Pablo describió su lucha interior cuando escribió: “Porque lo bueno que quiero hacer, no lo hago; pero no haré el mal, eso es lo que practico. Porque me deleito en la ley de Dios según el hombre interior. Pero veo una ley más diferente en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. Oh miserable hombre que

¡soy! ¿Me librará del cuerpo de la muerte? (Romanos 7: 19,22-24)

Pablo luchó por guardar la ley con sus propias fuerzas, hasta que el Señor le reveló una tercera ley, la ley del Espíritu de vida. Hay una fuerza más fuerte y más poderosa que los deseos de nuestra carne, y el poder del Espíritu para atraernos a la obediencia a la Ley de Dios. No tenemos que vivir bajo la ley del pecado y la muerte si elegimos vivir bajo la ley del Espíritu de Vida. “Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me liberó de la ley del pecado y de la muerte” (Rom. 8: 2).

Para que podamos vivir bajo la ley del Espíritu de vida, debemos elegir caminar en el Espíritu. Pablo escribió: "Yo digo pues: camina en el Espíritu, y no cumplirás los deseos de la carne" (Gálatas 5:16). El secreto para vencer el poder del pecado es caminar en el Espíritu.

Andar en el Espíritu es vivir nuestra vida diaria de acuerdo con Sus deseos y Sus caminos: "¿Pueden dos caminar juntos a menos que estén de acuerdo?" (Amós 3: 3). Significa que no solo debemos desear que el Espíritu Santo sea nuestro amigo, sino también nuestro guía. A lo largo del séptimo capítulo del libro de Romanos, encontramos la descripción de la lucha interior entre la carne y el Espíritu; pero a lo largo del capítulo dieciocho, el apóstol Pablo nos da la revelación de lo que significa andar en el Espíritu.

Andar en el Espíritu es andar libre de culpa. Las Escrituras declaran: “Por tanto, ahora no hay condenación para los que están en Cristo Jesús, que no andan según la carne, sino según el Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte ”.

(Romanos 8: 1-2). Hay una gran diferencia entre convicción y condena. La convicción es una obra del Espíritu Santo que nos revela nuestro pecado, pero al mismo tiempo nos muestra que hay esperanza y una salida de nuestro pecado: “Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados. pecados y para limpiarnos de toda maldad ”(1 Juan 1: 9).

Por otro lado, la condenación es obra del enemigo, acusándonos de nuestros pecados y diciéndonos que no hay más esperanza ni una forma de salir de nuestro pecado. Esta es una de las principales armas del enemigo que usa para destruir la vocación y los sueños de muchos cristianos. Aporta un sentimiento de culpa, vergüenza y desesperanza en sus vidas, lo que lleva a muchos a la desesperación y a alejarse del Señor.

Para poder caminar en el Espíritu, necesitamos tener la seguridad de que una vez que confesamos nuestros pecados, el Señor no solo perdona nuestros pecados, ¡Él también olvida nuestros pecados! El Señor declara: “Porque perdonaré su iniquidad, y no me acordaré más de su pecado” (Jeremías 31:34). El Señor también promete: “Porque seré propicio a su injusticia, y no me acordaré más de sus pecados y de sus iniquidades” (Hebreos 8:12).

Andar en el Espíritu es también tener la seguridad de que Cristo ya derrotó al pecado en la cruz. Las Escrituras declaran: “Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. ”(Rom. 8: 3-4).

Andar en el Espíritu es poner nuestras mentes en las cosas del

Espíritu. Las Escrituras declaran: “Porque todos los que viven

según la carne, ponen su mente en las cosas de la carne, pero los que viven según el Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque tener una mente carnal es muerte, pero tener una mente espiritual es vida y paz ”(Rom. 8: 6-7). Debemos prestar atención constantemente a nuestros pensamientos, y si deseamos caminar en el Espíritu, debemos dar prioridad a meditar en las cosas de arriba: "Pon tu mente en las cosas de arriba, no en las cosas de la tierra" (Col. 3 : 2). Es posible controlar nuestros diálogos eligiendo lo que miramos y lo que escuchamos.

Andar en el Espíritu es crucificar los deseos de nuestra carne. Las Escrituras declaran: “Porque si vives conforme a la carne, morirás; pero si por el Espíritu matas las obras del cuerpo, vivirás ”(Rom. 8:13). Dios nos creó con libre albedrío, y debemos tomar decisiones diarias para negar los deseos de nuestra carne a fin de caminar continuamente en Su presencia. Jesús dijo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame” (Lucas 9:23). Cada día debemos elegir qué es más importante para nosotros, satisfacer los deseos de nuestra carne o caminar en Su presencia.

Caminar en el Espíritu es estar convencido de que nadie, o nadie, puede separarnos del amor de Dios. Las Escrituras declaran: “Porque estoy convencido de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada podrá separarnos del amor. de Dios que es en Cristo Jesús Señor nuestro ”(Rom. 8: 38-39). La revelación del amor eterno e incondicional de Dios por nosotros nos motiva a caminar con Él, y cuando cometemos errores, tenemos la seguridad de que Él siempre nos dará la bienvenida de regreso a casa (Lucas 11: 15-32).

## Continuamente limpios por la sangre de Jesús

Mientras caminamos en el Espíritu, debe haber un deseo constante en nuestros corazones de ser limpiados por la sangre de Jesús. Nuestro clamor debe ser siempre el mismo que el del rey David: “Examíname, oh Dios, y conoce mi oído” (Sal. 139: 23). Siempre debemos pedir al Espíritu Santo que escudriñe nuestras emociones, nuestros pensamientos, nuestras actitudes, nuestro pasado, nuestro presente, nuestras decisiones, las palabras que decimos, la música que escuchamos y las cosas que miramos, para ver si Hay algo que nos desagrada a Él. Debemos desear que el Espíritu Santo nos revele si nos hemos descarriado de alguna manera.

Mientras el Espíritu Santo escudriña nuestras almas, nos convence, mostrándonos la condición de nuestro corazón ante Dios. Es nuestra responsabilidad confesar nuestros pecados y tomar la decisión de apartarnos de ellos, para que la sangre de Jesús pueda limpiarnos de todos nuestros pecados e iniquidad (1 Juan 1: 7-9). Las Escrituras declaran: “Ahora que el Dios de paz mismo los santifique por completo; y que todo vuestro espíritu, alma y cuerpo se conserven sin mancha en la venida de nuestro Señor Jesucristo ”(1 Tli. 5:23). El Espíritu Santo sólo llenará las áreas de nuestra vida en las que nos sometemos completamente a Él a través del arrepentimiento.

El deseo del rey David era que el Señor le mostrara si alguna vez se extraviaba. Cuando cometió adulterio y asesinato (2 Samuel 11), el Señor envió a Natán, el profeta, para confrontarlo por su pecado.

El Espíritu Santo convenció a David y decidió arrepentirse; podemos ver el fondo de su arrepentimiento mientras oraba: "Ten piedad de mí, oh Dios, según tu misericordia; según la multitud de tus tiernas misericordias, borra mis transgresiones. Lávame con indignación de mi

maldad, y límpiame de mi pecado. Porque reconozco mis transgresiones, y mi pecado está siempre delante de mí. Contra ti, contra ti solo, he pecado, y he hecho lo malo ante tus ojos: para que seas hallado justo cuando hablas: He aquí, en maldad he nacido, y en pecado me concibió mi madre. He aquí, deseas la verdad en lo interno, y en lo oculto me harás conocer la sabiduría. Purifícame con hisopo y seré limpio; Lávame y seré más blanco que la nieve. Hazme oír gozo y alegría, para que se regocijen los huesos que has quebrantado. Esconde tu rostro de mis pecados y borra todas mis iniquidades. Crea en mí un corazón limpio, oh Dios, y renueva un espíritu firme dentro de mí. No me eches de tu presencia, ni me quites tu santo Espíritu. Devuélveme el gozo de tu salvación,

Jesús nos dio la ilustración perfecta de nuestra necesidad de santificación. En la fiesta de la Pascua, se había reunido con sus discípulos para compartir la celebración con ellos. Después de la cena, se levantó, se ciñó una toalla y, uno por uno, procedió a lavar los pies de sus discípulos. Cuando le tocó el turno a Simón Pedro, dijo Señor: "¡No me lavarás los pies jamás!" Jesús le respondió: "Si no te lavo, no tienes parte conmigo". Pedro le respondió: "Señor, no solo mis pies, sino también mis manos y mi cabeza". Jesús le dijo: “El que está bañado solo necesita lavarse los pies, pero está completamente limpio; y estás limpio ”(Juan 13: 8-10).

Jesús le dijo a Pedro que estaba limpio, pero también le dijo a Pedro que sus pies necesitaban ser lavados. ¿Por qué los pies? En esos días, la gente usaba sandalias y las calles estaban cubiertas de polvo, por lo que sus pies se ensuciaban constantemente durante su caminata diaria. La costumbre era que un anfitrión proporcionara agua a sus invitados, para que pudieran lavarse los pies cuando entraran a su casa. Él

podría proporcionar un sirviente para lavar los pies de los invitados, o incluso lavarse los pies él mismo.

A través de sus acciones, el Señor no solo nos estaba ejemplificando cómo debemos servir unos a otros con humildad, sino que también nos estaba dando una imagen de la obra santificadora del Espíritu Santo en nuestras vidas. Jesús le dio una respuesta firme a Pedro cuando no permitió que el Señor le lavara los pies. Jesús dijo que si Pedro no estaba dispuesto a ser limpiado por Él, no podía tener parte con Él. Ser limpiados continuamente por el Señor es un requisito si esperamos ser parte de Su misión en tierra.

Nuestros pies se ensucian en nuestro caminar espiritual diario. Fuimos completamente limpiados por la sangre de Jesús en el momento de nuestra salvación, pero las cosas de este mundo aún pueden contaminarnos durante nuestra vida diaria. Dondequiera que vayamos, estamos constantemente expuestos al mundo, por lo que necesitamos que nos laven constantemente. Si nuestro deseo es ser uno con el Señor y ser parte de lo que Él está haciendo en el mundo de hoy, es crucial que permitamos que el Espíritu Santo santifique nuestras vidas continuamente. Jesús nos enseñó a orar: “Danos este día nuestro pan de cada día. Y perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores ”(Mateo 6: 11-12). Así como necesitamos provisión diaria para nuestras necesidades físicas, también necesitamos una limpieza diaria de nuestros pecados.

El Espíritu Santo no es solo el que nos convence de pecado, nos guía por el camino de la justicia y nos da el poder para vencer los deseos de nuestra carne, también es el que transforma nuestros deseos. Él es capaz de cambiarlos hasta el punto en que despreciamos las cosas que solíamos disfrutar, y nos deleitamos en las cosas que Él ama. El Señor nos promete: “Pondré Mi Espíritu en ti y haré que andes en Mis estatutos, y guardarás Mis juicios y los cumplirás” (Ez.

36:27). Lo hace escribiendo Sus leyes en nuestro corazón: “Claramente, eres una epístola de Cristo, administrada por nosotros, escrita no con tinta, sino por el Espíritu del Dios viviente, no en tablas de piedra sino en tablas de carne, es decir. , de corazón ”(2 Corintios 3: 3).

## El fuego del espiritu santo

Las Escrituras relatan cómo los israelitas se alejaban constantemente del Señor para adorar a diferentes ídolos. El Señor haría maravillas asombrosas por ellos, pero aún así se apartaron de Él. El Señor, en Su abundante misericordia y amor, continuamente levantó profetas para atraerlos de regreso a Él. Durante la época del profeta Elí, el pueblo de Dios adoraba al Señor, pero también adoraba a Baal y Asera. Debido a su falta de idoneidad, hubo una sequía en la tierra durante varios años y medio. El Señor deseaba revelarse a Su pueblo una vez más, por lo que envió al profeta Elí) todo y le ordenó que reuniera a todo el pueblo de Israel en la cima del Monte Carmelo.

Elías primero enfrentó al pueblo de Israel con una decisión; Él les dijo: “¿Cuánto tiempo va a vacilar entre dos opiniones? Si el Señor es Dios, síguelo; pero si Baal, síguelo ”(1 Reyes 18:21). Antes de que el Señor derrame la Lluvia vivificante de Su Espíritu y Su fuego santificador sobre nuestras vidas, Él también nos confronta con una pregunta: ¿Cuánto tiempo vamos a fluctuar continuamente entre el mundo y el Señor? Si Jesús es nuestro Señor, debemos seguirlo solo a Él. Si deseamos que Su fuego santo consuma nuestros corazones, primero debemos entregar nuestras vidas por completo a Jesucristo.

Elías todos procedieron a desafiar a los profetas de Baal y

Asera. Cada lado preparó un sacrificio sin prender fuego. Luego invocaron a sus dioses y Elías invocó al Señor. El Dios que respondió con fuego sería el Dios verdadero. Los Profetas de Baal prepararon su sacrificio, invocaron el nombre de sus dioses, saltaron, gritaron, profetizaron y hasta se cortaron, pero nada sucedió. No hubo respuesta; no hubo fuego.

Cuando llegó el turno de Elías, primero reparó el altar del Señor, que estaba derribado (1 Reyes 18:30). Tomó las doce piedras, que representaban a las doce tribus de Israel, y las reunió. Para que caiga el fuego del Espíritu Santo debe haber unidad. Las Escrituras nos dicen que el día de Pentecostés, el fuego del Espíritu Santo cayó sobre los discípulos: “Estaban todos unánimes” (Hechos 2: 1). Si deseamos que el fuego del Espíritu Santo purifique nuestros corazones, debemos estar dispuestos a perdonar a los que odian. Jesús dijo: “Siempre que estés orando, si tienes algo contra alguien, perdónalo, para que tu Padre en el cielo también te perdone tus ofensas” (Marcos 11:25).

Entonces Elías cortó un toro en pedazos y lo preparó como una ofrenda por el pecado para él y para el pueblo (Éxodo 29:36). Hoy no necesitamos ofrecer animales como ofrendas por el pecado, porque Jesucristo se convirtió en nuestra ofrenda por el pecado cuando dio Su vida por nosotros en la cruz. El Señor nos pide: “Os ruego ahora, os ruego, por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios” (Romanos 12: 1). Las Escrituras incluso declaran: “Los sacrificios de Dios son al espíritu quebrantado, al corazón contrito y humillado; a éstos, oh Dios, no los despreciarás” (Sal. 51:17). Debemos estar dispuestos a ofrecer nuestro espíritu, alma y cuerpo como sacrificio vivo si deseamos que el Señor consuma nuestras vidas con Su fuego.

Antes de que Elías le pidiera a Dios el fuego, hizo algo extremadamente profundo. Ordenó al pueblo que vertiera cuatro cántaros de agua sobre el sacrificio. Les ordenó que lo hicieran una y otra vez. El agua de latas representa el arrepentimiento. Juan Bautista dijo: “Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento, pero el que viene en pos de mí es más poderoso que yo, cuyas sandalias no soy digno de llevar. Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego ”(Mat. 3:11).

El Señor no enviará su fuego sobre un sacrificio impío. Si queremos que Dios nos sumerja en el fuego de su Espíritu, primero debemos arrepentirnos de nuestros pecados. El arrepentimiento es una decisión que involucra nuestras emociones. Las Escrituras declaran: “Mi dolor está continuamente delante de mí, porque declararé mi iniquidad; Estaré angustiado por mi pecado ”(Salmo 38:18). El arrepentimiento no solo implica la confesión de nuestros pecados, sino también morir abandonando nuestros pecados. “El que encubre sus pecados no prosperará, pero el que los confiesa y los abandona, tendrá misericordia” (Prov. 28:13). El verdadero arrepentimiento conduce a un cambio en nuestras acciones. Juan el Bautista nos llamó no solo al arrepentimiento, sino también a "aprender los frutos del arrepentimiento" (Mateo 3: 8).

Elías todos esperaron el momento del sacrificio vespertino y oraron: “Señor Dios de Abraham, Isaac e Israel, que se sepa este día en que tú eres Dios en Israel y yo soy tu siervo, y yo he hecho todas estas cosas. en tu palabra. Escúchame, oh Señor, escúchame, si esta gente puede saber que eres el Señor Dios, y si has vuelto sus corazones hacia ti ''. Entonces cayó fuego del Señor y consumió el holocausto, la leña, las piedras y el polvo, y lamió el agua que había en la zanja. Cuando todo el pueblo lo vio, cayeron de bruces; y dijeron: '¡El Señor, él es Dios! ¡El Señor, Él es Dios! '”(1 Reyes 18: 36-39).

Cuando venimos a Dios a través de Jesucristo, arrepintiéndonos verdaderamente de nuestros pecados, el fuego de Su Espíritu vendrá sobre nuestras vidas. Su fuego santo nos purificará y transformará. Su Espíritu nos dará poder para vencer la tentación. Es el bautismo de fuego que el Señor desea enviar a nuestras vidas hoy. Jesús dijo: "Vine a enviar fuego a la tierra, ¡y cómo desearía que ya estuviera encendido!" (Lucas 12:49)

El fuego se define como un cambio químico rápido y persistente acompañado de una llama que libera calor y luz / 10 ) De manera similar, cuando el fuego del Espíritu Santo se derrama en nuestras vidas, arde rápida y persistentemente, consumiendo todas nuestras impurezas. Su llama también nos acompañará, para que brille la luz de Jesús en este mundo (Mateo 5:14).

Las Escrituras declaran: “Así que la Luz de Israel será por fuego, y Su Santo por llama; Arderá y devorará sus espinas y cardos en un día ”(Is. 10:17). Las espinas representan la maldición que viene sobre nuestras vidas debido a nuestro pecado. Cuando Adán y Eva pecaron, el Señor dijo que la maldición se manifestaría en la tierra como espinas y ataduras de latas (Génesis 3:18). A medida que el Señor derrama su fuego sagrado sobre nuestras vidas, también se eliminan los efectos de la maldición del pecado en nuestras vidas.

La palabra “fuego” no se usa solo como una metáfora para describir la obra del Espíritu Santo en nuestras vidas. Cuando Dios derrama Su fuego sobre nuestras almas, es una experiencia real que toca nuestras emociones e incluso nuestro cuerpo físico: “Porque nuestro Dios es fuego consumidor” (Hebreos 12:29).

Hay muchas manifestaciones diferentes del fuego consumidor de Dios. He visto a muchos caer al suelo, algunos sienten calor, otros tiemblan, algunos lloran y algunos incluso gritan cuando son tocados por el fuego sagrado de Dios. Pero el fuego de Dios es mucho más que

simplemente una respuesta emocional o física a la cercanía de Su presencia; también trae transformaciones eternas en nuestras vidas cuando el Espíritu Santo marca sus leyes en nuestro corazón y revela su ferviente amor por nosotros (2 Corintios 3: 3, Romanos 5: 5).

El fuego del Espíritu Santo también purifica e ilumina las cámaras ocultas de nuestra alma, generando una profunda vida interior con Dios. Esta experiencia con el fuego de Dios enciende una llama viva de pasión en nuestro corazón por Jesús y una profunda compasión por los perdidos. El fuego de su amor nos impulsa a caminar en santidad y a entregar nuestras vidas por la causa del evangelio.

Capitulo seis

El lenguaje del Espíritu Santo

# *Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y* profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones.

*Joel 2:28*

## Escuchar y conocer su voz

Desde que nací en Argentina, crecí hablando español. Cuando mi familia se mudó a los Estados Unidos, comencé a asistir a la escuela aunque no sabía ni una sola palabra de

Inglés. El primer día me sentí completamente perdido. Día tras día, me senté en un salón de clases, sin entender una palabra de lo que el maestro o cualquiera de los estudiantes estaban diciendo. Es difícil explicar cómo sucedió, pero con el tiempo comencé a entender inglés.

Nadie me enseñó el idioma; simplemente por estar en un lugar donde solo se hablaba inglés, lentamente comencé a entender las palabras que se decían en la clase. Todavía estoy aprendiendo inglés, pero a través de mi experiencia, me di cuenta de que la mejor manera de aprender un idioma es vivir entre personas que lo hablan.

Creo que se necesita un proceso similar para aprender el lenguaje del Espíritu Santo. No nos habla como nos hablaría una persona normal. Él nos habla en un "idioma" diferente, y mientras vivimos en el Espíritu y desarrollamos una relación cercana con Él, aprenderemos a discernir Su voz. El idioma más importante que cualquiera puede aprender en este mundo es el idioma del Espíritu Santo. Porque solo al escuchar Su voz podemos comprender el corazón de Dios, Su propósito para nuestras vidas y nuestra propia identidad. Su deseo es comunicarse con cada uno de nosotros. Él desea guiar a cada uno de Sus hijos. Jesús dijo que sus ovejas oyen y conocen su voz, y le siguen (Juan 10: 4, 27).

Puede que no me creas al principio, pero hay mil voces que intentan hablarte en este mismo momento, en el lugar donde estás ahora. Puede que no lo escuches, pero están ahí, para escucharlos, todo lo que necesita es el receptor correcto. Si obtiene una radio y la sincroniza con diferentes estaciones, comenzará a escuchar cientos de voces diferentes

. Debemos darnos cuenta de que para escuchar la voz del Espíritu Santo, el receptor correcto no son nuestros oídos físicos, sino nuestro espíritu cronometrador. Las Escrituras revelan: “El espíritu del hombre es la lámpara del Señor” (Proverbios 20:27).

El Espíritu Santo generalmente no nos habla con voz audible; Por lo general, le hablará a nuestro espíritu. Y si “sincronizamos” nuestro espíritu con el Espíritu de Dios, podremos escuchar Su voz (1 Reyes 19:12). Esta es también otra cualidad que hace que el Espíritu Santo sea una persona y no solo una energía o un poder; Puede hablar. Las Escrituras de Tiro declaran: “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias” (Apocalipsis 2: 7).

El Espíritu Santo nos hablará mientras leemos la Biblia. De repente, Él hará que una escritura cobre vida para nosotros. Las palabras parecen volverse de dimensiones extremas, y un texto que fue escrito hace cientos de años comienza a hablarnos hoy. La Palabra escrita se convierte en la Palabra hablada, trayendo dirección, corrección, consuelo y revelación a nuestras vidas.

El Espíritu de Dios también nos habla a través de la paz del tiempo. Cuando nos encontramos en determinadas situaciones o tenemos que tomar decisiones en nuestra vida, y deseamos ser guiados por el Espíritu Santo, debemos controlar nuestro espíritu para ver si sentimos paz. La Palabra de Dios declara: “Que la paz de Dios encuentre en vuestros corazones” (Colosenses 3:15). Permitimos que el Espíritu Santo gobierne nuestras vidas siguiendo Su paz.

El Espíritu Santo también hablará a nuestros espíritus con una voz suave y apacible (1 Reyes 19:12). Cuando el Señor me llamó al ministerio, lo primero que pensé era prepararme. Como estaba acostumbrado a estudiar en la universidad para prepararme para los exámenes, pensé que tenía que hacer lo mismo para prepararme para el ministerio.

Así que fui a una librería cristiana y comencé a elegir varios comentarios difíciles y libros de teología que creía que necesitaría leer para prepararme para el ministerio. Mientras sostenía los libros frente a mí, comenzaron a apilarse hasta el punto de morir.

donde apenas podía ver por encima de ellos, y apenas podía caminar porque pesaban mucho. Mientras me dirigía a la caja registradora, sentí que el Espíritu Santo sonreía y lo escuché decir: "Te pareces a David tratando de usar la armadura de Saúl". Rápidamente volví y volví a colocar todos los libros en los estantes. Pronto me di cuenta de que la cantidad de conocimiento que tenemos no es lo que mueve al Espíritu Santo a trabajar en nuestras vidas.

El Espíritu Santo no solo habla sobre los planes de Dios sobre los oídos, sino que también desea guiarnos en nuestra propia vida personal. Durante un tiempo en que estaba experimentando demandas y presiones abrumadoras en el ministerio, le dije a mi esposa que era imposible para mí hacer felices a todos. En ese momento, el Espíritu Santo me habló y me dijo: "La única persona a la que necesitas hacer feliz es tu esposa". Él me estaba guiando, para que yo supiera cuáles deberían ser mis prioridades en la vida.

El Espíritu Santo también puede hablarnos a través de una voz audible. Después de encontrarme con el Espíritu Santo en Argentina, estaba en un servicio juvenil y subí al frente cuando se hizo el llamado al altar. Mientras estaba parado allí con mis ojos cerrados, escuché una voz audible en mi oído derecho que decía: "Lleva el fuego del Espíritu Santo a tu tierra de origen". Abrí rápidamente los ojos para ver quién me hablaba, pero nadie más. El Espíritu Santo estaba confirmando su llamado sobre mi vida.

Varios años después, volvió a hablarme con voz audible. Tenía algo de tiempo antes de ir a ministrar en un evento, así que decidí acostarme un rato para descansar. Sin darme cuenta, pronto me quedé profundamente dormido. Escuché la voz más amable y cariñosa que me decía: "Andrés, levántate". Pensé que mi esposa me estaba hablando, pero cuando miré a mi lado, no había nadie. Cuando miré un reloj y vi la hora, era la hora exacta en la que tenía que irme a la reunión.

El Espíritu Santo también puede usar a otra persona para hablarnos a través de una palabra profética. “Pero el que profetiza habla edificación, exhortación y consuelo a los hombres” (1 Corintios 14: 3). Este es un don sobrenatural del Espíritu, donde Él usa la voz de otra persona para hablarnos.

Durante un servicio religioso al que asistía, el ministro le pidió a la congregación que orara unos por otros. En ese momento, estaba pasando por un momento difícil porque estaba luchando por cumplir el llamado de Dios en mi vida. Cuando la persona que estaba a mi lado comenzó a orar por mí, el Espíritu Santo me habló a través de ella y me dijo: “No eres solo mi hijo; también eres mi guerrero. No eres solo mi voz; tú también eres mi corazón ".

El Espíritu Santo también nos habla a través de sueños y visiones: “Porque Dios puede hablar de una manera o de otra, pero el hombre no lo percibe. en un sueño, en una visión de la noche, cuando el sueño profundo cae sobre los hombres, mientras duermen en sus camas, entonces Él abre los oídos de los hombres y sella su instrucción ”(Job 33: 14-16). Habló a través de sueños y visiones a Sus siervos en las Escrituras, y todavía desea hablar con Sus hijos a través de sueños y visiones.

Pasamos diez días filmando varios episodios de televisión por toda la tierra de Israel; tuvimos que trabajar sin parar desde el amanecer hasta el atardecer, teniendo que enfrentarnos a todo tipo de desafíos. Para la última toma, estaba compartiendo un mensaje en el monte Sion, y detrás de mí había un bloque de cemento cuadrado. Cuando completamos la toma, estaba totalmente exhausto, así que decidí recostarme en la parte superior del bloque. En ese momento, el Señor me dio una visión, en la que me vi acostado sobre un altar, y oí al Espíritu Santo decir: Tu sacrificio ha sido santo y aceptable para mí ”.

Es un privilegio poder presenciar cómo el Señor derrama Su Espíritu sobre miles de vidas en todo el mundo; pero ningún mosaico se compara con ver al Espíritu Santo visitar a nuestros propios hijos. La Promesa del Espíritu Santo incluye a nuestros hijos: “Porque para vosotros es la promesa y para vuestros hijos ...” (Hechos 2:39). Cuando regresé a casa de mi viaje a Israel, oré por mi hijo de seis años mientras estaba acostado en la cama, antes de irse a dormir. Puse mi mano en su frente y oré para que el Señor bendijera su vida. Cuando terminé de orar, me dijo que había tenido una visión.

Me contó cómo el Espíritu Santo lo llevó al tiempo y lugar cuando el profeta Samuel ungió al rey David. Me dijo que no solo lo vio suceder; en realidad, estaba parado allí mientras ocurría el evento. Incluso vestía la misma ropa que usaba la gente en ese momento. Me describió las sandalias que llevaba y las sandalias que usaban todos los demás. Dijo que David estaba arrodillado, Samuel estaba de pie frente a él y todos los hermanos de David estaban parados alrededor de ellos. David era un hombre joven, sus cascos estaban gastados y tenía una cuerda atada alrededor de su cabeza. Cuando Samuel tomó el cuerno y ungió a David con aceite, declaró una bendición sobre su vida. Cuando sus hermanos lo vieron, se sintieron visiblemente molestos, y uno de ellos incluso se dio la vuelta y se alejó.

Cuando terminé de orar, quité la mano de la frente de mi hijo. Y él me dijo que quité mi mano en el momento exacto en que, en su visión, el profeta Samuel había inclinado el cuerno hacia atrás y había dejado de verter aceite sobre la cabeza de David. Creo que esa noche, el Señor ungió a mi hijo como lo hizo con el rey David. El Señor prometió: “Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros jóvenes verán visiones ... ”(Hechos 2:17). I

Estaré eternamente agradecido al Espíritu Santo por visitar a mi hijo a una edad tan joven y de una manera tan especial.

También hay muchas otras formas en que el Espíritu Santo desea comunicarse con nosotros. Él puede hablarnos a través de la predicación de la Palabra de Dios. Al escuchar un sermón, cuántas veces hemos sentido: "¡Eso es solo para mí, el predicador debe saber lo que está pasando en mi vida!" Ese sentimiento es en realidad el Espíritu Santo hablándonos. Cuando llegamos a conocer a Jesús, tal vez escuchamos un mensaje, o leímos un libro, o tal vez alguien compartió el evangelio con nosotros personalmente, pero fue el Espíritu Santo quien pronunció ese mensaje, convenciéndonos y revelando a Jesús a nuestros corazones. La carne y la sangre no pueden revelarnos el hecho de que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Solo nuestro Padre que está en los cielos puede darnos a conocer la verdad por Su Espíritu (Mateo 16:17).

Cuanto más nos acercamos al Espíritu Santo y aprendemos a sincronizar nuestro espíritu con Su voz, más nos damos cuenta de que Él tiene un gran deseo de hablarnos. Puede que nos hable de la naturaleza, una circunstancia, un signo, una canción o incluso un extraño. Una vez, ¡incluso habló a través de un burro! (Núm. 22:28) Solo tenemos que tener oído para escuchar lo que el Espíritu nos está diciendo (Apocalipsis 2:29). A medida que comenzamos a vivir en el Espíritu ya caminar en el Espíritu, de una manera inexplicable comenzamos a discernir Su voz y a familiarizarnos con Su lenguaje.

Es extremadamente importante saber que el Espíritu Santo nunca hablará para condenar o acusar. Él habla para corregir, convencer, instruir, guiar, animar, consolar y edificar (2 Corintios 14: 3, Juan 16: 8, 13). Quiere revelarnos quiénes somos en Cristo y cuánto nos ama el Señor. Siempre hablará la verdad con amor. Su voz trae esperanza y abre un camino donde parece imposible.

Una de las razones más importantes para que conozcamos el lenguaje del Espíritu Santo es que solo Él puede revelar la visión y el sueño de Dios para nuestras vidas. Las Escrituras nos dicen que Él nos hablará acerca de nuestro futuro: “Pero cuando venga el Espíritu de verdad, Él os guiará a toda la verdad, porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oiga; y os anunciará las cosas por venir ”(Juan 16:13).

Hay una declaración muy conocida que dice: "Dios te ama y tiene un plan maravilloso para tu vida". Esto es cierto, pero la pregunta es, ¿cómo llego a conocer este plan? En todo el mundo, la gente se pregunta: “¿Por qué fui creado? ¿Por qué estoy aquí? Cual es mi vocación? ¿Cuál es mi propósito? " Las Escrituras declaran: “Cosas que ojo no vio, ni el oído oyó, ni han entrado en el corazón del hombre son las cosas que Dios ha preparado para los que le aman'. Pero Dios nos las ha revelado a través de Su Espíritu. Porque el Espíritu escudriña todas las cosas, aun lo profundo de Dios ”(1 Cor. 2: 9-10). Dios tiene un propósito para quienes lo aman, un propósito que nadie ha visto ni oído jamás. Dios ya lo ha preparado para nosotros, pero solo si somos capaces de discernir la voz del Espíritu Santo, llegaremos a conocerlo.

Cuando Dios derrama Su Espíritu, promete hablarnos a través de profecías, sueños y visiones (Joel 2:28). Ésta es una de las manifestaciones que más me gustan del derramamiento del Espíritu de Dios. Durante un derramamiento del Espíritu Santo, muchos son llamados al ministerio y el Señor les da instrucciones específicas sobre su futuro. Cuando derrama Su Espíritu, no solo se transforman y sanan vidas, sino que Dios también habla a Sus hijos.

Todo lo que estoy haciendo hoy es por lo que el Espíritu Santo me habló mientras estaba en el avivamiento en Argentina.

Cuando nos habla, sabemos sin lugar a dudas nuestro propósito en la vida y la misión que Dios tiene para nosotros. Ya no somos como un barco en medio de una tormenta, arrojado en cualquier dirección en la que sople el viento. Sabemos no solo lo que Dios siente por nosotros, sino también Su sueño o visión específicos para nuestras vidas.

## Soñando con dios

Para que el sueño de Dios se haga realidad en nuestras vidas, hay un proceso por el que debemos pasar. Josué se encontró con el Espíritu Santo cuando Moisés le impuso las manos de Iris: “Josué, hijo de Nun, estaba lleno del espíritu de sabiduría, porque Moisés le había impuesto las manos” (Deut. 34: 9). A Josué le encantaba permanecer en la presencia del Señor. Le encantaba quedarse con el Señor y escuchar Su voz: “Entonces el Señor le habló a Moisés cara a cara, como un hombre habla con su amigo. Y volvería al campamento, pero su criado Josué, hijo de Nun, un joven, no se apartó del tabernáculo ”(Éxodo 33:11).

Pero cuando Moisés falleció, Josué se encontró de luto por la muerte de Moisés y no estaba seguro de su propio futuro. Pero Josué tenía un mosaico a su favor. Había aprendido el lenguaje del Espíritu, y en medio de su confusión y dolor, escuchó al Señor hablarle: “Moisés, mi siervo ha muerto” (Josué 1: 2). Le estaba diciendo a Josué que dejara de mirar atrás y que era hora de empezar a mirar hacia adelante.

Mucha gente piensa constantemente en las tragedias que han tenido lugar hace muchos años en sus vidas. Si queremos que se cumpla la visión de Dios para nuestra vida, debemos dejar atrás el pasado y poner los ojos de nuestro espíritu en las promesas y los sueños de Dios para nuestras vidas. El apóstol Pablo escribió: “hermanos, no me considero que lo haya alcanzado; pero una cosa que hago, olvidando

ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús ”(Fil. 3:13,14).

El Señor le dio a Josué la visión de su vida. Él dijo: “Ahora pues, levántate, pasa por el Jordán, tú y todo su pueblo, a la tierra que yo les doy, hijos de Israel. Todo lugar que pisará la planta de tu pie te lo he dado, como le dije a Moisés. Desde el desierto y el Líbano hasta el gran río, el río Éufrates, todas las tierras de los hititas, y el gran mar hacia la puesta del sol será vuestro territorio ”(Jos. 1: 2-4 ).

El Señor no le dio a Josué y al pueblo de Israel la estrategia de inmediato. Aún no se les había revelado que, para conquistar Jericó, tendrían que caminar por la ciudad antes de que los muros cayeran. El Señor solo le había dado el primer paso - cruzar el Jordán - y después de eso Él dirigiría sus pasos. Las Escrituras dicen: “Los pasos del hombre bueno los ordenó el Señor, Y él se deleita en su camino” (Salmo 27:33).

Antes de poner en práctica la estrategia, debemos aferrarnos a la visión espiritual. Las estrategias no funcionarán si no tenemos un sueño espiritual. Mucha gente busca estrategias porque ven que funcionan para otra persona, pero ellos mismos nunca han recibido el sueño del Señor. Por lo tanto, no ven los mismos resultados en sus propias vidas. Dios da los sueños, y mientras avanzamos con fe hacia nuestros sueños, Él revela la estrategia y ordena nuestros pasos.

El Señor le da a Josué las claves para que su sueño y visión se cumplan. Una cosa es recibir la visión y otra es verla suceder. Primero, anima a Josué

y le da una gran promesa: “No te dejaré ni te desampararé. Esfuérzate y sé valiente, porque a este pueblo le darás por heredad la tierra que juré a sus padres que les daría. ¿No te lo he mandado yo? Sé fuerte y valiente; no temas ni desmayes, porque el SEÑOR tu Dios estará contigo dondequiera que vayas ”(Jos. 1: 5-6,9).

El miedo es el primer enemigo que viene contra nosotros cuando decidimos obedecer el plan de Dios para nuestras vidas. Es por eso que tantas veces a través de las Escrituras, el Señor nos dice que no tengamos miedo. La seguridad de que el Señor está con nosotros es crucial para superar el miedo y cumplir Su misión para nuestras vidas. Jesús nos prometió: “Yo estaré con ustedes siempre, incluso hasta el final de la era” (Mateo 28:20). Hebreos 13: 5-

6 nos tranquiliza: "Porque Él mismo ha dicho:" Nunca te dejaré ni te desampararé ". “Así que podemos decir confiadamente:“ 'El SEÑOR es mi ayudador; No temeré. ¿Qué puede hacerme el hombre?"'

Entonces el Señor le dijo a Josué: “Sólo esfuérzate y sé muy valiente, para que guardes de hacer conforme a toda la ley que mi siervo Moisés te mandó; no te apartes de ella ni a la derecha ni a la izquierda, para que puedas prosperar dondequiera que vayas ”(Jos. 1: 7). Una vez que el Señor nos hable, no debemos apartarnos de la misión que nos ha encomendado. Jesús dijo: “Ninguno que poniendo su mano para arado y mirando atrás es apto para el reino de Dios” (Lucas 9:62). No se nos permite mirar a la izquierda o derecha. Debemos tener nuestros ojos puestos en la meta para el premio del supremo llamado de Dios en Cristo Jesús.

Jesús envió a setenta de sus discípulos a predicar, sanar y liberar, y les dijo algo que al principio parece muy extraño: “No saludes a nadie por el camino” (Lucas 10: 4). El Señor sabía que iban a ser muchas distracciones en el camino hacia el cumplimiento de Su llamado sobre nuestras vidas. Jesús nos estaba diciendo

para no dejarse desviar por la gente a lo largo del camino. Si el Señor nos llama a una misión, no podemos apartarnos de Su llamado.

## -Confesar

El Señor procedió a decirle a Josué: “Este libro de la ley no se apartará de tu boca” (Jos. 1: 8). El Señor le está revelando a Josué el poder de nuestra confesión. Las Escrituras declaran: "La muerte y la vida están en el poder de la lengua" (Proverbios 18:21). Tenemos el poder de bendecir o maldecir con nuestras palabras. Dios nos da la visión espiritual, pero si tenemos que declararla con nuestras bocas.

Somos los profetas de nuestra propia vida. Las palabras que decimos tienen el poder de crear resultados negativos o positivos. “Así dice el Señor, el Santo de Israel, c Pregúntame acerca de las cosas por venir acerca de Mis hijos; y en cuanto a la obra de mis manos, tú me mandas ”(Is. 45:11). El Señor nos anima a preguntarle sobre las cosas que están por venir. Cuando Él nos los revele, debemos declararlos por fe, y Él los hará realidad.

El mismo principio estaba en funcionamiento cuando se creó el mundo. La Biblia dice que Dios nos predestinó; Él nos eligió antes de la fundación del mundo (Efesios 1: 4). Somos el sueño de Dios. Pero cuando Dios miró al oído, vio que estaba sin forma, vacío y cubierto de tinieblas (Génesis 1: 2). Esto es similar a la forma en que la vida de muchas personas es hoy: sin forma, vacía y cubierta por la oscuridad. Así como el Señor tenía un plan maravilloso para el mundo, también tiene un sueño maravilloso para todos los que lo aman.

El Espíritu del Señor se movía sobre la faz de la tierra. El Espíritu Santo se movía sobre ese vacío, sobre esa oscuridad y falta de forma, pero no sucedía nada. Mientras el Espíritu del Señor se cernía sobre la faz de las aguas, Dios dijo: “Sea la luz” (Génesis 1: 3). De repente hubo luz y Dios vio que era buena (Gn. 1: 4). De la oscuridad surgió algo bueno, Dios creó la luz.

Mientras la tierra estaba sumido en el caos, Dios soñó con nosotros, mientras el Espíritu se movía, Dios habló y vio. De la misma manera, Dios también obra en nuestras vidas a través del Espíritu Santo, en medio de nuestro vacío y confusión, el Espíritu Santo se mueve sobre nuestras vidas, revelando los sueños y promesas de Dios, pero si debemos hablar o declararlos.

Jesús dijo: “Porque de cierto os digo que cualquiera que diga a su montaña:“ Retírate y échate en el mar ”, y no duda en su corazón, pero cree que las cosas que él dice que se harán, lo hará. tenga todo lo que él diga '”(Marcos 11:23). Cuando comencemos a declarar lo que vemos con los ojos de nuestro espíritu en lugar de confesar la realidad que vemos con nuestros ojos físicos, el sueño de Dios comenzará a hacerse realidad en nuestras vidas. También veremos que Sus planes y deseos para nosotros son buenos (Jeremías 29:11).

Independientemente de dónde estemos en nuestras vidas en el momento dado, tenemos que confesar las promesas de Dios para nuestras vidas. Nuestras palabras estarán de acuerdo con Sus palabras y serán empoderadas por el Espíritu Santo, y Él las hará realidad.

Si su familia no está sirviendo al Señor, en lugar de hablar negativamente sobre ellos, comience a verlos con los ojos de la fe y declare: "¡Toda mi casa será salva!" (Hechos 16:31) Debemos ver y declarar el sueño de Dios: “En cuanto a mí

y mi casa, serviremos al Señor ”(Jos. 24:15). Si estás teniendo dificultades económicas, mientras meditas en la Palabra de Dios, mira y confiesa Su promesa: “Mi Dios suplirá todas mis necesidades conforme a Sus riquezas en gloria en Cristo Jesús” (PM 4:19).

Si estamos luchando con enfermedades y dolencias, el Señor quiere que nos veamos en salud, y desea que Su Palabra no se aparte de nuestra boca: “Por sus llagas he sido sanado” (Is. 53: 5). Puede que nos sintamos física o emocionalmente débiles, pero el Señor nos dice: “Diga el débil que soy fuerte” (Joel 3:10). Eso es ver en el Espíritu. Ese es el lenguaje del Espíritu Santo, un lenguaje de promesas, sueños y visiones.

## -Meditar

El Señor no solo le dijo a Josué que dijera lo que estaba escrito en el Libro de la Ley, sino que también le dijo que meditara en ello. “Este Libro de la Ley no se apartará de tu boca, sino que meditarás en él día y noche” (Jos. 1: 8). El Señor le estaba dando a Josué un secreto espiritual más poderoso.

Si queremos ser prósperos en todos nuestros caminos y tener éxito, debemos meditar en la Palabra de Dios y en Sus promesas. El rey David escribió: "Meditaré en tus preceptos y contemplaré tus caminos" (Sal. 119: 15). Las palabras de Dios para nosotros son semillas. “La semilla es la palabra de Dios” (Lucas 8:11). Para que esa semilla, promesa o sueño germine y produzca fruto, no solo debemos escuchar la Palabra, sino también meditar en ella día y noche.

El Señor tenía una promesa especial para Abram: “La palabra del Señor vino a Abram en una visión, diciendo: No temas, Abram. Yo soy tu escudo, tu recompensa sumamente grande.

Luego lo sacó afuera y le dijo: Ve ahora al cielo, y cuenta las estrellas si puedes contarlas. Y le dijo: Así será tu descendencia ”(Génesis 15: 1,5). Dios le habló un sueño asombroso al corazón de Abraham, pero había un problema: Abraham no tenía un hijo y su esposa ya tenía una edad avanzada.

Abraham eligió creer en Dios a pesar de sus circunstancias. Cada vez que salía a la calle por la noche y miraba las estrellas, meditaba en las palabras que el Señor había dicho. Cada vez que caminaba por caminos polvorientos durante el día, meditaba en la promesa de Dios. Lo meditó día y noche. Las Escrituras declaran: “Creyó a Jehová, y le fue contado por justicia” (Génesis 15: 6). Abraham escuchó al Señor, meditó en Su promesa y la confesó, y Dios hizo realidad el sueño y le dio un hijo a Abraham. Hoy los descendientes de Abraham son como las estrellas en el cielo y la arena en la orilla del mar en número. Incluso los cristianos son considerados descendientes de Abraham y herederos de la promesa (Gálatas 3: 6-9).

## -Actuar

El Señor pasó a decirle a Josué que no solo meditara en el Libro de la Ley, sino que también “hiciera conforme a todo lo que está escrito en si” (Jos. 1: 8). Debemos obedecer y hacer lo que el Señor nos ordenó. Josué no se quedó quieto después de recibir la visión, simplemente meditó en ella; se levantó y cruzó el río Jordán. Tuvo que ir a la batalla para que la visión se cumpliera; sólo los israelitas pudieron apoderarse de la Tierra Prometida y ver el cumplimiento de la palabra profética de Dios.

No es suficiente escuchar, hablar y meditar en la palabra de Dios. También debemos ser hacedores de la palabra. “Pero sed hacedores de la palabra, y no solamente oidores” (Santiago 1:22). Antes de que Jesús dejara esta tierra, se reunió con los discípulos y les dijo: “Recibiréis poder cuando el Espíritu Santo venga sobre vosotros” (Hechos 1: 8). Después de que Jesús compartió con ellos acerca de su poder, les dio a los discípulos una visión. Les dijo: “Me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta el fin de los tiempos” (Hechos 1: 8).

Solo había 120 personas esperando en el aposento alto el día de Pentecostés, pero dijo que pocos serían sus testigos en los extremos de los oídos. Incluso sin la capacidad de viajar en automóviles y aviones, y sin televisión o Internet, ¡iban a compartir el evangelio por todo el mundo! Cuando el Señor da una visión, por lo general es tan grande que es humanamente imposible de lograr. Los discípulos no solo recibieron la visión del Señor, sino que también actuaron de acuerdo con esa visión. No se quedaron en el aposento alto: “Salieron y predicaron en todas partes, el Señor obrando con ellos y confirmando la palabra a través de las señales que la acompañan” (Marcos 16:20).

Debido a que los discípulos recibieron el sueño de Dios para sus vidas y dieron un paso adelante en obediencia, hoy tenemos el privilegio de llamarnos cristianos. Hoy, aunque estemos a varios kilómetros de Jerusalén, hemos recibido el evangelio y tenemos el don de la vida eterna a través de la fe en Jesucristo. Nuestros pecados han sido perdonados y tenemos acceso directo a Dios. Podemos tener comunión con nuestro Creador porque esos pocos discípulos no solo recibieron el poder del Espíritu Santo, sino que también dedicaron el resto de sus vidas a ver cómo se cumplía la visión.

## El Espíritu Santo ilumina nuestros ojos

Jesús enseñó estos principios a sus discípulos. Mirando un campo que, en lo natural, no estaba listo para la cosecha, dijo: “¿No dices, todavía quedan cuatro meses y luego viene la cosecha 5 ? ¡He aquí, te digo, alza tus ojos y mira los campos, porque ya están blancos para la cosecha! ” (Juan 4:35) Jesús nos estaba enseñando cómo ver y qué decir. Jesús nos estaba mostrando la diferencia entre ver y confesar algo natural, y ver y confesar algo sobrenatural. Nos estaba mostrando lo que *solemos* confesar cuando miramos el campo: "Todavía tenemos que esperar cuatro meses para la cosecha". Nos estaba enseñando lo que deberíamos ver y lo que *deberíamos* confesar cuando miramos el campo: "¡Ya están blancos para la cosecha!"

Jesús estaba entrenando a sus discípulos para que vieran con los ojos de su espíritu y no con sus ojos naturales. Estaba enseñando diem a creer por lo que 5 s disponibles en el Espíritu dado, más bien por lo que está disponible en la matriz natural. Les estaba enseñando, como quiere enseñarnos hoy, no a confesar las circunstancias que nos rodean, sino a confesar lo que vemos en el Espíritu. Él quiere que no veamos nuestras ciudades desesperadas, sino que veamos que están listas para la cosecha: “He aquí, ahora es el tiempo aceptado;

he aquí ahora el día de salvación ”(2 Corintios 6: 2).

El Señor no solo desea que veamos la cosecha, también desea que veamos los buenos planes y sueños que tiene para nuestra vida y nuestra familia. “Porque sé lo que pienso en ti, dice el Señor, lo que es de paz y no de mal, para darte un futuro y una esperanza” (Jer. 29:11). Dios quiere que pensemos en lo bueno y no en lo malo. Él desea que nos veamos viviendo vidas saludables y exitosas: “Amado, deseo sobre todo que puedas prosperar y estar en paz, así como

tu alma prospera ”(3 Juan 1: 2). Él desea que seamos victoriosos y prósperos en

todo lo que hacemos (Jos. 1: 8).

Abramos los ojos y veamos lo que ve el Espíritu. Abramos los ojos y miremos en el Espíritu y veamos a nuestras familias salvas. Veamos a nuestros hijos sirviendo al Señor. Veámonos viviendo en salud y la abundante provisión de Dios en nuestras vidas. Vemos nuestras vidas adormecidas de Su gozo y paz. Veamos nuestras naciones transformadas por el evangelio. Vamos a ver avivamiento en cada ciudad y los jóvenes adorando al Señor. Si veremos con los ojos de nuestro corazón derramando el Espíritu de Dios sobre todos, y pronto veremos cumplirse Su promesa: “Porque la tierra será llena del conocimiento de la gloria del Señor, como las aguas cubren el mar. ”(Habacuc 2:14).

Pablo oró por la iglesia en Éfeso: “Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él, los ojos de tu entendimiento sean iluminados; para que sepas cuál es la esperanza de su llamamiento, cuáles son las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál es la inmensa grandeza de su poder para con nosotros los que creemos ”(Efesios 1: 17-19). Esta oración es para que el Señor nos dé el Espíritu Santo, el espíritu de sabiduría y entendimiento, para que nuestros ojos espirituales se abran.

Cuando los ojos de nuestro entendimiento se iluminan, no solo podemos conocerlo, sino que también podemos ver su llamado en nuestras vidas. Él desea que se abran los ojos de nuestro entendimiento, no solo para que podamos conocer Su propósito para nuestras vidas, sino también para que podamos ver cuál es nuestra herencia en Cristo. Nuestra herencia como hijos e hijas de Dios es la vida eterna, el perdón de pecados, la curación de nuestro cuerpo y la provisión para todas nuestras necesidades.

A medida que caminamos y nos comunicamos con el Espíritu Santo, nuestro espíritu comenzará a aprender Su idioma. Él nos guiará en Sus caminos, nos consolará en tiempos de necesidad, nos guiará a la verdad y nos revelará Su naturaleza y nuestra identidad. Él también nos permitirá ver Su visión para nuestras vidas, y mientras meditamos en Su sueño, confesamos su realidad y actuamos en obediencia a Sus instrucciones, lo veremos suceder.

Capitulo siete

Investidos del Poder del Espíritu Santo

# *Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros* el Espíritu Santo

*Hechos 1:8*

## No hay mayor poder

Cuando me invitaron a ministrar en Pakistán, realmente no sabía qué esperar. Iba a compartir el evangelio en un país que era musulmán en un noventa y ocho por ciento, y viajaba solo. Cuando llegué, un hombre con una escopeta de dos cañones me escoltaba a todas partes. Llegué durante el Ramadán, e incluso podía escuchar por un altavoz los llamados musulmanes a la oración desde la habitación del hotel. Como no estaba familiarizado con la cultura o el idioma, me sentí como en un mundo completamente diferente.

Al día siguiente, cuando llegamos al lugar donde se estaban llevando a cabo los servicios, miles de personas ya estaban esperando escuchar el evangelio. Antes de subir a ministrar, el pastor me dijo que había seguridad armada en todo el campo. Nunca antes había predicado en un lugar como este; sin embargo, mi corazón estaba lleno de confianza porque sabía que el Espíritu Santo estaba de mi lado.

Cuando comencé a compartir sobre el significado del sacrificio de Jesús en la cruz, pude sentir que el Espíritu Santo venía no solo sobre mí, sino también sobre toda la multitud. Aunque había viajado solo, no estaba solo, porque el Espíritu Santo estaba conmigo. Mientras convencía a la gente de pecado y les revelaba a Jesús, los hombres respondieron y recibieron a Jesús en sus corazones.

Cuando comenzamos a adorar a Jesús, toda la atmósfera se cargó con Su poder, y los milagros comenzaron a ocurrir por todo el campo abierto. El Espíritu Santo comenzó a descender con poder sobre quienes necesitaban ser sanados, y cientos vinieron a testificar de todo tipo de milagros diferentes que habían tenido lugar en sus vidas. Vimos al Señor abrir los ojos de los ciegos, abrir oídos sordos, sanar a los paralizados, eliminar tumores, restaurar la vista, eliminar el dolor, librarnos de la opresión demoníaca y mucho más. Había filas de personas esperando para testificar sobre lo que el Señor había hecho en sus vidas.

Cuando hice un llamado al altar para los jóvenes que querían el poder del Espíritu Santo y querían ser testigos de Cristo, cientos corrieron al frente. El poder del Espíritu Santo se intensificó aún más. Mientras oraba para que cayera el fuego del Espíritu Santo, sentí como si olas de Su gloria barrieran el altar, causando que cientos de jóvenes cayeran, vencidos por el Espíritu Santo.

Me quedé muy sorprendido al ver al Espíritu Santo revelar a Jesús, sanar y transformar tantas vidas. Invitamos a todos los que quisieran bautizarse en agua a venir a la mañana siguiente. Ese día, pasamos horas bautizando cientos de vidas. Las personas incluso continuaron siendo sanadas, liberadas y llenas del Espíritu Santo al ser bautizadas en agua.

No hay mayor poder en el mundo que el poder del Espíritu Santo. Su poder es sobrenatural, creativo y vivificante. Cuando el Espíritu de Dios manifiesta Su poder, la realidad del reino de Dios se revela en la tierra como en el cielo. La santidad de Dios invade la atmósfera y su bondad se revela. Su poder nos convence de pecado y revela a Jesús a nuestro corazón.

Cuando Su poder está presente, los oprimidos son liberados, los enfermos son sanados y comienzan a producirse milagros creativos. El suyo es el único poder que puede destruir el cáncer, curar el SIDA, dar vista a los ciegos e incluso dar vida a los muertos. Su poder también trae curación emocional, así como liberación de adicciones. Cuando Su poder está presente en su plenitud, todas las cosas son posibles. Las Escrituras declaran: “Porque el reino de Dios no es en palabras, sino en poder” (1 Corintios 4:20).

## Poder en la vida de Jesús

El poder del Espíritu Santo fue el poder que obró sobrenaturalmente a través de la vida de Jesucristo. Jesús vivió su vida en los oídos como un hombre, aunque era un Dios con volantes (Filipenses 2: 5-8). Todos los milagros que realizó durante Su temprano ministerio fueron hechos por el poder del Espíritu. Las Escrituras revelan: “Dios ungió a Jesús de Nazaret con el Espíritu Santo y con poder, quien anduvo haciendo el bien y

sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él ”(Hechos

10:38).

La virtud sanadora del Espíritu Santo fluyó de su cuerpo, tocando a todos los que estaban enfermos y oprimidos: “Toda la multitud procuraba tocarlo, porque de él salía poder y los sanaba a todos” (Lucas 6:19). Simplemente caminaba por la calle, y cuando la gente lo tocaba con fe, el poder fluía de su cuerpo, trayendo la curación completa a los enfermos.

Cuando una mujer que había estado enferma durante doce años tocó el borde de su manto y fue sanada de inmediato, Jesús dijo: “Alguien me tocó, porque percibí poder que salía de mí” (Lucas 8:46). Ese poder era más que energía, porque tenía conocimiento de las necesidades de cada persona que tocaba a Jesús. Ese poder es la manifestación de la persona del Espíritu Santo.

Antes de que Jesús fuera llevado al cielo, dio instrucciones a sus discípulos, diciéndoles: "He aquí, yo envío la promesa de mi Padre sobre ustedes; pero permanezcan en la ciudad de Jerusalén hasta que sean investidos con el poder de lo alto" (Lucas 24:49). ¡Les estaba asegurando a sus discípulos que el mismo poder que obró a través de su vida iba a moverse a través de ellos también! Él les estaba diciendo que cuando se fuera, dejaría el poder del Espíritu Santo a cada uno de ellos. diem.

## Poder en la vida de Pedro

Ese mismo poder comenzó a obrar en sus discípulos cuando se cumplió la promesa que les había hecho. Los discípulos esperaron en Jerusalén, y el día de Pentecostés, el Espíritu Santo.

llegó a sus vidas. Comenzaron a hablar en otras lenguas y parecían estar borrachos.

Pedro comenzó a predicar y miles se convirtieron en un día. La gente alineaba a los enfermos al costado de las calles de Jerusalén, y Pedro ni siquiera tenía que tocarlos, simplemente pasaba y todos estaban sanos: “Sacaron a los enfermos a las calles de los neumáticos y los acostaron en camas. y sofás, para que al menos la sombra de Pedro que pasaba cayera sobre algunos de ellos. También se reunió una multitud de las ciudades vecinas a Jerusalén, trayendo enfermos y atormentados por espíritus inmundos, y todos fueron sanados ”(Hechos 5: 15-16).

No era Pedro curando a los enfermos, ni su sombra curando a los enfermos. Fue el poder del Espíritu Santo sobre Pedro lo que trajo sanidad a las multitudes. El mismo poder que estaba sobre Jesús ahora se estaba manifestando a través de la vida de Pedro.

## Poder en la vida de Pablo

El apóstol Pablo no estuvo presente el día de Pentecostés, sin embargo, incluso ministró en el poder del Espíritu Santo. Escribió a la iglesia en Corinto: “Y yo, hermanos, cuando vine a ustedes, no vine con excelencia de habla ni de sabiduría para declararles el testimonio de Dios. Porque decidí no conocer a nadie entre ustedes, excepto a Jesucristo y al crucificado. Estaba contigo en la debilidad, el miedo y mucho temblor. Y mi discurso y mi predicación no fueron con palabras persuasivas de sabiduría humana, sino en demostración del Espíritu y de poder, que tu fe no sea en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios ”(1 Cor. 2: 1). -5).

Aunque Pablo tenía un conocimiento y una comprensión profundos de las Escrituras, deliberadamente determinó en su corazón no persuadir a otros a través de su propia sabiduría, sino a través de la demostración del poder del Espíritu. Quería que la fe de los que enseñaba se basara en el poder de Dios.

Siempre que nuevos instructores comenzaban a enseñar diferentes doctrinas para la iglesia en Corinto Pablo les escribía diciendo: "Pero iré a ustedes pronto, si el Señor quiere, y sabré, no la palabra de los que están engreídos, sin el poder ”(1 Cor. 4:19). Pablo dijo que iría a ellos, no para escuchar sus palabras, sino para ver si sus palabras estaban siendo confirmadas por el poder del Espíritu Santo.

Al escribir a la iglesia de Tesalónica, Pablo también dijo: “Porque nuestro evangelio no llegó a ustedes solo en palabras, sino también en poder y en el Espíritu Santo” (1 Tesalonicenses 1: 5). Escribiendo a la iglesia en Roma, también explicó que él ministró “con poderosas señales y prodigios, por el poder del Espíritu de Dios, así que desde Jerusalén y alrededor de Iliria he predicado el evangelio de Cristo” (Rom. 15:19). Incluso continuó aconsejando a Timoteo que se mantuviera alejado de aquellos que “tienen apariencia de piedad pero niegan su poder” (2 Timoteo 3: 5).

## El precio

Es asombroso saber que el mismo poder que obró a través de Jesús, Pedro, Pablo y otros discípulos está disponible para todos los creyentes de hoy. En el momento en que recibimos a Cristo en nuestro corazón, el Espíritu Santo entra en nuestro corazón y nos sella y permanece en nosotros. Es por eso que cuando adoramos al Señor, o cuando leemos la Palabra u oramos, sentimos Su presencia. los

La presencia de Dios da testimonio del hecho de que somos sus hijos.

Para comprender Su poder, debemos diferenciar entre la presencia y el poder del Espíritu. La presencia se refiere a la persona del Espíritu Santo. El poder es la manifestación de esta Persona. Tenemos comunión con la presencia del Espíritu Santo, pero ministramos con el poder del Espíritu Santo.

Todo creyente tiene la presencia del Espíritu Santo en su vida, pero no todo creyente tiene el poder del Espíritu sobre su vida. Todo creyente recibe gratuitamente la presencia del Espíritu en el momento de su salvación, pero no todo creyente tiene Su poder. Su presencia es un regalo gratuito, pero para recibir Su poder, es un precio que se debe pagar.

El poder del Espíritu Santo se convierte en una realidad en nuestras vidas, no cuando entra *dentro de* nosotros, sino cuando viene *sobre* nosotros. Su presencia se vuelve real para nosotros cuando estamos llenos del Espíritu Santo, pero para experimentar Su poder obrando en nuestras vidas, el Espíritu Santo debe venir sobre nosotros. Jesús dijo: “Pero recibirás poder cuando el Espíritu Santo haya venido sobre ti” (Hechos 1: 8).

Dentro de cada creyente hay dos personas, por lo tanto, hay dos voluntades: la voluntad del Espíritu Santo y la nuestra. Para que el Espíritu del Señor venga sobre nosotros, debemos morir a nuestra propia voluntad. Debemos estar dispuestos a decir: "No se haga mi voluntad, sino la Tuya". Debemos elegir diariamente, no nuestros deseos, sino Sus deseos. Para que nuestras vidas estén dotadas de Su poder, debemos seguir Sus sueños y no nuestros propios sueños.

Kathryn Kuhlman dijo una vez: “Quieres saber el precio; Te diré el

precio; te costará todo ". Es sólo

así de simple. Te costará todo. Dios desea, en estos últimos días, que Su iglesia y Sus hijos comiencen a operar en el poder de Dios. Si queremos que un avivamiento invada nuestras ciudades y que se realicen señales y maravillas para que la gente crea en Jesús, no necesitamos sabiduría humana ni palabras persuasivas; en cambio, como dijo Pablo, necesitamos la demostración del Espíritu y el poder.

El Señor desea manifestar Su poder a través de cada uno de nosotros. El costo es cada mosaico. El secreto es la muerte a uno mismo. Kathryn Kuhlman también dijo: "Muero mil muertes cada vez que vengo a ministrar".

Kathryn Kuhlman dijo que sabía el momento exacto y el lugar en el que murió. Ella dijo: “Tenía que tomar una decisión. Tuve que elegir entre el hombre que amaba y el Dios que amaba ". Kathryn Kuhlman había cometido un terrible error al casarse con un hombre que había dejado a su esposa para estar con ella. Kathryn Kuhlman reconoció su error y eligió al Dios que amaba. Un día, mientras estaba ministrando, una señora se le acercó y le dijo: "¿No eres tú esa Kathryn Kuhlman que se divorció y también destruyó la casa y la familia de un hombre?" Kathryn Kuhlman la miró y dijo: "No, esa mujer está muerta".

Antes de que el poder del Espíritu Santo se manifestara a través de la vida de Pablo, él también había tomado la decisión de morir a sí mismo. Él escribió: "Pero cuantas cosas fueron para mí ganancia, las he estimado como pérdida por Cristo. Sin embargo, también considero todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús mi Señor, por quien he sufrido la pérdida de todos. y contarlos como basura, para que pueda ganar a Cristo y ser hallado en Él, no teniendo mi propia justicia, que es de la ley, sino lo que es a través de la fe en Cristo, la justicia que es

de Dios por fe; para conocerlo a Él y el poder de Su resurrección, y la participación de Sus sufrimientos, siendo conforme a Él en su muerte ”(Fil. 3: 7-10).

Pablo estaba dispuesto a conformarse a la muerte de Cristo y conocer la comunión de Su sufrimiento, para poder conocer a Cristo y el poder que lo levantó de entre los muertos. Pablo resumió esta actitud cuando dijo: “Que cada día muero” (1 Cor. 15:31).

Jesús reveló el costo de convertirse en su discípulo cuando dijo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame” (Lucas 9:23). También dijo: "Porque el que quiera salvar su vida, la perderá, pero el que pierda su vida por mí, la salvará". Esto es completamente diferente de lo que dice el mundo. Jesús dijo que si queremos encontrar nuestra vida, debemos perderla. Si queremos ser sus discípulos y ministrar en su poder, debemos negarnos a nosotros mismos. Necesitamos morir a nosotros mismos.

Toda persona que haya sido utilizada por el Señor en algún momento de su vida tuvo que tomar la decisión de morir a sí mismo cuando tomamos la decisión de morir a nosotros mismos, cuando el Espíritu Santo comienza una obra sobrenatural dentro de nosotros. llamado "quebrantamiento".

Sólo a través del quebrantamiento nuestra voluntad se conforma a la suya. Este proceso tiene lugar en nuestras vidas cada vez que Él nos lleva a través de un desierto. Un desierto es un lugar seco donde no hay vida. Es un lugar donde el enemigo nos tienta, y donde se pone a prueba nuestra propia identidad en Cristo y nuestro llamado. Pablo tuvo que pasar tres años en el desierto antes de comenzar su ministerio (Gálatas 1: 15-18). Moisés tuvo que pasar 40 años en un desierto (Hechos 7: 3). Al principio, él

trató de librar al pueblo de Israel con sus propias fuerzas, hasta el punto de asesinar a un hombre.

Como resultado, el Señor tuvo que enviar a Moisés al desierto durante cuarenta años antes de que pudiera usarlo. Después de haber sido quebrantado en el desierto, Dios transformó a un asesino en un humilde siervo. Asimismo, David pasó muchos años en el desierto mientras huía de Saúl; Juan el Bautista creció en el desierto.

La Biblia nos dice que después de que Jesús fue lleno del Espíritu Santo, también fue guiado por el Espíritu a el desierto de Judea: “Entonces Jesús, siendo lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y fue llevado por el Espíritu al desierto. ”(Lucas 4: 1). El Espíritu Santo no solo nos conducirá a experiencias en la cima de la montaña, sino que también nos conducirá a través de los desiertos.

No hay atajos en los caminos del Señor. Si Jesús tuvo que atravesar el desierto, ¿cuánto más tendremos que atravesar nosotros también por esta experiencia? Jesús ayunó durante cuarenta días en el desierto, donde Satanás lo tentó. Antes de escuchar la voz del Padre diciéndole qué hacer, Jesús escuchó la voz del enemigo tratando de destruir Su identidad y misión.

En el desierto debemos aprender a discernir entre la voz del enemigo y la voz del Espíritu Santo. Sólo aquellos que aprenden a discernir la voz del Espíritu Santo pueden salir del desierto. El enemigo tratará de mantenerte en el desierto a través de sus acusaciones y mentiras. Por otra parte, “El Espíritu mismo da testimonio con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios” (Romanos 8:16). El Espíritu Santo nos hablará de que somos “elegidos de Dios, santos y amados” (Colosenses 3:12).

Después de que Jesús hubo vencido toda tentación, salió del desierto con el poder del Espíritu Santo: “Entonces Jesús

volvió en el poder del Espíritu a Galilea, y su noticia se difundió por toda la región circundante ”(Lucas 4:14). Jesús ahora no solo estaba lleno del Espíritu, sino que ahora el Espíritu también estaba sobre él. Sólo entonces se puso de pie en la sinagoga y declaró: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para predicar el evangelio a los pobres; Me ha enviado para sanar a los quebrantados de corazón, para proclamar libertad a los cautivos y recobrar la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos; para proclamar el año agradable del Señor ”(Lucas 4: 18-19).

El Señor sólo hace fluir de un desierto los ríos sanadores de Su Espíritu: “Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos serán destapados. Entonces el cojo saltará como un ciervo, y la lengua de los mudos cantará. Porque las aguas se romperán en el desierto, y los arroyos en el desierto. La tierra reseca se convertirá en estanque, y la tierra árida en manantiales de agua ”(Isaías 35: 5-7).

En tiempos de dificultad y sufrimiento, podemos quejarnos más contra Dios, o podemos aprovechar esos momentos para acercarnos al Señor. Podemos optar por "cavar" en el desierto para que las aguas vivas fluyan de nuestros corazones. Por lo general, la severidad del desierto que atravesamos determina el grado de nuestra relación con Dios.

Después de encontrarme con el Espíritu Santo y recibir el llamado al ministerio, algo comenzó a suceder dentro de mí que no pude entender en ese momento. El Espíritu Santo me llevó a un desierto espiritual. Pensé que estaba fuera de la voluntad de Dios para mi vida, porque no podía ver que ninguna de sus promesas se cumpliera. Estuve tentado a renunciar a la llamada que el Señor me había dado.

Una noche, me arrodillé junto a mi cama llorando y orando, y casi tomé la decisión de dejar el ministerio. A la mañana siguiente, recibí un correo electrónico de uno de mis primos en Argentina con quien no había hablado en mucho tiempo. Me escribió diciendo: “Anoche tuve un sueño contigo y con Jesús. Esto es lo que Jesús quiere decirte: 'Andrés, cuando un niño

vino a mí con sus cinco panes y dos pescados, y me los dio, le creí. Lo mismo cuando viniste a Mí y me diste tu vida; Te creí. De la misma manera tomé mis panes y pescados, y los partí para bendecir a muchos, te quito la vida y la rompo para bendecir a muchos ”.

El quebrantamiento es la única forma de morir a uno mismo. Nuestra venta está rota para que la fragancia y la vida del Espíritu se libere a través de nuestras vidas. Jesús declaró: “De cierto, de cierto os digo, que si un grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, produce mucho grano. El que ama su vida, la perderá, y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará ”(Juan 12: 24-25). La cáscara de la semilla, cuando cae al suelo, debe romperse para la vida que está en la semilla que vendrá y dará fruto. Debemos estar dispuestos a decir: “Señor, estoy dispuesto a morir para que tu voluntad y tu sueño se cumplan en mi vida. Quiero que tus deseos, no los míos, se cumplan en mi vida ".

El principio de quebrantamiento es similar a la forma en que funciona una bomba atómica. Un átomo, tan pequeño que ni siquiera se puede ver a simple vista, es el catalizador de tanto poder que una ciudad entera puede ser destruida con una sola bomba. Esta reacción nuclear se llama fisión atómica. El núcleo de un átomo de uranio es bombardeado por un neutrón, lo que hace que el átomo se desequilibre y se rompa. La división del núcleo del átomo libera energía y hace que se rompan más neutrones; Diese neutrones, a su vez, golpean uranio más odioso

átomos y comienzan una reacción en cadena que libera enormes cantidades de energía.

El poder del Espíritu Santo que se libera al romper nuestra alma es mayor que cualquier poder liberado por una bomba atómica. La bomba atómica libera un poder destructivo, pero el poder del Espíritu es un poder que da vida. El poder del Espíritu Santo no destruye una ciudad, sino que la transforma. Cuando nuestra venta se rompe antes del Señor, se libera el poder del Espíritu, tocando otras vidas y provocando una reacción en cadena llamada avivamiento.

Jesús reveló este misterio a Pablo: "Y me dijo:" Bástate mi gracia, porque mi fuerza se perfecciona en la debilidad ". Por tanto, de buena gana me gloriaré más en mis flaquezas, para que repose sobre mí el poder de Cristo ”(2 Corintios 12: 9). Cuando estamos quebrantados, el poder de Cristo descansa sobre nosotros.

Hablando de Jesús, las Escrituras declaran: "Sin embargo, al Señor le agradó quebrantarle" (Is. 53:10). La palabra quebrarse en hebreo significa desmenuzar, despedazar; quebrar (en pedazos); contrito; humillar. Aplastar para; destruir; humillar; oprimir; herir. Dios es un Dios bueno. Dios es un Dios de amor. Él desea bendecirnos, prosperarnos, y desea que vivamos en salud. Él quiere lo mejor para sus hijos. ¿Cómo podría complacer a Dios aplastar a Jesús? Dios sabía que cuando Jesús fuera quebrantado, habría un poder liberado sobre sus oídos que traería la salvación a miles de millones de seres humanos, salvándolos del sufrimiento eterno total y absoluto. El mensaje de la cruz es el poder de Dios para nosotros, los que somos salvos (1 Cor. 1:18).

Dios miró hacia adelante y vio que el poder que se liberaría a través de la cruz, el poder que traería la salvación a nuestras almas, la curación de los enfermos, la liberación de los cautivos, y

sanación a los quebrantados de corazón en todo el mundo. Jesús también pudo ver vidas transformadas por este poder: “Por el gozo que le fue puesto sufrió la cruz” (Heb. 12: 2).

El amor de Dios por este mundo es tan grande que no solo le agradó quebrantar a Jesús, sino que sigue rompiendo a quienes están dispuestos a pagar el precio para manifestar Su poder sobre los oídos. Es por eso que debemos entender la seriedad de entregar nuestra vida a Jesús. Sólo cuando sintamos la profundidad de Su amor por nosotros y la profundidad de Su amor por el mundo, podemos orar verdaderamente: “Señor, aquí estoy. Envíame a mí. Si quieres aplastarme, puedes aplastarme. Si quieres romper mi vida, puedes romper mi vida. Aquí está mi vida, úsala para Tu gloria ”.

Cuando nos encontramos en tiempos difíciles, es cuando tendemos a quebrarnos, y es cuando la mayoría de nosotros decidimos buscar al Señor. El verdadero problema ocurre cuando las cosas comienzan a ir bien para nosotros, cuando nos encontramos sin necesidades aparentes y cuando sentimos que el Señor está bendiciendo a nuestra familia, salud, trabajo o ministerio. Aquí es cuando debemos ser aún más conscientes de nuestra necesidad de permanecer quebrantados y humildes ante el Señor. Este es uno de los mayores errores que comete la gente, buscar al Señor sólo cuando lo necesitan.

Si queremos seguir experimentando el reino de Dios en nuestras vidas, incluso después de que Él nos bendiga, debemos seguir siendo pobres en espíritu. Jesús dijo: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos” (Mateo 5: 3). Incluso en tiempos de salud y prosperidad, podemos optar por permanecer quebrantados ante la presencia del Señor a través del ayuno y la oración. Al negarnos a nosotros mismos durante el ayuno, nuestros cuerpos físicos se rompen; Al mismo tiempo, el ayuno trae quebrantamiento a nuestro corazón, lo que a su vez libera Su poder en nuestras vidas.

El apóstol Pablo dijo que el estar en apuros por todos lados, perplejo, perseguido, herido y entregado a la muerte fue lo que causó que el poder de Jesús se manifestara en su carne mortal: “Tenemos este tesoro en vasijas de barro, para que la excelencia del poder puede ser de Dios y no de nosotros. Estamos en apuros por todos lados, pero no aplastados; estamos perplejos, pero no desesperados; perseguido, pero no abandonado; abatido, pero no destruido, siempre llevando en el cuerpo la muerte del Señor Jesús, la vida de Jesús también puede manifestarse en nuestro cuerpo. Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, y la vida de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal”(2 Cor. 4: 7-11).

El tesoro es la presencia del Espíritu de Cristo en nuestros corazones, para que la fragancia de este tesoro se manifieste en nuestros cuerpos mortales, transformando la atmósfera que nos rodea, la vasija debe romperse (Marcos 14: 3, Juan 12 : 3). Pablo explicó este principio cuando escribió: “Así que la muerte obra en nosotros, pero vida en vosotros” (2 Corintios 4:12). Cuando elegimos morir diariamente a nuestra voluntad, el poder del Espíritu Santo viene sobre nosotros, trayendo vida y sanación a los necesitados. Sólo así seremos capaces de decir: "Ahora bien, sea Dios quien nos conduce siempre en triunfo en Cristo, y a través de nosotros difunde la fragancia de su conocimiento en todo lugar" (2 Corintios 2:14). El precio es para todos, pero lo es en palabras.

Capítulo ocho

El poder del Espíritu Santo para predicar el evangelio

# *El Espíritu del Señor está sobre mí,*

*Por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres*

*Lucas 4:18*

## El Evangelio

Cuando me invitaron a ministrar en una prisión de máxima seguridad en Texas, no sabía qué iba a hacer el Espíritu Santo, ya que nunca había estado dentro de una prisión. Después de pasar por un control de seguridad y varias puertas de hierro, me encontré rodeado de altos muros dobles que estaban rematados con púas.

cable. Comencé a sentirme un poco inseguro acerca de esta oportunidad de compartir el evangelio. Iba a hablar de Jesús a cientos de los delincuentes más graves en el estado de Texas, y no sabía cómo iban a reaccionar. Pero tenía la certeza de que el Espíritu Santo se había ido a través de las puertas de la prisión conmigo.

Me paré junto a la puerta de la capilla, y mientras los presos entraban, los miré a los ojos uno por uno. Pude ver dolor, odio, desesperación, ira, vergüenza, rechazo y desesperanza. Pude ver la culpa. Al mismo tiempo, el Espíritu de Dios comenzó a llenar mi corazón con un abrumador sentimiento de amor y compasión. Por eso había venido Jesús, para buscar y salvar lo que estaba perdido (Lucas 19:10).

Cientos de presos, todos vestidos de blanco, llenaron la capilla para escuchar la palabra de Dios. Mientras cantábamos canciones de adoración, comencé a sentir que la unción del Espíritu Santo venía sobre mi vida, y supe que Dios estaba a punto de hacer algo poderoso. Después de compartir las buenas nuevas del reino de Dios, hice un llamado al altar para aquellos que querían arrepentirse de sus pecados, confiar en Jesús para su salvación y poner su corazón en buscar primero su reino y su justicia. La mayoría de los presos respondieron de inmediato arrodillándose ante el altar y bajando por el pasillo central.

Solo tenía treinta minutos para ministrarles, así que había planeado terminar el servicio después de hacer este llamado al altar. Pero cuando vi la respuesta, mi corazón se conmovió con compasión y comencé a orar por quien había venido al frente.

Cuando comencé a orar por los prisioneros, se llenaron del Espíritu Santo y muchos de ellos comenzaron a caer bajo su poder. Mientras miraba mi reloj, me di cuenta de que mi tiempo había

salir corriendo, y solo había orado por la primera fila. A lo largo del pasillo del medio había prisioneros esperando para recibir la oración. Podía sentir su deseo de ser llenos del Espíritu Santo, pero no tuve suficiente tiempo para orar por todos ellos. Entonces dije: "Todos los que quieran recibir el fuego del Espíritu Santo, levanten las manos". Todos levantaron las manos y cuando dije: "¡Fuego!" todos cayeron bajo el poder del Espíritu Santo por el pasillo central.

Cuando me di la vuelta para darle el micrófono al capellán para que pudiera terminar el servicio, el poder del Espíritu Santo vino sobre mi vida con tanto poder que no podía estar de pie, y caí de espaldas sobre todos los presos.

. Estaba tratando de levantarme pero no pude hacerlo. Mientras yacía en el piso con todos los presos, escuché al Espíritu Santo hablar a mi corazón: “Eres como ellos, porque no hay diferencia; por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios ”(Romanos 3: 23-24).

La Biblia es muy clara, "Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero tropezare en un punto, se hace culpable de todos" (Santiago 2:10). Las Escrituras nos revelan que a un Dios Santo no hay diferencia; todos somos pecadores. Todos somos culpables, y debido a nuestro pecado, estamos separados de Dios por la eternidad, "porque la paga del pecado es muerte" (Rom. 6:23).

Por eso el evangelio es el mensaje más importante en el mundo, porque sólo a través de la fe en Jesús podemos ser salvos: “Dios demuestra su propio amor hacia nosotros, en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros. Mucho más, habiendo sido ahora justificados por Su sangre, seremos salvos de la ira por Él ”(Rom. 5: 8-9).

Sólo Jesucristo tomó sobre Sí mismo la culpa por nuestros pecados mediante Su muerte en la cruz: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él. ”(2 Cor. 5:21). La salvación se encuentra solo en Cristo: “Ni hay salvación en ningún otro, porque no hay otro nombre debajo del cielo, dado a los hombres, en el que podamos ser salvos” (Hechos 4:12). Podemos recibir gratuitamente el regalo de la vida eterna y el perdón de nuestros pecados mediante la fe en Jesucristo.

Una vez escuché una historia corta que me ayudó a comprender mejor el evangelio. Había una ciudad que tenía una ley que establecía que la pena por cometer un asesinato era la muerte. Había un juez en esta ciudad que se esforzaba por cumplir siempre la ley. Aunque estuviera de acuerdo con la ley o no, trató de ser justo en todos los casos que se le presentaban. Muchos habían sido declarados culpables de asesinato en su tribunal y él los había condenado a todos a muerte, cumpliendo así la ley de la pena capital

Este juez tenía un hijo al que amaba profundamente. Un día, el hijo compareció ante su padre ante el tribunal, acusado de homicidio. El juez tenía el poder y la audiencia para condenar a muerte a su hijo, haciendo justicia. También tenía el poder y la audiencia para perdonar a su hijo y liberarlo, mostrando misericordia. El juez tuvo que tomar una decisión extremadamente difícil.

Dios tuvo que tomar la misma decisión con nuestras vidas. Él nos creó y nos ama profundamente. ¡Más de lo que jamás sabremos! Sin embargo, todos hemos pecado, y la ley establece que el castigo por nuestro pecado está muerto. Dios se encontró en el mismo dilema que el juez; Él podría manifestar Su amor y misericordia y simplemente perdonar nuestros pecados. Pero si esta hubiera sido Su elección, no habría sido justo. Por otro lado, podría haber tomado la decisión “correcta” y condenarnos a muerte, cumpliendo la ley y

Toda la justicia. Así como el hijo del juez era culpable y merecía la muerte, nosotros también somos culpables y merecemos la muerte.

El juez de la historia resolvió su dilema diciendo: "Daré mi propia vida para pagar el crimen que cometió mi hijo". El padre decidió tomar el lugar de su hijo. Esa es la misma decisión que Jesús tomó por nosotros. Él pagó con su propia vida la deuda que teníamos. En la cruz, no solo manifestó su amor por nosotros, también cumplió toda la justicia.

El hijo del juez todavía tenía que elegir si aceptaba el perdón que le ofrecía su padre y se marchaba libre, o si rechazaba la misericordia que se le ofrecía y recibía el castigo por su propio error. De la misma manera, Jesús ya pagó íntegramente por nuestra libertad, pero aún tenemos que elegir si recibir Su regalo gratuito del perdón y la vida eterna, o recibir el castigo por nuestros propios pecados: “La paga del pecado es muerte, pero La dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro ”(Romanos 6:23). Si el hijo del juez hubiera optado por marcharse libre, probablemente habría vivido el resto de su vida para complacer a su padre. De manera similar, cuando recibimos el don de Dios y nos damos cuenta del precio que Jesús pagó para que seamos libres, debemos desear vivir el resto de nuestras vidas para agradarle.

Cuando mi hijo tenía unos pocos años, pasó por un período en el que no quiso obedecerme. Llegó un punto en el que no supe cómo enseñarle a seguir las reglas. En una ocasión, después de que me desobedeciera de nuevo, lo puse en tiempo muerto en su habitación. Después, simplemente se marchó como si nunca hubiera pasado nada. Lo llevé de regreso a su habitación, pero en ese momento se enojó y salió de nuevo. Lo llevé de regreso a la habitación por la fuerza, y se volvió extremadamente

enfadado. Trató de salir de la habitación de nuevo, pero yo me paré frente a la puerta. En ese momento yo también me estaba molestando.

Cuando me vio parado frente a la puerta, empezó a golpearme la pierna con sus puños. ¡No lo podía creer! Ahora estaba muy molesto y estaba a punto de darle una nalgada, cuando escuché al Espíritu Santo decirme: "Deja que te golpee". Así que me senté en el suelo frente a la puerta y le dije a mi hijo: "Pégame". Estaba tan molesto que empezó a golpearme bastante fuerte por ser un niño terrible. Siguió golpeándome repetidamente durante mucho tiempo. Luego, los golpes se volvieron cada vez más lentos a medida que se cansaba. Llegó un punto en el que estaba tan agotado que simplemente se detuvo.

Se paró frente a mí con los brazos hacia abajo, abrazándose rápidamente y mirándome a los ojos. Simplemente lo abracé y le dije que lo

amaba. Y nosotros lloramos juntos. .Yo no sé cómo explicar lo que ocurrió en

ese momento; pero algo sucedió en el corazón de mi hijo. Supongo que entendió cuánto lo amaba; No lo sé. Pero una cosa sé fue que cambió. Su corazón se volvió gentil y amoroso. Nunca más tuve que luchar con él para obedecer, y su amor por mí se convirtió en algo especial.

El Señor hizo algo similar con nosotros. Él estableció reglas para que las obedezcamos, porque nos ama y desea lo mejor para nosotros. Pero continuamente nos rebelamos contra sus reglas. Para demostrar su amor por nosotros, bajó a nuestro nivel y nos dijo: "Golpéame". Y lo hicimos. Fue golpeado hasta dejarlo irreconocible: “Su rostro se estropeó más que el de cualquier hombre, y su forma más de hijos de hombres” (Isaías 52:14). Herido fue por nuestras rebeliones, y molido por nuestras iniquidades. Sin embargo, todavía nos mira a los ojos, nos abraza y nos dice: "Te amo".

Cuando nuestros ojos están abiertos a esta verdad, algo le sucede a nuestro corazón. No sé cómo explicarlo, pero cambiamos. Deseamos obedecerle y nuestro amor por él se convierte en algo especial.

## Poder para la misión

El propósito principal por el cual Dios nos da poder con Su Espíritu es compartir Sus buenas nuevas con el mundo. Jesús dijo a sus discípulos: “Recibiréis poder cuando el Espíritu Santo venga sobre vosotros; y me seréis testigos en Jerusalén, y en toda Judea y Samaria, y hasta el fin de los tiempos ”(Hechos 1: 8). Esto fue lo último que Jesús les dijo a sus seguidores antes de ascender al Padre. Se suponía que no debían ir a compartir las buenas noticias y ministrar a los odiarios hasta que fueran investidos con el poder de lo alto.

Jesús aclaró esto muy claramente a sus discípulos al decir: “He aquí, envío la Promesa de Mi Padre sobre vosotros; pero quédate en la ciudad de Jerusalén hasta que seas investido con poder de lo alto ”(Lucas 24:49). El poder del Espíritu Santo es una necesidad si queremos ser testigos efectivos de Cristo.

Después de ser resucitado de entre los muertos, Jesús vino a sus discípulos mientras estaban reunidos en una habitación con la puerta cerrada. Jesús les dijo: “¡La paz sea con ustedes! Como me envió el Padre, yo también os envío ”. Y cuando hubo dicho esto, les dio de pan y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo” (Juan 20: 21-22). No sólo estaban recibiendo el mismo Espíritu que Jesús había recibido, sino que también estaban recibiendo la misma misión que Él había recibido de Padre.

Como discípulos de Jesús, nuestro llamado es hacer, en Su nombre, las mismas obras que Él hizo. Jesús nos dijo: “De cierto, de cierto os digo que el que cree en mí, las obras que yo hago, él las hará también; y mayores obras que estas hará, porque yo voy al Padre ”(Juan 14:12). Como discípulos suyos, Jesús también nos llena de su Espíritu y nos envía con la misma misión que recibió de nuestro Padre.

Explicó esta misión al comienzo de Su ministerio al leer del libro de Isaías: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para predicar el evangelio a los pobres; Me ha enviado para sanar a los quebrantados de corazón, para proclamar libertad a los cautivos y recobrar la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos; para proclamar el año agradable del Señor ”(Lucas 4: 18-19).

Este fue el mandato sobre la vida de Jesús, y este es el mandato que Él confió a cada uno de sus discípulos. Jesús comenzó declarando que no solo estaba lleno del Espíritu Santo, sino que ahora el Espíritu Santo estaba sobre él con poder. Luego proclamó que Su prioridad era predicar buenas nuevas a los pobres. Luego se le encomendó sanar a los quebrantados de corazón, liberar a los cautivos y curar a los enfermos.

La razón más importante por la que Dios nos unge a cada uno de nosotros es para que podamos compartir los evangelios con los demás. La liberación, la curación del corazón y la curación del cuerpo son todas temporales, pero recibir el perdón de nuestros pecados a través de la fe en Jesucristo es eterno. Jesús promete a todos los que creen en Él: “Yo les doy vida eterna, y nunca perecerán; Ni nadie me lo arrebatará de la mano ”(Juan 10:28). Y la Biblia incluso continúa diciendo: “Y este es el testimonio de que Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en su Hijo” (1 Juan 5:11).

Reconocemos fácilmente la necesidad del poder del Espíritu Santo para orar por los enfermos o para ministrar liberación, ya que no es una manifestación física del milagro. Pero como no vemos una manifestación física del milagro de la salvación, muchos de nosotros no nos damos cuenta de que necesitamos Su poder tanto si queremos ser testigos efectivos de Cristo.

Hay una tremenda diferencia entre compartir el evangelio bajo la unción del Espíritu Santo y compartir el mismo evangelio sin el poder del Espíritu Santo. Cuando compartimos el evangelio con el poder del Espíritu Santo, está acompañado por la convicción de pecados, el arrepentimiento y la revelación de la persona de Jesucristo.

Después de que Jesús ascendió al cielo en una nube, la Biblia nos dice que los discípulos esperaban la promesa del Padre: “Cuando llegó el día de Pentecostés, todos estaban unánimes en un solo lugar. Y de repente vino un sonido del cielo, como de un viento recio que soplaba, y llenó toda la casa donde estaban sentados. Entonces se les apareció a ellos lenguas divididas, como de fuego, y uno se sentó sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo y empezaron a hablar en lenguas más diversas, conforme el Espíritu les daba expresión ”(Hechos 2: 1-4). ¡El Espíritu Santo había venido con gran poder!

Mientras la gente se reunía para ver qué era toda la conmoción, Pedro se puso de pie y predicó el evangelio durante unos minutos. Las mismas personas que habían sido crucificadas por el Señor unas semanas antes, ahora estaban conmovidas y clamaban: "¿Qué debemos hacer para ser salvos?" Pedro respondió: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para la remisión de los pecados; y recibirás el don del Espíritu Santo. Porque la promesa es para ti, para tus hijos y para todos los que están lejos.

Fuera, cuantos el Señor nuestro Dios llamare ”(Hechos 2: 38-39). En ese día se salvaron tres mil.

Si Pedro hubiera compartido el mismo mensaje, exactamente de la misma manera, a las mismas personas, solo un día antes de ser investido con el poder de lo alto, ninguna persona habría respondido a su mensaje. El Espíritu Santo es el que les cortó el corazón y les mostró la severidad de sus pecados.

Solo el Espíritu Santo puede convencer a las personas de pecado, y la verdadera salvación siempre implica el arrepentimiento de los pecados (Hechos 20:21, 1 Juan 1: 6). Jesús, hablando del Espíritu Santo, dijo: “Y cuando Él venga, convencerá al mundo de pecado” (Juan 16: 7-8). No podemos convencer a otros de su pecado con nuestras palabras, acciones o argumentos. Es nuestra responsabilidad predicar "el arrepentimiento para con Dios, y la fe para con nuestro Señor Jesucristo" (Hechos 20:21), y es la obra del Espíritu Santo revelar la realidad y la gravedad del pecado.

El mensaje de arrepentimiento, cuando se predica sin la unción del Espíritu Santo sobre nuestras vidas, traerá condenación sobre los demás, pero bajo Su unción nuestras palabras traerán convicción, revelación y vida. El evangelio predicado con el poder del Espíritu Santo lleva a las personas no solo a creer en Jesús, sino también a hacer un cambio en sus vidas.

Las Escrituras declaran: “Mas yo estoy lleno de poder del Espíritu de Jehová, y de juicio y de fuerza, para denunciar a Jacob su rebelión, y a Israel su pecado.” (Miqueas 3: 8). Debemos compartir el mensaje de arrepentimiento cuando estemos dotados del poder del Espíritu Santo. Entonces, y sólo entonces, utilizará el Espíritu Santo nuestras palabras para traer convicción y vida.

El enemigo nos acusa de nuestros pecados, trayendo condenación sobre nuestras vidas; por otro lado, el Espíritu Santo nos convence de pecado y revela la salvación de Dios a nuestro corazón. La condenación nos mostrará el hecho de que hemos pecado, pero también nos dirá que no hay perdón para nosotros. Nos trae culpa y vergüenza. El Espíritu Santo no trae condenación, pero sí trae convicción sobre nuestras vidas. Nos revela el hecho de que hemos pecado y, al mismo tiempo, nos revela la bondad de Dios y el perdón que nos ofrece la fe en Jesús.

Hace unos días, mi hijo y yo fuimos a jugar al fútbol en un pequeño campo detrás de nuestra casa. A veces, otros niños del vecindario salen a jugar y siempre nos lo pasamos de maravilla. Como el sol se estaba poniendo y no quedaba mucha luz, decidimos terminar el juego. Empecé a hablar con uno de los adolescentes que había estado jugando con nosotros. En un momento de nuestra conversación, le pregunté si alguna vez había recibido a Jesús en su corazón. Su respuesta fue rápida y directa: "No, nunca".

De una manera muy sencilla comencé a compartir como Jesús lo amaba tanto que había pagado por sus pecados muriendo en la cruz, en un momento, y para mi total asombro, comenzó a llorar en medio de la cancha de fútbol. . El Espíritu Santo lo había convencido y no pudo contener las lágrimas.

Le pregunté si le gustaría recibir a Jesús en ese momento, y aunque estaba tan abrumado que apenas podía hablar, respondió: "Sí". Nos arrodillamos juntos en la cancha de fútbol y él oró para recibir a Jesús y el perdón de sus pecados. Permaneció de rodillas, llorando, durante más de quince minutos en medio de una cancha de fútbol. Solo el Espíritu Santo puede tocar tan profundamente el corazón de alguien. Nosotros

debe desear no solo compartir el evangelio; también debemos desear compartir esas buenas nuevas bajo el poder del Espíritu Santo.

Mientras oraba por la gente en el altar después de uno de los eventos de nuestro ministerio, miré hacia arriba y vi a una madre arrastrando con fuerza a su hijo del brazo para al frente a la oración. Me di cuenta de que el joven ni siquiera quería estar y mucho menos recibir oración. Le pregunté si podía hablar con él a solas, y cuando nos hicimos a un lado, me dijo que solía seguir al Señor, pero que ahora vivía en pecado. Compartí el evangelio con él durante varios minutos, pero el dijo que no quería regresar al Señor. Justo cuando estaba a punto de rendirme e ir a orar por otras personas, literalmente sentí que el Espíritu Santo descendía sobre nuestro cuerpo al mismo tiempo.

Cuando descendió el Espíritu Santo, fue como si alguien hubiera apuñalado al joven en su corazón, y él cayó hacia adelante gritando: "¡Necesito cambiar!" Comenzó a llorar y a rodar por el suelo gritando: "Necesito cambiarme, necesito cambiar". ¡No podía creer lo que veían mis ojos! El mismo joven, que había estado actuando con tanta indiferencia hacia lo que le estaba diciendo, de repente clamó por el perdón de Dios. Mucho después de que terminó el servicio y yo me iba de la iglesia, él todavía estaba en el piso del altar, llorando por su pecado.

Otro joven me escribió una carta para compartir su experiencia con el Señor en uno de los eventos de ustedes: “Eso

la noche cambió mi vida para siempre. Me llené del Espíritu Santo y comencé a hablar en diferentes lenguas. Lloré toda la noche, pensando en las odiosas cosas que le había hecho a la gente. Realmente me has ayudado a llevarme al Señor, y te quiero mucho por eso. Oro para que Dios te bendiga ricamente. Todo esto sucedió en enero; y ahora es julio, y he leído el Nuevo Testamento un par de veces, y no falto a la iglesia. Dejé de beber

fumar, consumir drogas y tener relaciones sexuales. Dejé de ser racista. Me uní a un grupo llamado True Love Waits y estoy tratando de ser testigo. He perdido a la mayoría de mi familia y amigos, pero no podría estar más feliz. Cristo Jesús me llena de amor verdadero e inquebrantable, un amor tan poderoso que murió por nuestros pecados ”.

## El Espíritu de Dios solo glorifica a Jesús

La Biblia dice que el Espíritu Santo no solo nos convence de pecado, Él es quien también testifica de Jesús. Nos muestra nuestro problema, pero también nos revela la única solución. Jesús prometió: "Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio de mí" (Juan 15:26). Creo que el Espíritu Santo El mayor deseo es dar testimonio de Jesús al mundo y desea compartir con todos el amor, la bondad, la compasión y el sacrificio de Cristo en la cruz.

Cuando estoy de pie para predicar el evangelio, sé que en mi propio poder, no puedo convencer o convertir a una sola persona. Pero también sé que a medida que comienzo a compartir el evangelio, el Espíritu Santo obra conmigo, convenciendo a la gente de pecado y testificando de Jesús al corazón de la gente.

Ésta es una de las principales razones por las que amo tanto al Espíritu Santo. El Espíritu Santo no habla de ninguna otra persona; Él solo testifica de Jesús, y solo glorifica a Jesús. Jesús continuó diciendo acerca del Espíritu Santo: “Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo dará a conocer” (Juan 16:14). El Espíritu Santo es una persona, pero no habla de sí mismo. Él nos lleva a Jesús, y Jesús nos lleva al Padre.

La obra del Espíritu Santo es similar a un foco fuerte. No miramos directamente a un foco de luz; miramos para ver sobre quién está brillando el foco de atención. De manera similar, el Espíritu Santo no se glorifica a sí mismo ni a ningún ministro; el Espíritu Santo solo glorifica a Jesús. Cuanto más fuerte descanse Su poder sobre nuestras vidas, más fuerte será el rayo de luz que brille sobre Jesús, y más fácil será para el hombre ver a Jesús como realmente es:

“El cordero de Dios que quita el pecado de Dios. los

mundo ”(Juan 1:29). Sólo después de que el Espíritu Santo descendió sobre Jesús en el río Jordán, Juan Bautista pudo hacer esta declaración. Antes de eso, solo conocía a Jesús como uno de sus primos.

Cuando el Espíritu Santo puso su foco en Jesús, Juan vio que Jesús era el Mesías, el Salvador del mundo. Juan el Bautista dijo: “Yo no le conocía; pero para ser revelado a Israel, por eso vine bautizando con agua ”. Y Juan dio testimonio, diciendo: “Vi al Espíritu que descendía del cielo como una paloma, y permaneció sobre él. Yo no le conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: "A quien veas que desciende el Espíritu y permanece sobre él, éste es el que bautiza con el Espíritu Santo". Y he visto y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios ”(Juan 1: 31-34).

De manera similar, la gente puede ver a Jesús como un profeta, un buen hombre, un buen maestro, una figura histórica, pero cuando el Espíritu Santo manifiesta su poder, podemos ver a Jesús como el que verdaderamente es: el Hijo de Dios. . El Espíritu Santo es el que testifica de Jesús, y Él es el único que puede revelar Su identidad a nuestro corazón.

Las Escrituras declaran: “Pero incluso si nuestro evangelio está velado, está velado para los que se pierden, cuyas mentes el dios de este siglo ha cegado, los que no creen, para que no se enciendan la luz del expediente.

el evangelio de la gloria de Cristo, que es la imagen de Dios, resplandezca en ellos ”(2 Corintios 4: 3-4). Podemos hablar de Jesús a la gente durante días, discutir con ellos, explicarles las Escrituras e incluso intentar demostrarles la deidad de Cristo, pero sin el poder del Espíritu Santo, seguirán cegados. A medida que compartimos el evangelio, el Espíritu Santo obra junto a nosotros, llevando la revelación de Cristo al corazón de las personas.

El mensaje es extremadamente simple: Arrepiéntete de tus pecados y cree en Jesucristo, y serás salvo. Es tan simple que un niño pequeño puede recibirlo, pero tan profundo que algunas de las personas más inteligentes que jamás hayan vivido no han sido capaces de entenderlo y creerlo. Recibir el evangelio es mucho más que recibir información; tiene que ver con recibir una revelación. Podemos dar información, pero solo el Espíritu Santo puede dar revelación. Ésa es la razón principal por la que necesitamos el poder del Espíritu Santo cuando compartimos el evangelio.

El Señor pudo haber usado a un pastor o un amigo para llevarnos al conocimiento de Cristo, pero finalmente, el Espíritu Santo fue el que reveló a Jesús a nuestros corazones. Jesús preguntó a sus discípulos en una ocasión: "¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?" Respondieron de diversas formas: "Algunos dicen que Juan el Bautista, otros Elías y otros Jeremías o uno de los profetas". Entonces Jesús les preguntó: "¿Pero quién decís que soy?" Simón Pedro respondió y dijo: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente". Jesús le dijo: “Bienaventurado eres, Simón, Hijo de Jonás, porque no te ha revelado nada carne ni sangre, sino Mi Padre que está en los cielos” (Mateo 16: 13-17).

En nuestro ministerio, hemos visto al Espíritu Santo revelar a Jesús a miles en diferentes eventos alrededor del mundo. Pero no solo le encanta revelar a Jesús a través de la predicación de la Palabra en conferencias y cruzadas, también le encanta testificar de Jesús.

durante nuestra vida diaria. Mientras mi esposa y yo viajábamos en la parte trasera de un taxi en Cartagena, Colombia, comencé a compartir el evangelio con el taxista. Solo pude ver sus ojos mirándome a través de su espejo retrovisor. De repente, comencé a ver lágrimas corriendo por su rostro. Me asombró que un hombre adulto comenzara a llorar de esta manera, así que le pregunté si alguna vez había escuchado el evangelio antes. Él respondió: "Nunca me gustan las latas".

Cuando llegamos a nuestro destino, le pregunté al conductor si le gustaría recibir a Jesús; rápidamente respondió que lo haría. Después de orar para que él recibiera la salvación, puse mi mano sobre su hombro y oré para que se llenara del Espíritu Santo. Inmediatamente cayó de costado sobre el asiento del pasajero del taxi y permaneció en el suelo durante mucho tiempo. Sin saber qué más hacer, simplemente colocamos el dinero para pagar nuestro viaje junto a él, y lo dejamos tirado bajo el poder del Espíritu Santo.

Según la Biblia, sólo hay dos posibles lugares a los que podemos ir después de morir. Pasaremos la eternidad en el cielo o en el infierno. Hay una cantidad asombrosa de escrituras sobre el cielo en la Biblia. La realidad más hermosa en el cielo es que el mismo Jesús será diferente: “9 Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos; y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero.!' ”(Apocalipsis 7: 9- 10)

La Biblia también dice que en el cielo no habrá más sufrimiento: “Y oí una gran voz del cielo que decía: 'He aquí, el tabernáculo de Dios está entre los hombres, y morará entre ellos, y ellos serán su pueblo. Dios mismo será

con ellos y sea su Dios. Y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos; no habrá más muerte, ni dolor, ni llanto. No habrá más dolor, porque las cosas antiguas pasaron 5 ”(Apocalipsis 21: 3-4).

La Biblia habla muy claramente sobre el cielo, pero la Biblia también habla muy claramente sobre el infierno. El infierno será un lugar de constante tormento, dolor y sufrimiento, y también será eterno. La Biblia dice claramente que en el infierno habrá un fuego eterno que infligirá un tremendo sufrimiento. La Biblia declara que aquellos que no hayan creído en Jesús y que no se hayan arrepentido de sus pecados “[serán echados] en el horno de fuego. Habrá llanto y crujir de dientes ”(Mateo 13:42, 25:41).

Jesús nos advirtió acerca de la gravedad de nuestro pecado cuando declaró: “Si tu mano te es ocasión de pecar, quítala. Mejor te es entrar en el cielo manco, que teniendo dos manos, ir al infierno, al fuego que nunca se apagará ”(Marcos 9:43).

La seguridad de que Jesús nos ha perdonado y nos ha librado de la condenación eterna debe traer gran gozo a nuestro corazón. Jesús les dijo a sus discípulos: "Nunca se regocijen en esto, porque los espíritus están sujetos a ustedes, pero se regocijen más porque sus nombres están escritos en el cielo". (Lucas 10:20)

El Espíritu Santo también es el único que nos puede dar seguridad. El Espíritu de Dios es el que selló nuestros corazones cuando creímos por primera vez (Efesios 1:13, 4:30). Y el Espíritu Santo es el que “da testimonio con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios” (Romanos 8:16). “Y porque sois hijos, Dios ha enviado el Espíritu de Su Hijo a vuestros corazones, clamando: '¡Abba, Padre!'” (Gálatas 4: 6).

## Compasión por los perdidos

Para ser testigos efectivos del evangelio, no solo necesitamos el poder del Espíritu Santo, también debemos tener compasión por los que están perdidos. No solo debemos amar a Dios, también debemos amar a las personas como Él las ama. Solo el Espíritu Santo puede inculcar en nuestro corazón este tipo de amor. Él nos permite sentir el corazón de Dios latiendo con amor por los que están perdidos y sufriendo, y es este amor el que nos impulsa a compartir el evangelio con los demás. Esta revelación nos rompe el corazón y pone en nuestras vidas una pasión por ir al mundo y compartir el evangelio. Así como el poder que el Espíritu Santo pone sobre nosotros es sobrenatural, la pasión que Él pone en nuestro corazón para alcanzar a los perdidos también es sobrenatural.

Sólo alguien que sea padre o madre puede comprender ese amor por sus hijos. Fácilmente daría mi vida por mis hijos. Mi hijo y yo a veces jugamos al fútbol juntos detrás de nuestra casa. Como la mayor parte del tiempo somos dos, normalmente tengo que jugar de portero. No me gusta jugar de portero, y solo hago de portero cuando juego con él. Un día estábamos jugando y falló un tiro, así que tuve que ir a perseguir la pelota detrás de la portería.

Cuando iba a coger la pelota, el Espíritu Santo me hizo una pregunta: "¿Podrías amar a todos de la forma en que amas a tu hijo?" Ese es el tipo de amor que el Señor desea que tengamos para el mundo. Ese es el amor que tuvo por el mundo: “Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).

El Espíritu Santo también es el único que nos da audacia para compartir nuestra fe. La Biblia nos dice que después de los miles fueron

salvados y las curaciones comenzaron a tener lugar, estalló una gran persecución contra la iglesia en Jerusalén. Los discípulos se reunieron nuevamente, “y cuando hubieron orado, el lugar donde estaban reunidos se sacudió; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios ”(Hechos 4:31). Después de que el Espíritu Santo les dio valentía, no solo miles, ¡sino multitudes comenzaron a ser salvas! (Hechos 5:14).

Hay más de seis mil millones de personas en la tierra. Alrededor de cuatro mil millones no creen en Jesús, y más de dos mil millones de ellos ni siquiera han escuchado Su nombre. Dios "no quiere que nadie perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento" (2 Pedro 3: 9). El amor de Dios por los que están perdidos es tan profundo que, si alguna vez lo experimentamos verdaderamente, pasaríamos el resto de nuestras vidas haciendo de la gran comisión nuestra gran misión.

La Guerra Civil Americana se libró de 1861 a 1865 entre los Estados Unidos (la "Unión" o el "Norte") y varios estados esclavistas del sur que habían declarado su secesión y formado los Estados Confederados de América (la "Confederación" o el " sur "). Una de las principales razones de la guerra fue que los estados del sur querían preservar la esclavitud, mientras que los estados nórdicos deseaban abolirla. El 1 de enero de 1863, el presidente Abraham Lincoln emitió una orden llamada la Proclamación de Emancipación. Proclamó que todos los dioses esclavizados en territorio confederado serían libres para siempre.

La Proclamación no se pudo hacer cumplir en áreas todavía bajo rebelión, pero cuando el ejército tomó el control de las regiones confederadas, los esclavos en las regiones de Dios fueron puestos en libertad. Entre veinte y cincuenta muertos y antiguos esclavos fueron inmediatamente emancipados en regiones donde la rebelión ya había sido sometida y más de millones más fueron emancipados.

a medida que avanzaba el ejército de la Unión ^ 11 ) A pesar de que el presidente de los Estados Unidos ya había firmado el documento, millones de personas continuaron viviendo en esclavitud hasta que el ejército de la Unión los alcanzó con la buena noticia.

Cuando tenía nueve años en Virginia, Booker T. Washington recordó el día en que el ejército de la Unión llegó a su plantación a principios de 1865:

“A medida que se acercaba el gran día, más

cantando en los aposentos de los esclavos como de costumbre. Era más audaz, tenía más resonancia y se prolongó hasta la noche. La mayoría de los versos de las canciones de la plantación tenían alguna referencia a la libertad ... Un hombre que parecía ser un extraño (un oficial de los Estados Unidos, supongo) pronunció un pequeño discurso y leyó un artículo más largo: la Proclamación de Emancipación, Yo pienso. Después de la lectura nos dijeron que todos éramos libres y que podíamos ir cuando y donde quisiéramos. Mi madre, que estaba de pie a mi lado, se inclinó y besó a sus hijos, mientras lágrimas de alegría corrían por sus mejillas ". ( 12 )

Jesús dijo: “De cierto, de cierto os digo que todo el que comete pecado es esclavo del pecado” (Juan 8:34). Hace dos años, otro documento más firmado, no por el presidente de los Estados Unidos, sino por el Dios del universo. No estaba firmado con tinta, sino con la sangre de Jesucristo. Se llama el Nuevo Pacto. Proclama que todos los que están esclavizados al pecado serán libres para siempre. Jesús dijo: “Y conoceréis la verdad, y la verdad te hará libre. Por tanto, si el Hijo os libera, seréis verdaderamente libres ”(Juan 8: 32,36).

Nuestra responsabilidad es avanzar sobre el mundo tal como el ejército de la Unión avanzó a través de los estados del sur y proclamar la libertad de los cautivos (Isaías 61: 1). Somos simplemente portadores de buenas noticias. No es nuestra responsabilidad convencer,

convertir o condenar a nadie. Somos simplemente soldados en el ejercito del Señor, apoderándose del territorio enemigo al proclamar: “¡Consumado es! Jesús lo pagó todo, ¡eres libre! "

Sorprendentemente, cuando el ejército de la Unión llegó a algunas plantaciones con buenas noticias, algunos de los esclavos estaban tan acostumbrados a vivir en la esclavitud que optaron por seguir siendo esclavos, de manera similar, hay personas que escuchan el evangelio, pero porque disfrutan de su vida. estilo de vida pecaminoso, eligen continuar viviendo como esclavos del pecado. Aún más trágico, la historia nos dice que había plantaciones en el sur que nunca recibieron las buenas noticias, y muchos vivieron el resto de sus vidas en la esclavitud, sin saber que habían sido liberados.

De manera similar, hay más de dos mil millones de personas en la tierra en este momento que nunca han escuchado que Jesucristo pagó el precio por su libertad y salvación. Si los soldados de la Unión estuvieran dispuestos a dar sus vidas para proclamar la libertad de la esclavitud física, que es temporal,

¿cuánto más deberíamos estar dispuestos a dar nuestras vidas para proclamar la libertad de la esclavitud espiritual, que es eterna?

Capitulo nueve

El poder del Espíritu Santo

para sanar a los quebrantados de corazón

# *El Espíritu del Señor está sobre mí, Me ha enviado a sanar a* los quebrantados de corazón.

*Lucas 4:18*

## Belleza por cenizas

Después de compartir el evangelio en una iglesia local en Texas, estaba ministrando y orando por las diferentes necesidades de la gente. Había una niña de pie al frente, y cuando me acerqué para orar por ella, noté que estaba sollozando. Cuando le pregunté por qué lloraba, se subió las mangas de la camisa y me mostró las cicatrices en las muñecas donde se había cortado. Y ella me dijo: "No quiero vivir más".

Mi corazón se conmovió al ver a una persona tan joven que había perdido el deseo de vivir, y le pregunté a quién tenía que perdonar. Ella me respondió que necesitaba perdonar a su padre. Esa noche tomó la decisión de perdonar, y mientras orábamos, el poder del Espíritu Santo vino sobre ella y cayó al suelo, temblando y llorando incontrolablemente. Continué ministrando al resto de las personas que estaban en el altar, y cuando salía de la iglesia más de una hora después, me di la vuelta para mirar el frente y ella todavía estaba en el piso, llorando.

Aproximadamente dos horas después, mientras conducía de regreso a casa, recibí una llamada telefónica del pastor de la iglesia. Me contó cómo el Espíritu Santo había restaurado y sanado el corazón de esa joven. El pastor también me dijo que cuando regresó a casa, mientras se preparaba para irse a la cama, ¡vio que las cicatrices de sus muñecas habían desaparecido por completo!

Una de las manifestaciones más asombrosas del poder del Espíritu Santo es cuando sana a los quebrantados de corazón. Su poder es capaz de llegar a lo más profundo de nuestros corazones, trayendo restauración a nuestras almas. Esto es verdaderamente un milagro, porque a través de la medicina se puede curar un cuerpo quebrantado, pero nunca un corazón quebrantado. Si pensamos que el cuerpo humano es complejo, nuestras almas lo son mucho más.

Nuestras almas no solo consisten en nuestro estado presente a través de nuestras emociones, sino también en nuestro pasado a través de nuestros recuerdos y nuestro futuro a través de nuestros sueños. El dolor generalmente se encuentra en nuestros recuerdos, afectando nuestras emociones presentes y nuestra capacidad para tomar decisiones. Esto limita nuestra capacidad de soñar y cumplir los propósitos que Dios ha preparado para nosotros. Debido a diferentes circunstancias y eventos, nuestras almas pueden resultar heridas, provocando un sufrimiento extremo y limitando nuestro potencial. Solo Jesús

a través del poder del Espíritu Santo, puede sanar nuestro corazón y quitar las cicatrices que las heridas han dejado.

El Espíritu Santo no vino sobre Jesús solo para darle poder para traer buenas nuevas. El Espíritu Santo también lo ungió para traer sanidad a aquellos que estaban heridos y dolidos en sus almas. Las Escrituras nos hablan de un fariseo que invitó a Jesús a cenar a su casa. Una mujer, que era conocida como pecadora, entró en la habitación y se arrodilló detrás de Jesús, llorando a sus pies. Ella comenzó a lavarle los pies con sus lágrimas ya secárselos con su cabello. Ella besó sus pies y los ungió con aceite fragante (Lucas 7:38). Ella no solo estaba muy necesitada de perdón; ella también estaba en una gran angustia emocional un estilo de vida pecaminoso generalmente conduce a profundas heridas emocionales. El rey David oró: "Señor, ten misericordia y compasión de mí, sana mi ser interior, porque he pecado contra ti" (Salmo 41: 4).

Mientras esta mujer se humillaba a los pies de Jesús, arrepintiéndose de sus pecados y adorándolo, estaba sucediendo algo sobrenatural. El Espíritu Santo, que estaba sobre Jesús, descendía sobre su vida, trayendo sanidad y restauración a su corazón. Jesús incluso le dijo: “Tus pecados te son perdonados. Tu fe te ha salvado. Vete en paz ”(Lucas 7:48, 50).

La mujer no solo recibió el perdón de sus pecados, también recibió la paz. Algo sobrenatural había sucedido en su alma. Su sufrimiento se había convertido en paz. Solo el Espíritu Santo puede transformar el dolor en paz, la depresión en gozo y el miedo en libertad. El propósito de la unción del Espíritu Santo es también "consolar a todos los que lloran, consolar a los que lloran en Sión, darles belleza por cenizas, aceite de gozo por luto, manto de alabanza por el espíritu de tristeza" (Isaías 61: 2-3).

Las consecuencias del pecado no solo provocan heridas en nuestro corazón, sino que el dolor también puede ser el resultado del abuso, el rechazo, el abandono, la traición, las injusticias, las tragedias e incluso las palabras que se pronuncian contra nosotros. El rey David escribió: "Sus insultos han quebrantado mi corazón y estoy desesperado" (Salmo 69:20). Jesús incluso dijo: "Es imposible que no vengan tropiezos" (Lucas 17: 1) y, "En el mundo tendrás tribulación" (Juan 16:33). La pérdida de un ser querido o la ruptura de una relación también afecta profundamente nuestra vida: “Por el dolor del corazón se quebranta el espíritu” (Prov. 15:13).

Nuestras emociones, y a veces incluso nuestro cuerpo físico, desarrollan síntomas debido a estas heridas. Es posible que estas heridas no se manifiesten necesariamente como dolor, pero pueden emerger como ira, odio y amargura. La Biblia nos dice: “No os turbe ninguna raíz de amargura que brote” (Hebreos 12:15). En otras ocasiones, el dolor puede manifestarse como ansiedad, depresión y miedo. Las Escrituras declaran: “La ansiedad en el corazón del hombre causa depresión” (Proverbios 12:25). El dolor puede incluso conducir al abuso de sustancias, adicciones, lujuria y rebelión; pero la causa fundamental es una herida abierta en el corazón.

Las causas de algunas enfermedades físicas también pueden tener raíces espirituales. Las Escrituras declaran: “El espíritu quebrantado seca los huesos” (Proverbios 17:22). Existe la idea errónea de que “el tiempo cura todas las heridas”, pero en realidad solo Jesús, a través del poder del Espíritu Santo, puede restaurar un corazón quebrantado.

Una estación de radio me pidió que participara en un programa en el que una jovencita iba a compartir su testimonio. Se suponía que debía llamar al final del programa para compartir unas palabras con la audiencia. Mientras estaba sentado en mi casa escuchando su testimonio, estaba realmente asombrado. Ella compartió que cuando era niña fue abusada física y verbalmente por su madre.

El rechazo que experimentó le provocó una profunda amargura en el corazón, al punto que no sintió ningún amor hacia su propia madre. A medida que siguió creciendo, comenzó a buscar algo que llenara su corazón y reemplazara el amor que necesitaba de su madre. Ella también comenzó a sentir rechazo hacia Dios por permitirle experimentar este rechazo inmerecido.

Incluso compartió que cuando alguien vino a contarle sobre el Señor, ella le respondió: "Como Dios me rechazó, yo también lo voy a rechazar". Su necesidad de afecto en medio de su soledad la llevó a una adicción al alcohol. Incluso comenzó a experimentar con drogas para llenar el vacío de su corazón. Como no encontró la respuesta en las drogas y el alcohol, comenzó a buscar el amor a través de muchas relaciones diferentes. Cuando ninguna de esas relaciones funcionó, comenzó a sentir aún más rechazo. Esto llevó a un fuerte deseo de suicidarse.

Durante este tiempo, otra persona vino a compartir con ella sobre el amor de Jesús y el poder del Espíritu Santo. En ese momento, se sintió intrigada por ver si Dios realmente existía. Cuando regresó a casa, hizo una búsqueda en Internet sobre el Espíritu Santo y encontró un video en el que yo estaba compartiendo el evangelio. Mientras miraba el video, dijo que se sentía como si le estuviera hablando directamente, y sin saber realmente la magnitud de su decisión, al final del video oró conmigo para recibir a Jesús. Estaba tan abrumada por la sensación de que yo le hablaba directamente, que hizo una búsqueda más extraña; se enteró de que, al día siguiente iba a estar hablando en una ciudad a solo unas horas de ella.

Decidió asistir al servicio y respondió al llamado al altar. Para su sorpresa, cuando la gente comenzó a recibir oración,

comenzaron a caer bajo el poder del Espíritu Santo. En su incredulidad, pensó que se estaban cayendo porque yo les había pagado. Así que esperaba que cuando yo orara por ella, no pasara nada. Continuó compartiendo con la audiencia de radio que yo le había preguntado si estaba buscando ser llena del Espíritu Santo. Después de decir "Sí", no recordaba haber dicho nada más hasta que se puso de pie de nuevo, llorando y diciendo: "¿Qué pasó?".

Terminó su testimonio compartiendo cómo fue el día más hermoso de su vida, porque su corazón había sido restaurado y lleno del Espíritu Santo. Pudo perdonar a su madre y se había liberado de sus adicciones. Al salir de la iglesia, dijo que se sentía como si caminara sobre nubes. Su vida se transformó por completo, su relación con su madre se restauró, y ahora había estado sirviendo al Señor de manera fabulosa durante más de cuatro años.

Después de su testimonio, fue un gran privilegio para mí compartir con la audiencia de radio cómo el Señor vino a este mundo a buscarnos, y cómo incluso si nuestro padre y madre nos dejaren, el Señor nos recibirá (Salmo 27:10). . El Señor nos espera con los brazos abiertos. Al regresar a Él, el Espíritu Santo no solo sanará nuestro corazón, sino que también traerá restauración a nuestras relaciones. Él convertirá los corazones de los padres a los hijos , y los corazones de los hijos a sus padres (Malaquías 4: 6).

En otra ocasión, me pidieron que orara en un hospital por una mujer que acababa de perder a su hijo. Oré por sus tiempos terribles, y cada vez que caía bajo el poder del Espíritu Santo, y el Señor le daba una visión diferente de su hijo en el cielo. En una de sus visiones, incluso vio a su hijo abrazando a Jesús. Todas estas experiencias eran reales para ella, y lo que sentía era tan hermoso que deseaba permanecer en el cielo.

El Espíritu Santo quería darle la seguridad de que su hijo estaba en un lugar mejor, y esas visiones le brindaron un gran consuelo en el corazón. El Espíritu Santo no solo sana, sino que también “consuela a los que lloran” (Isaías 61: 2, Juan 14:16).

## Restauración completa

El Señor se preocupa profundamente por todos los que están sufriendo. Las Escrituras nos dicen: “Cercano está Jehová a los que tienen un oído quebrantado” (Salmo 34:18). Él está más cerca de nosotros en los momentos de nuestro mayor dolor. Su profunda compasión lo atrae hacia los que sufren. No es indiferente a nuestra condición. Él siente nuestro dolor y puede identificarse con nosotros, porque también experimentó una gran agonía. Hablando de Jesús, las Escrituras nos dicen: 'Es despreciado y rechazado por los hombres, Varón de dolores y familiarizado con el dolor. Y escondimos, por así decirlo, de Él nuestro rostro; Fue menospreciado, y no le estimamos ”(Isaías 53: 3).

Fue despreciado y rechazado para que podamos ser aceptados en él. Experimentó dolor para que podamos ser consolados. En la cruz, fue castigado para que nuestras almas fueran sanadas. Las Escrituras nos dicen: “El castigo de nuestra paz fue sobre él” (Isaías 53: 5). Tan grande era su deseo de restaurar nuestros corazones que estaba dispuesto a atravesar la cruz; Lo hizo para que nuestros pecados fueran perdonados, para que pudiéramos recibir Su paz, y para que “la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guarde nuestro corazón y nuestra mente en Cristo Jesús” (Filipenses 4: 7).

Para experimentar Su restauración, debemos humillarnos y reconocer nuestras propias faltas. Debemos darnos cuenta de que también hemos maltratado a otros y que Jesús fue crucificado por nuestras

ofensas. Las Escrituras nos dicen que Él “fue entregado a causa de nuestras ofensas” (Romanos 4:25). La Palabra de Dios incluso continúa diciendo: “Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte a su debido tiempo, poniendo sobre él toda vuestra preocupación, porque él se preocupa por vosotros” (1 Pedro 5: 6- 7).

Para recibir Su sanidad, es extremadamente importante también perdonar a aquellos que son responsables del dolor en nuestras vidas. Las Escrituras nos aclaran: “No contristéis al Espíritu Santo de Dios, con quien fuisteis sellados para el día de la redención. Quiten de ustedes toda amargura, ira, ira, clamor y maldad, con toda malicia. Y sean amables unos con otros, misericordiosos, perdonándose unos a otros, como Dios en Cristo los perdonó a ustedes ”(Efesios 4: 30-32). Así como Jesús nos perdonó, aunque no merecíamos Su perdón, también debemos perdonar a los demás, aunque no merezcan nuestro perdón. Jesús dijo: “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (Mateo 5: 7).

Las Escrituras también declaran: “Por tanto, como elegidos de Dios, santos y amados, vestíos de tierna misericordia, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia; soportando unos a otros, y perdonando unos a otros, si alguien tiene una queja contra otro; así como Cristo os perdonó, así también vosotros debéis hacer ”(Colosenses 3: 12-13).

Jesús también declaró la importancia de perdonar a los odios: “Si tienes algo contra alguien, perdónalo, que tu Padre en el cielo también te perdone tus ofensas. Pero si no perdonáis, ni vuestro Padre celestial perdonará vuestras ofensas ”(Marcos 11: 25-26). Cuando Pedro le preguntó a Jesús: "Señor, ¿cuántas veces pecará mi hermano contra mí, y yo le perdonaré? ¿Hasta siete veces?" Jesús le dijo: “Yo no digo,

hasta siete veces, pero hasta setenta veces siete ”(Mateo 18: 21-22).

Mientras ministro en todo el mundo, he notado que es difícil para algunas personas experimentar la presencia de Dios. Cuando les pregunto si hay alguien a quien deben perdonar, la mayor parte del tiempo es una respuesta afirmativa. Y cuando les pregunto a quién deben perdonar, por lo general es alguien cercano a ellos: su padre, su madre o un amigo cercano o pariente. Las malas palabras y acciones injustas de aquellos a quien amamos tienen mayor influencia en nuestras vidas. Cuando la gente elige perdonar, he sido testigo muchas veces del Señor derramando Su Espíritu, trayendo completa restauración a sus corazones.

Mientras nos humillamos ante el Señor, escogiendo apartarnos de nuestros pecados y perdonar a los que han pecado contra nosotros, Jesús derramará Su Espíritu sobre nuestros corazones, trayendo sanidad completa: “Entonces rociaré sobre ustedes agua limpia, y sé limpio ... Te daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de ti; Quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne ”(Ezequiel 36: 25-26).

El Señor derrama Su amor sobre nuestros corazones a través del Espíritu Santo, y el amor perfecto echa fuera el temor (Romanos 5: 5, 1 Juan 4:18). Este es una experiencia sobrenatural. El Señor no solo limpia nuestros corazones, sino que Su Espíritu también opera en nuestras almas a través de Su amor. A medida que el Espíritu de Dios se mueve sobre nuestros corazones, la amargura, la ira, la culpa, la vergüenza, la depresión y el dolor abandonan nuestras almas y Él imparte Su amor, gozo, paz y libertad.

Un joven me compartió una vez cuando era niño, había recibido tanto rechazo de otros niños en la escuela que le había dejado una herida profunda en el corazón. Me dijo que mientras el Espíritu Santo lo ministraba, recibió una visión en la que vio un

pajarito tratando de volar con un ala rota. Cuando el pájaro intentaba despegar, volvía a caer y se hacía aún más daño. El joven sabía que este pajarito lo representaba. Luego vio a Jesús recoger el pájaro, y mientras lo sostenía en Sus manos, el ala rota fue sanada. Jesús le abrió las manos y el pájaro voló libremente. Las lágrimas corrían por el rostro del joven mientras compartía esta historia conmigo, porque su corazón ahora estaba restaurado y libre.

Las Escrituras también comparten la historia de un hombre que sufría de lepra, y debido a su enfermedad, su familia y la sociedad también lo rechazaron. Se vio obligado a vivir solo fuera de la ciudad. Cuando se enteró de que Jesús estaba en la ciudad, entró en la ciudad y se humilló ante Jesús arrodillándose ante Él. El hombre también lo adoró y dijo: "Señor, si quieres, puedes limpiarme". La Biblia nos dice que Jesús fue movido a compasión, y “extendió su mano y lo tocó, diciendo: Quiero; ser limpiado. Inmediatamente le dejó la lepra ”(Lucas 5: 12-13).

Cuando Jesús tocó a este hombre, el Espíritu del Señor que estaba sobre Jesús vino sobre este hombre en poder, trayendo no solo sanidad física, sino también sanidad emocional. Después de haber sido rechazado durante tanto tiempo, Jesús le mostró que era amado y aceptado. Al acercarnos a Jesús, buscándolo con humildad, Él también tocará nuestras vidas a través de Su Espíritu. Su toque curará y restaurará nuestras almas. Jesús no rechazó al hombre como todos los demás. De la misma manera, el Señor nunca nos rechazará cuando nos acerquemos a Él con humildad. Jesús dijo: “Al que a mí viene, no le echo fuera” (Juan 6:37).

Pedro creía que su amor por el Señor era mayor que el amor por otros discípulos. Creía que su amor era tan fuerte que estaría dispuesto a dar su vida por el Señor.

Cuando Jesús les dijo a sus discípulos que todos iban a tropezar a causa de Él, Pedro dijo que muriera Señor: "'Aunque todos sean hechos tropezar, yo no seré" (Marcos 14:29). Incluso después de que Jesús respondió que Antes de que el gallo cantara dos veces, Pedro lo negaría muchas veces, Pedro le respondió diciendo: "¡Si tengo que morir contigo, no te negaré!" Pedro le estaba diciendo al Señor que lo amaba más que a su propia vida, que creía que su amor por el Señor era incondicional.

Después de negar a Jesús muchas veces esa misma noche, Pedro se sintió tan desilusionado y herido que decidió volver a pescar. Jesús lo había llamado a ser pescador de hombres, pero debido a su fracaso, decidió volver a su antigua profesión. Muchas personas realmente creen que aman profundamente al Señor, y cuando le fallan al Señor en algún aspecto de sus vidas, creen que el Señor está decepcionado con ellos. El dolor y la frustración resultantes muchas veces les devuelven a su antiguo estilo de vida.

El Señor no sólo demostró Su asombroso amor y misericordia por Pedro al morir por él en la cruz, sino que incluso regresó a las costas del Mar de Galilea para buscar a Pedro nuevamente. En el mismo lugar donde Jesús había llamado por primera vez a Pedro para que lo siguiera, Jesús regresó para llamarlo nuevamente. El Señor está dispuesto a perdonarnos setenta veces siete, e incluso después de que le fallamos, Él continúa persiguiéndonos.

Pedro sintió tanta culpa y vergüenza cuando, cuando se dio cuenta de que el Señor estaba en la orilla esperándolo, se puso su manto exterior (porque se lo había quitado) y se sumergió en el mar ”(Juan 21: 7). Así como Adán y Eva se cubrieron después de fallar en el Señor, Pedro también se cubrió para acercarse al Señor. Ésa es la reacción que tiene la mayoría de las personas ante la presencia de Dios; Se sienten impíos debido a sus fracasos pasados y tratan de esconderse de Su presencia. Pero

El Señor continúa buscándonos y hace todo lo que puede para eliminar lo que nos separa de nuestra relación con Él. Incluso estuvo dispuesto a derramar Su propia sangre para que nuestros pecados, vergüenza y culpa nos fueran quitados. ¡Tan grande es su amor por nosotros!

Esa mañana, Jesús preparó el desayuno para sus discípulos y se sentó con ellos junto al fuego. Estoy seguro de que Pedro estaba pensando que la última vez que se sentó junto al fuego, había negado a Jesús. Jesús lo estaba llevando al lugar de su dolor para restaurar Su corazón, de manera similar, el Espíritu Santo a menudo se ocupará de nuestros fracasos y lamentos pasados para restaurar nuestra relación actual con Dios y confirmar Su propósito para nuestras vidas.

El Señor le hizo a Pedro tres preguntas diferentes. Para comprender realmente las preguntas que Jesús le hizo a Pedro y las respuestas que Pedro le dio, debemos darnos cuenta de que hay dos palabras griegas para amor: ágape y philia. Ágape es el verdadero amor incondicional. Este amor es desinteresado; da y no espera nada a cambio. Philia significa respeto afectuoso o amistad.

Primero, Jesús le preguntó: "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que estos?" Pedro había dicho anteriormente que, incluso si todos los discípulos anteriores negaran a Jesús, él nunca le fallaría. Pedro creía que su amor era tan profundo que incluso moriría por el Señor. Estaba insinuando que su amor era mayor que el de todos. Así que la primera pregunta que Jesús le hizo a Pedro fue si su amor por Él era ágape y mayor el amor de los demás. Pedro respondió que sí amaba a Jesús; sin embargo, Jesús sabía que el amor de Pedro no era ágape, sino simplemente philia. .

Después de negar al Señor en muchas ocasiones, Pedro había llegado a la conclusión de que su amor por el Señor era sólo por un amigo, y no por el tipo de amor incondicional que Jesús tenía.

demostrado al morir en la cruz por él. Aunque Pedro se sintió indigno, Jesús confirmó su llamado y el propósito de su vida. Le dijo a Pedro: "Apacienta mis corderos" (Juan 21:15).

Jesús volvió a preguntarle a Pedro si lo amaba con un amor tipo ágape, pero esta vez Jesús no lo comparó con el de los otros discípulos. Pedro respondió al Señor nuevamente, diciendo que él sabía que el amor de Iris era filia y no ágape. Jesús una vez más confinó su llamado a la vida de Pedro diciéndole: "Apacienta mis ovejas" (Juan 21:16).

La tercera vez que Jesús le preguntó a Pedro si lo amaba, el Señor usó la palabra philia en lugar de ágape. Jesús le preguntó a Pedro si lo amaba como a un amigo. Jesús siguió bajando el estándar con cada pregunta. Primero, preguntó si Pedro lo amaba no solo incondicionalmente, sino también más que a los demás. Continuó preguntándole a Pedro si lo amaba incondicionalmente. Y terminó preguntándole a Pedro si lo amaba como a un amigo. En ese momento, Pedro se entristeció, y una vez más respondió diciendo: “Señor, tú conoces todas las cosas; Tú sabes que te amo ”(Juan 21:17). Esta vez Pedro realmente dijo que sí a la pregunta que estaba haciendo Jesús. Admitió que su amor por el Señor era philia.

Pedro reveló que estaba entristecido y profundamente decepcionado con él mismo, sin embargo, Jesús confirmó su llamado una vez más al decirle a Pedro que apacienta sus ovejas (Juan 21:17). Pero ahora Jesús también dice algunos mosaicos asombrosos; le dice a Pedro: “Cuando seas viejo, extenderás tus manos, y otro te ceñirá y te llevará a donde no desees. Esto dijo, dando a entender con qué muerte glorificaría a Dios ”(Juan 21: 18-19).

Jesús profetizó a Pedro que iba a demostrar el mayor tipo de amor por

el Señor: “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus.

amigos ”(Juan 15:13). En otras palabras, Jesús le estaba diciendo a Pedro que su amor por el Señor sería mucho más que philia; En el amor por el Señor se volvería verdaderamente ágape.

Entonces Jesús le dijo las mismas palabras a Pedro que le había dicho en el mismo lugar unos años antes: "Sígueme". El Señor había restaurado el corazón de Pedro, y Pedro una vez más decidió dejar su barco de pesca para seguir a Jesús. Después del día de Pentecostés, Pedro se convirtió en pescador de hombres y cuidó de las ovejas del Señor. Multitudes acudieron a Jesús durante toda la vida de Pedro, y multitudes fueron sanadas mientras caminaba por las calles de Jerusalén. Se convirtió en uno de los líderes de la iglesia de Jerusalén. Incluso murió crucificado boca abajo, ya que se sentía indigno de morir de la misma manera que Jesús.

Como hemos visto, el Espíritu Santo nos hablará para traer restauración a nuestros corazones y nuestra relación con el Señor. Él nunca hablará para condenarnos, pero hablará “edificación, exhortación y consuelo a los hombres” (1 Corintios 14: 3). Nos revelará la misericordia y el amor que Jesús tiene por nosotros. Él siempre nos animará a cumplir el llamado de Dios a nuestras vidas. Él nunca se dará por vencido con nosotros, y así como Jesús persiguió y restauró a Pedro, cuando fallamos, el Espíritu Santo nos perseguirá para traer corrección y restauración.

El Señor no solo quería restaurar el corazón de Pedro; También quería usar la vida de Pedro para curar a los otros. Jesús le dijo: “Cuando hayas vuelto a mí, fortalece tus hermanos” (Lucas 22:32). De manera similar, el Espíritu Santo no solo anhela sanar nuestros corazones quebrantados, sino que también desea ungir nuestras vidas para traer sanidad a los demás a través de Su poder. El Espíritu Santo desea enviarnos a sanar a los quebrantados de corazón, porque así como el Padre envió a Jesús, ¡Él también nos envía a nosotros! (Lucas 4:18, Juan 20:21)

Cuando un médico realiza una cirugía, primero usa el bisturí para hacer una incisión, con el fin de llegar al área que necesita ser curada. Sin embargo, en lugar de un bisturí, el Espíritu Santo usa una espada. La espada del Espíritu es la palabra de Dios: “La espada del Espíritu, cabrestante es la palabra de Dios ”(Efesios 6:17). Tiene una espada aguda de dos filos: “Porque la palabra de Dios es viva y poderosa, y más cortante es toda espada de dos filos, que penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón ”(Hebreos 4:12).

Un filo de Su espada es verdad y el otro es gracia: “El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros ... lleno de gracia y justicia” (Juan 1:14). Él corta al convencernos de pecado y confrontarnos con la realidad de nuestra necesidad de arrepentirnos y perdonar a los demás; al mismo tiempo, nos muestra su gracia al aceptarnos y curar nuestras heridas. Él es el Espíritu de la Verdad y el Espíritu de la Gracia (Juan 14:17, 15:26, 16:13, Zacarías 12:10,

Hebreos 10:29).

Capítulo diez

El poder del Espíritu Santo para liberar a los oprimidos

# *El Espíritu del Señor está sobre mí, Por cuanto me ha ungido Para* pregonar libertad a los cautivos, A poner en libertad a los oprimidos.

*Lucas 4:18*

## Verdadera libertad

Era cerca de la medianoche en Puerto Rico cuando el pastor y yo dejamos el servicio de la iglesia. Había sido una noche gloriosa; la gente había sido salva, sanada y llena del Espíritu Santo. Habíamos experimentado una poderosa manifestación del reino de Dios,

y nuestro corazón se llenó de gozo. Cuando salimos, vimos una ambulancia a una cuadra de la iglesia. La calle estaba oscura y lloviznaba; pero aún podíamos ver las luces de la ambulancia. Preocupados por la situación, decidimos acercarnos para ver qué había pasado.

Cuando nos acercábamos a la escena, una mujer vino corriendo hacia nosotros e insistió en que necesitaba hablar conmigo. Me dijo que estaba en el servicio con su hija, pero cuando se hizo el llamado al altar, decidieron no responder. Al salir de la iglesia, su hijo vino a recibirlos, y se habían peleado en el cabrestante. El pie de su hija estaba gravemente herido. La ambulancia que vimos había venido para llevarla al hospital.

Con lágrimas en los ojos, la mujer dijo que quería entregar su vida a Jesús. Tomé el cuerpo de sus manos y la guié en una oración para recibir a Jesús. Para mi asombro, cuando dijo: "Amén", comenzó a temblar violentamente y cayó al suelo; su cuerpo comenzó a retorcerse y girar, y comenzó a gruñir.

Cuando la miré a los ojos, todos estaban llenos de maldad y odio. Sabía que era un espíritu demoníaco que se manifestaba en ella, así que dije: "¡Sal de ella el nombre de Jesús!" El espíritu maligno me habló con una voz dura y dijo: "¡No!" En el nombre de Jesús, até al espíritu maligno. Cuando la mujer recuperó la razón, le pregunté si había algún pecado específico que debía confesar al Señor, y si había alguien a quien necesitaba perdonar. Ella confesó que estaba usando drogas ilegales y que necesitaba perdonar a su padre. Esa noche, tomó la decisión de perdonar a su padre y renunciar a las drogas. Cuando oramos de nuevo, el espíritu maligno trató de manifestarse una vez más. Pero esta vez cuando le ordené que se fuera, ella asintió con la cabeza y comenzó a toser y vomitar cuando el espíritu maligno la abandonó.

Ella fue liberada, y cuando oramos para que fuera llena del Espíritu Santo, volvió a caer bajo el poder de Dios. Pero esta vez, pudimos ver una paz abrumadora en su rostro. Cuando se levantó, estaba totalmente libre. Su padre acababa de llegar para ver qué había sucedido; ella lo abrazó y lloraron juntos.

Cuando nos volvíamos para irnos, los paramédicos, que vieron todo lo que había sucedido, me pidieron que fuera a la ambulancia para orar también por la joven. Entré a la ambulancia y le dije que el Señor le estaba dando una segunda oportunidad. Con lágrimas en los ojos, decidió recibir a Jesús en su corazón. Luego oré para que sanara su pie y me dijo que todo el dolor había desaparecido de su pie. Al día siguiente era domingo, y en el servicio de la mañana, las dos primeras en subir al altar fueron la mujer y su hija.

## La unción destruye el yugo

La unción del Espíritu Santo trae libertad a los oprimidos: “Sucederá en ese día que su carga será quitada de tu hombro y su yugo de tu cuello, y el yugo será destruido a causa de la aceite de la unción ”(Isaías 10:27). Solo el poder del Espíritu Santo puede liberarnos de adicciones, maldiciones y opresión demoníaca. Y sólo a través de Su poder podemos ministrar liberación a los otros. La Palabra de Dios dice: “Ahora el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, hay libertad ”(2 Corintios 3:17).

Hay una verdadera batalla espiritual por nuestros almas. Las Escrituras explican: “Porque no luchamos contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los

gobernantes de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en los lugares celestiales ”(Efesios 6:12). Las personas no son nuestros enemigos; nuestro enemigo es satanás. La Palabra de Dios también nos advierte que “seamos sobrios, estén alerta; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar ”(1 Pedro 5: 8).

El propósito de nuestro enemigo está claramente descrito en las Escrituras. Jesús dijo: “El ladrón no viene sino para robar, matar y destruir. Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia ”(Juan 10:10). Todo lo que tenga que ver con matar , robar y destruir no viene de Dios. Nuestro Dios es bueno y su deseo es bendecir a sus hijos.

El enemigo es el que quiere robarnos nuestra alegría y nuestra paz; Su voluntad es matar los sueños y propósitos de Dios para nuestras vidas. En última instancia, su deseo es destruir nuestras familias, la salud y las almas eternas. Nunca debemos confundirnos: Dios es bueno, el diablo es malo. Las Escrituras declaran: "Toda buena dádiva y todo don perfecto es de lo alto, y desciende del Padre de las luces, donde no hay variación ni sombra de variación" (Santiago 1:17).

Jesús no vino sólo para salvar y sanar, vino también para destruir las obras del diablo: "" Para este propósito fue manifestado el Hijo de Dios, para destruir las obras del diablo "(1 Juan 3: 8) . El ministerio de Jesús no solo se caracterizó por la curación de los enfermos, sino también por la liberación que trajo a los que sufrían de opresión espiritual: "" Le llevaron a todos los enfermos que padecían diversas enfermedades y dolencias, y aquellos que estaban poseídos por demonios, epilépticos y paralíticos; y los sanó ”(Mateo 4:24).

Las Escrituras continúan diciendo: “Le trajeron muchos endemoniados. Y expulsó los espíritus con una palabra, y sanó a todos los que estaban enfermos ”(Mateo 8:16). Jesús declaró: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido ... para proclamar libertad a los cautivos ... para poner en libertad a los oprimidos” (Lucas 4:18).

La forma en que Jesús pudo destruir las obras del enemigo fue por el poder del Espíritu Santo. Las Escrituras explican: "Cómo Dios ungió a Jesús de Nazaret con el Espíritu Santo y con poder, el cual anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él" (Hechos 10:38).

Jesús mismo declaró: “Pero si expulso demonios por el Espíritu de Dios, ciertamente el reino de Dios vendrá sobre ustedes” (Mateo 12:28). Los espíritus malignos sólo se van por el poder del Espíritu Santo. El poder del Espíritu Santo es mucho mayor que el de cualquier espíritu maligno. Cuando el reino de Dios se manifiesta, los espíritus malignos tienen que huir. Incluso una legión de demonios no puede oponerse a la audiencia de Jesús y al poder del Espíritu de Dios (Marcos 5: 1-20).

Cuando Jesús comenzó Su ministerio, después de enseñar sobre el sabbat, “había un hombre en su sinagoga con un espíritu inmundo. Y gritó diciendo: ¡Déjanos solos! ”(Marcos 1: 23-24). El enemigo quiere que lo dejen solo. Quiere hacer su trabajo sin estar expuesto. Pero Jesús lo reprendió públicamente, diciendo: "¡Cállate y sal de él!" “Y cuando el espíritu inmundo lo convulsionó y clamó a gran voz, salió de él” (Marcos 1: 25-26). Jesús no dejó solo al espíritu; Lo enfrentó y lo echó fuera. El enemigo desea que creamos que las causas de nuestra angustia emocional y problemas psicológicos son causadas únicamente por las tragedias que sufrimos.

Enfrentamos nuestro pasado y las ofensas que recibimos de otros. Pero el Señor quiere abrirnos los ojos para ver la realidad de la opresión demoníaca detrás de algunos trastornos mentales.

## La realidad del mundo espiritual

Según la Palabra de Dios, los espíritus malignos pueden influir en los pensamientos y emociones de las personas. La Palabra de Dios habla del espíritu de temor: “Porque no nos ha dado Dios espíritu de temor, sino de poder, de amor y de dominio propio” (2 Timoteo 1: 7). El espíritu maligno usa el miedo para paralizar nuestros sueños. El miedo es la causa fundamental de la mayoría de los trastornos mentales. El espíritu de miedo provocará un desequilibrio químico en nuestro cerebro que traerá depresión, ansiedad y diferentes tormentos en nuestra vida: “El miedo implica tormento” (1 Juan 4:18).

No todos los trastornos mentales son causados por un espíritu maligno, pero no podemos ignorar el hecho de que el enemigo también ataca nuestra mente. Por otra parte, el Espíritu Santo llenará nuestros corazones de fe en lugar de miedo. Él es el Espíritu de fe (2 Corintios 4:13). Él nos llenará de Su amor, dándonos una mente sana, y Su perfecto amor echará fuera el temor (1 Juan 4:18). El Espíritu Santo llena nuestras mentes con revelación, conocimiento, entendimiento y sabiduría (Daniel 5:12, Isaías 11: 2, Efesios 1:17).

Las Escrituras también declaran que la unción del Espíritu Santo nos dará “el aceite de gozo por el duelo, el manto de alabanza por el espíritu de tristeza” (Isaías 61: 3). El espíritu de pesadumbre desea cubrir nuestras mentes con una nube de oscuridad y desesperación. Este espíritu quita nuestra esperanza, nuestro deseo de vivir y nuestra libertad para disfrutar la vida.

Por otro lado, Dios anhela cubrirnos con Su manto de alabanza, derramando sobre nuestros corazones Su Espíritu de gozo (1 Tesalonicenses 1: 6). El apóstol Pablo oró: “Ahora que el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo” (Romanos 15:13). La verdadera liberación del miedo, la depresión y la ansiedad, y la restauración del gozo, la paz y la esperanza, sólo se obtiene por el poder del Espíritu Santo.

Los espíritus malignos también desean destruir nuestro cuerpo físico. Las Escrituras nos cuentan la historia: “Había una mujer que tenía un espíritu de infinidad durante dieciocho años, y estaba encorvada y de ninguna manera podía levantarse” (Lucas 13:11). No todas las enfermedades son causadas por un espíritu maligno, pero debemos aceptar el hecho de que, según las Escrituras, hay espíritus malignos que vienen a traer enfermedades a la vida de las personas. Jesús liberó a esta mujer del espíritu maligno, y “en seguida fue enderezada y glorificó a Dios” (Lucas 13:13). Ésta es una historia asombrosa de cómo la esfera espiritual puede afectar la esfera física. Los médicos nunca hubieran diagnosticado el problema como causado por un espíritu maligno, sin embargo, Jesús nos revela que muchas veces se necesita una liberación espiritual para que alguien pueda ser sanado físicamente.

En otra ocasión, Jesús curó a un niño sordo y mudo al enfrentarse a un espíritu maligno. El evangelio de Marcos comparte: “Él reprendió al espíritu inmundo, diciéndole: ¡Espíritu mudo y mudo, te mando, sal de él y no entres más en él!” El espíritu gritó, lo convulsionó mucho y salió de él ”(Marcos 9: 25- 27). El joven cayó bajo el poder del Espíritu Santo, y la gente pensó que estaba muerto. “Pero Jesús, tomándolo de la mano, lo levantó y se levantó” (Marcos 9:27).

Después de que Jesús ascendió al cielo, sus discípulos continuaron haciendo las obras que él hizo, incluida la liberación de quienes estaban atados por espíritus malignos. El apóstol Pablo ordenó a un espíritu de adivinación que poseía una joven que saliera de ella diciendo: "Te mando en el nombre de Jesucristo que salgas de ella / Y él salió en la misma hora" (Hechos 16:18 ).

Incluso hoy en día, el Señor desea entregar vidas que están sufriendo y siendo atormentados por espíritus demoníacos. Li Hungría, mientras oraba por diferentes necesidades en la vida de las personas después de un servicio, una familia me pidió que orara por una niña que era completamente sorda. Cuando le tapé los oídos con las manos y le ordené al espíritu sordo que la dejara en el nombre de Jesús, el poder del Espíritu Santo vino sobre ella y cayó al suelo de la iglesia. Comenzó a girar y girar en el suelo hasta que se soltó, y luego se quedó completamente quieta. Cuando se puso de pie de nuevo, pudo oír perfectamente a través del cuerpo de sus oídos.

Cuando ministré en Cuba, un joven estaba afuera de la iglesia escuchando el mensaje. De repente comenzó a temblar bajo el poder del Espíritu Santo, después de que se fue. Al día siguiente, mientras caminábamos con los pastores en la plaza del pueblo, se acercó a nosotros y nos preguntó qué era lo que había sentido el día anterior. Dijo que era la primera vez en su vida que había sentido paz. Compartimos el evangelio con él y, arrepintiéndose de sus pecados, decidió recibir a Jesús en su corazón. Pero mientras orábamos por él, comenzó a retorcerse en el suelo y a gruñir en voz alta como un animal. Cuando ordenamos a los malos espíritus que se fueran, vomitó varias veces. Cuando se levantó, estaba completamente transformado y lleno de alegría. El Señor no solo lo había salvado, sino que también lo había librado de la homosexualidad.

Después de un servicio juvenil en Colombia, un joven también manifestó un espíritu maligno al gritar y actuar como un animal. Alguien intentó acercarse a él, pero el joven lo empujó con tanta fuerza que cayó varios metros hacia atrás. El joven era tan agresivo que nadie se atrevió a acercarse a él. Le ordené al espíritu maligno que se fuera en el nombre de Jesús, y cuando el espíritu se fue, entró una señorita que también estaba en el servicio. Ella comenzó a actuar de una manera muy similar, y mientras la ministramos, nos enteramos de que estaba en una relación promiscua con el joven que acababa de dar a luz. Ambos se arrepintieron de sus pecados y entregaron sus vidas a Jesús. Ambos fueron entregados en las colinas y llenos del Espíritu Santo esa misma noche.

## Derechos legales

Para caminar en total libertad, debemos entender que el mundo espiritual se basa en derechos legales. Tu cuerpo es similar a tu hogar. Tú decides quién entrará allí. Puedo tocar la puerta de su casa, pero depende de usted si me deja entrar. Usted tiene los derechos legales sobre su casa y usted determina a quién le da los derechos para entrar. Jesús nos dice: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él, y él estará conmigo ”(Apocalipsis 3:20). Cuando oramos para recibir a Jesús como nuestro Señor y Salvador, Él literalmente entra en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo. A medida que nos entregamos a las diferentes áreas de nuestras vidas para el Señor a través del arrepentimiento, Él llena nuestras “habitaciones” con Su Espíritu.

El enemigo también llama a la puerta de nuestro corazón a través de diferentes tentaciones, y nos corresponde a nosotros no dejarlo entrar:

“El pecado yace a la puerta. Y su deseo es para ti, pero tu

debería gobernar sobre si '(Génesis 4: 7). Cuando las personas pecan intencionalmente, le están dando al enemigo derechos legales para influir en sus vidas, pero cuando elegimos caminar en santidad, el enemigo no tiene derechos legales sobre nuestras vidas: “Enfadarte y no pecar, no dejes que el sol desciende sobre tu ira, ni dejes lugar al diablo ”(Efesios 4: 26-27).

Es importante vivir una vida santa, para que podamos caminar en libertad espiritual. Las Escrituras declaran: “Se hará una calzada y un camino, y se llamará la Calzada de la Santidad. Ningún león morirá, ni subirá sobre él bestia rapaz; no se hallará más ”(Isaías 35: 8-9). Jesús incluso declaró que el enemigo no lo tenía controlado, porque vivía en perfecta santidad (Juan 14:30). Para que seamos libres, debemos confesar y arrepentirnos específicamente de nuestros pecados. A través del arrepentimiento, le damos a Dios los derechos legales que habíamos cedido al enemigo.

Nuestros ojos y oídos también son puertas de nuestra alma. Debemos tener cuidado con lo que vemos y escuchamos si queremos que nuestras vidas permanezcan llenas del Espíritu Santo. Jesús dijo: “La lámpara del cuerpo es el ojo. Por tanto, cuando tu ojo es bueno, todo tu cuerpo también está lleno de luz. Pero cuando tu ojo está malo, también tu cuerpo está en tinieblas ”(Lucas 11:34).

El enemigo también tiene acceso a la vida de las personas debido a la falta de perdón. El apóstol Pablo escribió: “Ahora, a quien perdonas algo, yo también perdono. Porque si en verdad he perdonado algo, lo he perdonado por causa de vosotros en la presencia de Cristo, para que Satanás no se aproveche de nosotros, porque no ignoramos sus maquinaciones ”(2 Corintios 2: 10-11). Para caminar en libertad, es vital que hagamos lo que Jesús dijo: “Ama a tus enemigos, haz el bien a los que te odian, bendice a los que te

te maldicen, y ora por los que te maltratan ”(Lucas 6: 27-28).

Las personas también otorgan derechos legales a los espíritus malignos y permiten que esos espíritus influyan en sus vidas al involucrarse en lo oculto. Los que practican la brujería, la adivinación o la hechicería, y los que conjuran hechizos, están abriendo sus vidas a los espíritus demoníacos. Las personas que consultan a los médiums y los que llaman a los muertos también están abriendo sus corazones a los espíritus malignos (Deuteronomio 18: 10- 12, 2 Reyes 21: 6, 2 Crónicas 33: 6).

Incluso si las personas buscan ayuda inocentemente con buenas intenciones, el enemigo aún se aprovechará de la autoridad que se le ha dado para, en última instancia, traer destrucción a sus vidas. Las personas que han estado involucradas en el ocultismo, pero que desean vivir en libertad, deben renunciar a estas prácticas y hacer a Jesús su Señor y Salvador de sus vidas.

El enemigo también tiene el derecho legal de matar, robar y destruir vidas que practican la idolatría. Cuando las personas se postran ante un ídolo, en realidad están dando al demonio que opera a través de la audiencia del ídolo sobre sus vidas (Deuteronomio 32: 16-17, Apocalipsis 9:20). Según las Escrituras, estos espíritus demoníacos traen pobreza, perversión y enfermedad mental (Jeremías 50: 36-38). Mucha gente hoy se postra ante estatuas, santos y vírgenes, sin darse cuenta de que Dios dijo: “No te harás ídolos; no levantaréis para vosotros imagen tallada ni columna sagrada; ni pondrás piedra grabada en tu tierra para postrarte ante ella; porque yo soy el SEÑOR tu Dios ”(Levítico 26: 1).

Las Escrituras son muy claras cuando dicen: "Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo Hombre" (1 Timoteo 2: 5). Los que han estado involucrados

En las religiones falsas o en la idolatría también conviene renunciar a estas prácticas, y al hacer de Jesús su Señor y Salvador, el enemigo perderá sus derechos legales sobre sus vidas.

Cuando Jesús nos enseñó a orar, nos dio las claves de la libertad espiritual. Él nos enseñó que debemos decir: “Y perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores” (Mateo 6:12). Jesús nos enseñó a tratar primero con la raíz del problema. Primero, debemos arrepentirnos específicamente de nuestros pecados, y también debemos perdonar a los que odian. Entonces Jesús nos enseñó a continuar orando por nuestra liberación diciendo: “Líbranos del maligno” (Mateo 6:13). Una vez que el enemigo pierde sus derechos legales sobre nuestras vidas, debemos ordenarle en el nombre de Jesús que se vaya.

La Escritura nos dice: “Por tanto, sométanse a Dios. Resiste al diablo y huirá de ti ”(Santiago 4: 7). Podemos resistir al diablo, pero si no nos sometemos primero a Dios, el diablo no huirá de nosotros. También podemos someternos a Dios, pero si no resistimos al diablo, él no huirá de nosotros. Debemos hacer bodi: someter nuestra voluntad a la voluntad de Dios *y*rechazar al enemigo. Nos sometemos a Dios arrepintiéndonos de nuestros pecados y perdonando a los odios. Resistimos al diablo ordenándole en el nombre de Jesús que se vaya. Jesús dijo: “Estas señales seguirán a los que creen: en mi nombre echarán fuera los demonios” (Marcos 16:17).

Las personas estaban alineadas en el altar, esperando recibir la oración para ser llenas del Espíritu Santo. Mientras se escuchaba una suave música de adoración de fondo, yo estaba orando y poniendo las manos sobre cada uno de ellos. Fue realmente hermoso ver la paz que venció a todas las personas mientras caían bajo la unción y estaban llenos del Espíritu de Dios.

Había una presencia muy poderosa, pero amable, del Señor entre nosotros. En momentos como estos, cuando manifiesta Su

reino y gloria, no hay lugar en la tierra en el que prefiera estar. Sin embargo, cuando me acerqué a una mujer en la fila para orar por ella, gritó violentamente. Abrió los ojos y, mientras seguía gritando, me miró directamente a los ojos con odio extremo. Realmente pude ver maldad en sus ojos.

Mientras oraba por ella, se cayó al suelo y siguió gritando agresivamente. El espíritu maligno de Tiro comenzó a hablar, diciendo que tenía derecho a estar allí por un tatuaje que tenía en la espalda, en el nombre de Jesús, rompí la maldición que estaba sobre ella por ese tatuaje, y como le ordené. el espíritu maligno que salía de ella, empezó a toser y vomitar en el suelo. Ella experimentó una liberación y comenzó a llorar de alegría.

La mujer se puso de pie, y con lágrimas en los ojos, me abrazó diciendo que estaba libre. Luego levantó las manos y comenzó a agradecer al Señor por su libertad. Fue asombroso ver el cambio en su rostro. Sus ojos cambiaron de estar llenos de ira y odio a estar llenos de alegría y gratitud. Al día siguiente, regresó al servicio y me dijo que había dormido bien por primera vez en muchos años y se sentía completamente libre. Varios meses después, me envió su testimonio:

“Soy originario de Panamá y tengo cincuenta y cinco años. Nací de padres divorciados y, al crecer, mi madre me abusaba verbalmente constantemente. Como me sentí rechazado por mi madre, me sentí obligado a casarme cuando tenía diecisiete años para dejar mi casa. Mi matrimonio fracasó y me involucré en la prostitución. A la edad de veinte años, estaba practicando la brujería y la santería, que es el culto a los santos. Dediqué mi hogar a los ritos satánicos y comencé a expandir este negocio que creía que era para ayudar a otros. comencé

visitar cementerios para invocar los espíritus de los muertos. Había leído y había leído muchos libros sobre santería. En mi ceguera espiritual, estaba llenando mi vida de demonios y no lo sabía. Visité a otros hechiceros, pero mi vida y mis relaciones continuaron empeorando. Los hombres continuaron abusando de mí y humillándome. Ilíada sin estabilidad emocional, ni económica en mi vida, en mi desesperación hice un pacto entre el bien y el mal al tatuarme un santo en la espalda pensando que esto me protegería. También intenté suicidarme y asesinar a mis propios hijos y a mi madre varias veces, pero no tuve éxito ”.

en medio de su desesperación, Jesús vino a rescatarla. Continuó escribiendo: “Algunos amigos cristianos me invitaron a la iglesia y allí comenzó el proceso de mi liberación. El diablo se me aparecía tratando de volverme loco, pero el Señor en su infinito amor me tomó de la mano y no me soltó. Durante este tiempo, asistí a una cruzada y el Señor usó al evangelista Andrés Bisonni para liberarme por completo. Doy gracias al Señor porque hoy disfruto de todas las promesas y bendiciones que me ha dado. Desde que entró en mi vida, ahora sonrío, tengo paz y soy feliz. Jesús ha llenado mi vida por completo ”.

## Compasión por los heridos

El énfasis en ministrar liberación nunca debe estar en los espíritus malignos, sino en traer libertad a personas reales que han estado bajo un tormento absoluto y un tremendo sufrimiento. Debemos darnos cuenta de que la opresión demoníaca es real incluso hoy y que está trayendo gran sufrimiento a muchas vidas. Jesús estaba dispuesto a cruzar el mar de Galilea solo para traer la libertad a un hombre que estaba bajo gran tormento. Las Escrituras nos dicen: “Y siempre, de día y de noche, estaba en los montes y en los sepulcros, clamando y cortándose con piedras” (Marcos 5: 5).

Imagínese el tremendo sufrimiento psicológico y físico que los demonios le estaban infligiendo a este hombre. De manera similar, hoy en día hay personas en todo el mundo que están experimentando una angustia mental, emocional y espiritual increíble. Después de que Jesús liberó a este hombre de una legión de demonios, las Escrituras nos dicen que la gente “vino a Jesús y vio al que había estado endemoniado y que había tenido la legión, sentado, encerrado y en su sano juicio” (Marcos 5 :15). La mente de este hombre fue restaurada después de que fue liberado de los demonios.

Jesús ama a la gente, y esa es la razón por la que nos envía con el poder de su Espíritu para traer libertad a aquellos que están siendo torturados por espíritus demoníacos. Jesús les dio a sus discípulos “poder y audiencia sobre todos los demonios” (Lucas 9: 1). Incluso les prometió: “He aquí, os doy autoridad para hollar serpientes y escorpiones, y sobre todo el poder del enemigo, y la noción de ningún modo os dañará” (Lucas 10:19). El poder viene cuando el Espíritu Santo no solo nos llena, sino que también se manifiesta sobre nosotros. Nuestra audiencia sólo viene en el nombre de Jesús debido a su triunfo sobre todos los poderes y principados en la cruz (Colosenses 2:15).

Capítulo once

El poder del Espíritu Santo para curar a los enfermos

# *El Espíritu del Señor está sobre mí,*

*Por cuanto me ha ungido para proclamar la recuperación de la vista a los ciegos;*

*Lucas 4:18*

## Milagros

Durante los primeros veintidós años de mi vida, nunca escuché que Dios todavía sana a los enfermos hoy en día, y nunca vi ocurrir ni un solo milagro. Mi deseo era ayudar a los que sufren a través de la medicina; orar por los enfermos nunca se me había pasado por la cabeza, aunque había leído la Biblia de tapa a tapa.

Cuando me encontré en medio del avivamiento en Argentina, asistí a un servicio en la iglesia donde un evangelista estaba orando por los enfermos. Nunca había visto nada similar. Estaba intrigado, ya que mi deseo era estudiar medicina. Comencé a ver y escuchar testimonio tras testimonio de personas que fueron sanadas durante la reunión de esa noche.

Mientras estaba en la parte de atrás de la iglesia, las lágrimas comenzaron a rodar por mi rostro. Superado por la emoción, pensé: “Este es el Dios del que he oído y leído sobre toda mi vida. Este es el Dios en quien creo. Este es el Dios de Israel. Este es el Dios que se reveló a través de Jesucristo. Este es el Dios que habita en medio de Su pueblo, manifestando Su gloria. No ha cambiado ". Mientras estaba a distancia, un profundo deseo comenzó a arder en mi corazón de acercarme más a Dios y conocerlo más.

Este viaje me llevó a darme cuenta de que el secreto para que ocurran los milagros es el poder del Espíritu Santo. No hay mayor poder en el universo que el poder del Espíritu de Dios. No hay ninguna enfermedad que Él no pueda curar. No hay quebrantamiento que Él no pueda restaurar. Cuando el Espíritu Santo manifiesta Su poder, ocurren milagros. Para el poder del Espíritu Santo, no es imposible.

Cada milagro que tuvo lugar en la persona de Jesús fue debido a la unción del Espíritu Santo sobre Su vida. Jesús no hizo ningún milagro hasta que el Espíritu del Señor vino sobre él. Aunque era Dios, Jesús vivió en este mundo como un hombre (Filipenses 2: 5-8). Jesús es el ejemplo a seguir para nosotros, y todos los milagros que el Espíritu Santo hizo a lo largo de Su vida, Él desea hacerlos también a través de la nuestra (Juan 14:12).

Pedro creía en Jesús, y aunque le había fallado en repetidas ocasiones, decidió seguir al Señor. Después de haber sido investido con el poder del Espíritu Santo el día de Pentecostés, Pedro se puso de pie y predicó ante miles. El Espíritu Santo le había quitado el miedo y lo había llenado de valentía. Pedro también comenzó a hacer las obras de Jesús. Las Escrituras declaran: “Sacaron a los enfermos a las calles y los acostaron en camas y sofás, para que al menos la sombra de Pedro que pasara cayera sobre algunos de ellos. También una multitud avanzó desde las ciudades vecinas a Jerusalén, trayendo enfermos y personas atormentadas por espíritus inmundos, y todos fueron sanados ”. (Hechos 5: 15-16) No fue la sombra de Pedro la que sanó a los enfermos.

Es fácil creer que Jesús sanó a todos los que vinieron a Él, porque Él es Dios; sin embargo, las Escrituras nos dicen que el Señor también sanó a todos a través de Pedro, que era humano, al igual que tú y yo. El mismo poder que descansó sobre Jesús y Pedro también puede descansar sobre nuestras vidas. Los mismos milagros que tuvieron lugar en sus vidas también pueden ocurrir en nuestras vidas. El Espíritu Santo no ha cambiado. Él todavía ama a la gente y anhela curar a los que están sufriendo.

## La bondad de dios

Para ser usados por el Espíritu Santo para traer sanidad a los enfermos, debemos tener la seguridad en nuestros corazones de que Dios es bueno y misericordioso. Las Escrituras declaran: “¡oh, da gracias al Señor, porque Él es bueno! Porque su misericordia permanece para siempre ”(Salmo 107: 1). No solo debemos saber que Él es bueno, también debemos experimentar Su bondad. Las Escrituras nos dicen: "Oh,

gustad y ved que el Señor es bueno; ¡Bienaventurado el hombre que confía en él! " (Salmo 34: 8) Para que podamos experimentar las profundidades de Su bondad, debemos estar expuestos a la gloria de Dios (Éxodo 33:19).

Cuando Salomón consagró el templo, los hijos de Israel experimentaron Su bondad. Las Escrituras nos dicen: “Cuando todos los hijos de Israel vieron cómo descendía el fuego y la gloria del Señor en el templo, inclinaron sus rostros a la tierra sobre el pavimento, adoraron y alabaron al Señor, diciendo: Porque Él es bueno, porque su misericordia permanece para siempre ”(2 Crónicas 7: 3). El Señor es extremadamente bueno.

Una vez que experimentamos Su bondad, nunca más nos atreveríamos a creer que las enfermedades vienen de Él; Nunca más jamás consideraríamos la enfermedad como parte de Su voluntad para nuestras vidas. Oraremos con nueva audacia y seguridad contra todo tipo de enfermedad. Es un buen padre y desea dar buenos regalos a sus hijos. Jesús dijo: "Si, siendo malo, sabes dar buenos regalos a tus hijos, ¡cuánto más tu Padre que está en el cielo dará buenos regalos a quien se lo pida!" (Mateo 7:11)

## La perfecta voluntad de Dios

Dios no solo desea curar a algunas personas, Su voluntad es curar a todos los que le piden curación. Su perfecta voluntad se revela en la vida de Jesús. Si queremos saber cómo es Dios, debemos mirar a Jesús. Jesús dijo: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14: 9). Jesús sanó a todas las personas que acudieron a él. Las Escrituras declaran: “Cuando llegó la noche, le trajeron muchos endemoniados. Y expulsó el espíritu con una palabra, y

sanó a todos los que estaban enfermos ”(Mateo 8:16). Las Escrituras incluso continúan declarando: “Y le siguió mucha gente, y los sanó a todos” (Mateo 12:15).

La motivación de Dios para sanar es su amor y compasión hacia los que sufren. La Biblia nos dice: “Cuando Jesús salió, vio una gran multitud; y tuvo compasión de ellos y sanó a sus enfermos ”(Mateo 14:14). Dios no ha cambiado; Él es el mismo ayer, hoy y por los siglos (Hebreos 13:18). Así como Jesús se compadeció cuando vio a los enfermos, también se compadeció cuando ve el sufrimiento de hoy. Él deseaba curar a todos hace cientos de años y desea curar a todos hoy.

## El nuevo pacto

El deseo del Señor de sanarnos es tan grande que en la cruz no solo estableció un pacto con nosotros para el perdón de nuestros pecados, sino que Su cuerpo también fue quebrantado para que podamos ser sanados físicamente. Las Escrituras declaran: “Herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestras iniquidades; sobre él fue el castigo por nuestra paz, y por su llaga fuimos sanados ”(Isaías 53: 5).

En la cruz, Jesús cargó con nuestras enfermedades para que nosotros no tuviéramos que soportarlas. Las Escrituras nos dicen: “Él mismo tomó nuestras debilidades y llevó nuestras dolencias” (Mateo 8:17). Su pacto con nosotros, a través de Su sangre, es para nuestra completa salvación y restauración, que incluye la curación de nuestros cuerpos. Este es un pacto eterno, lo que lo hace válido incluso hoy. (Hebreos 13:20) Cuando oramos por una persona enferma, necesitamos tener la certeza de que Dios es bueno, Su voluntad es sanar a todos, y

en la cruz, Jesús estableció un pacto que prevé la curación de nuestras enfermedades.

## Fe

Jesús prometió que si creemos, veremos la gloria de Dios (Juan 11:40). Para que ocurran milagros, nuestra fe también es importante. Jesús dijo: “Esta señal seguirá a los que creen; en mi nombre pondrán las manos sobre los enfermos, y sanarán ”(Marcos 16: 17,18). Si queremos ver vidas sanadas, debemos creer que, en el nombre de Jesús, las personas son sanadas incluso hoy. Nuestra fe no debe estar en nuestra capacidad o en nuestras oraciones. Jesús dijo: “Tened fe en Dios” (Marcos 11:22).

Los milagros ocurren solo en el nombre de Jesús. Cuando el Espíritu Santo obró a través de Pedro para sanar a un hombre lisiado, Pedro lo aclaró al declarar: “Sea sabido por todos vosotros, y por todos los hijos de Israel, por el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien crucificasteis. , a quien Dios resucitó de entre los muertos, por Él, este hombre está aquí entero ante ustedes ”(Hechos 4:10).

En varias ocasiones, Jesús también elogió la fe de los que estaban recibiendo el milagro. De camino a Jerusalén, pasó por Jericó. Al salir, un mendigo ciego estaba sentado al lado del camino y comenzó a invocar Su nombre. Cuando la gente le dijo al hombre que se callara, él gritó aún más fuerte: "¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!" (Marcos 10: 46-48). “Jesús envió a buscarlo y le preguntó: '¿Qué quieres que haga por ti?' El ciego le dijo: "Rabboni, para que pueda recuperar la vista". Entonces Jesús le dijo: 'Ve; tu fe te ha sanado. E inmediatamente recobró la vista y siguió a Jesús por el camino ”(Marcos

10: 51-52). En esta ocasión, fue la fe del ciego el que activó el poder del Espíritu Santo.

Las Escrituras nos dicen: “Jesús recorrió todas las ciudades y pueblos, enseñando en sus sinagogas, predicando el evangelio del reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia entre los pueblos” (Mateo 9:35). En una de las aldeas, “toda la multitud procuraba tocarle, porque de él salía poder y los sanaba a todos” (Lucas 6:19). Sin embargo, cuando Jesús entró en una ciudad más odiosa, todos lo tocaban, pero no había poder que fluyera de Él, y no había milagros. La gente podría haber dicho: “Jesús ya no sana. Solo sanó en la ciudad más odiosa. Él ha cambiado. El poder del Espíritu Santo para sanar fue para ayer, pero no para hoy ". Era el mismo Jesús en dos lugares diferentes, pero había diferentes manifestaciones del poder del Espíritu Santo.

Sin embargo, en la ciudad donde nadie estaba siendo curado, había una mujer que había estado sufriendo durante doce años y no podía ser curada por los médicos; tocó el borde del manto de Jesús y fue sanada inmediatamente. Jesús dijo: "¿Quién me tocó?" Cuando todos lo negaron, Pedro y nadie con él dijeron: “Maestro, la multitud te aprieta y te presiona, y dices: '¿Quién me tocó?'”. Pero Jesús dijo: “Alguien me tocó, porque percibí que el poder salía de mí. ”(Lucas 8: 45-46).

Jesús le dijo a la mujer: “Hija, ten ánimo; tu fe te ha sanado. Vete en paz ”(Lucas 8:48). Su fe no sólo activó el poder del Espíritu Santo, sino que también agradó al Señor. Las Escrituras nos dicen que sin fe es imposible agradar a Dios (Hebreos 11: 6). Jesús se regocija cuando la gente, incluso sin ver los milagros que Él realizó, todavía cree que Él es capaz y está dispuesto a sanar hoy.

En otras ocasiones, fue simplemente la compasión de Jesús lo que provocó el milagro. Cuando Jesús vio a un hombre que había estado enfermo durante treinta y ocho años, le preguntó: "¿Quieres ser sano?" (Juan 5: 6). El hombre no le dio una respuesta afirmativa, sino que le dio una excusa de por qué no podía ser sanado. Sin embargo, Jesús le dijo: "Levántate, toma tu lecho y anda". Y al instante el hombre se curó, tomó su lecho y echó a andar ”(Juan 5: 8-9). Más adelante en el texto, descubrimos que este hombre ni siquiera sabía quién era Jesús. El poder del Espíritu Santo vino sobre este hombre simplemente porque nuestro Dios es misericordioso y compasivo.

Mientras escuchábamos testimonios de personas que habían recibido una curación física en una cruzada en un pequeño pueblo de Nuevo México, un hombre mayor llegó a la plataforma, extremadamente molesto. Tomó el micrófono de mi mano y comenzó a dirigirse a la multitud, con una voz fuerte dijo: “No creo en nada de lo que están haciendo aquí. Pero cuando llegué aquí estaba ciego de mis ojos, ¡y ahora puedo ver! "

Nadie había orado por él, no tenía fe, pero simplemente por estar en la atmósfera de la presencia del Espíritu Santo, ¡Dios en Su misericordia lo había sanado! Le pregunté si creía ahora, y dijo que no tenía más remedio que creer. Luego le pregunté si le gustaría recibir a Jesús en su corazón; dijo que sí, y después de orar para recibir a Jesús, cayó en el escenario bajo el poder del Espíritu Santo.

## Poder

Cada circunstancia es diferente y cada persona es única. No hay fórmulas para recibir un milagro o para orar por un enfermo. Pero una cosa es cierta: para que ocurran milagros, el poder del Espíritu Santo debe ser

regalo. En Lucas 5:17 leemos: "El poder del Señor estaba presente para sanarlos". Esto implica que a veces el poder del Señor no está presente para sanar. Dios desea sanar, se ha establecido el pacto para nuestra sanidad, la gente puede tener toda la fe del mundo y podemos orar con todo nuestro corazón; pero si el poder del Espíritu Santo no está presente para sanar, no sucederá nada.

Creo que esta es la razón principal por la que no vemos a todos sanados hoy cuando oramos. No es por su falta de fe, más bien, es por la falta de poder. Hay diferentes niveles de intensidad en la unción, y todavía no hemos alcanzado el nivel que tenía Jesús. A medida que aprendamos a cooperar con el Espíritu Santo y le entreguemos nuestras vidas por completo, creo que veremos mayores manifestaciones de Su poder. Las Escrituras declaran: “Buscad al Señor y su fuerza; buscad su rostro para siempre! " (1 Crónicas 16:11, Salmo 105: 4). Nuestra motivación para buscar Su poder debe ser siempre nuestra compasión por los que están sufriendo, nuestro deseo de ver la voluntad de Dios establecida en los oídos y que el nombre de Jesús sea glorificado.

Tanta gente venía a los servicios en Cartagena, Colombia, que ya no podíamos caber dentro del edificio de la iglesia. El pastor decidió trasladar la reunión a la acera afuera de la iglesia, al lado de una calle muy transitada. Automóviles, autobuses y motocicletas pasaban muy cerca de nosotros mientras adorábamos y compartíamos el evangelio.

Cuando comenzamos a orar, la gente comenzó a caer bajo el poder del Espíritu Santo en la acera, y muchos fueron sanados, aunque nadie les había puesto las manos encima. Fue hermoso ver tantas vidas recibir a Jesús y escuchar tantos testimonios de sanación esa noche. Un hombre testificó que estaba

sentado en su motocicleta al lado del camino, escuchando el mensaje. Tenía artritis en la rodilla, pero mientras orábamos, escuchó un estallido y se curó de inmediato. Saltando y regocijándose, testificó de lo que el Señor había hecho por él.

## El reino de dios

Jesús nos enseñó a orar: “Venga tu reino. Hágase tu voluntad en los oídos como en el cielo ”(Lucas 11: 2). El Señor hizo esto porque la voluntad de Dios no se está haciendo en los oídos como se está haciendo en el cielo. Cuando vemos dolor y sufrimiento a nuestro alrededor, debemos darnos cuenta de que no es la voluntad de Dios. En el cielo ya no habrá sufrimiento, ni tristeza, ni dolor ni enfermedad (Apocalipsis 21: 4). Esa es la perfecta voluntad de Dios para nosotros.

Para que la voluntad de Dios se haga y se establezca en nuestras vidas aquí en la tierra, su reino necesita venir. El reino de Dios se manifiesta hoy en día a través del poder del Espíritu Santo: “Porque el reino de Dios no es en palabras, sino en poder” (1 Corintios 4:20). El reino de Dios es la manifestación de la esencia del cielo, y se encuentra en el Espíritu Santo: “Porque el reino de Dios es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Romanos 14:17).

El mensaje que Jesús vino a traernos es realmente una buena noticia. Dijo: “El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios se ha acercado. Arrepentíos y creed en el evangelio ”(Marcos 1:15). Jesús nos está diciendo que podemos experimentar la realidad y la esencia del cielo no solo después de morir, sino también en nuestras vidas aquí en la tierra. Podemos experimentar justicia, gozo y paz (Romanos 14:17). Podemos saborear los poderes de la era venidera (Hebreos 6: 5). Podemos contemplar su belleza y su gloria (Salmo 27: 4, 2

Corintios 3:18). Jesús no solo vino para que a través de la fe en Él pudiéramos experimentar el cielo después de nuestra muerte; ¡También vino a traernos el reino de los cielos! Pero si realmente queremos experimentar la esencia y el poder del cielo aquí en la tierra, hay dos cosas que debemos hacer primero: Arrepentirnos y cree en el evangelio. Cuando elegimos apartarnos de nuestros pecados y recibir a Jesús en nuestro corazón, el reino de los cielos viene dentro de nosotros: “El reino de Dios está entre ustedes” (Lucas 17:21).

Si queremos ver milagros, señales y prodigios en medio de nosotros, necesitamos que el reino de Dios venga sobre nosotros. Jesús dijo: “Pero si echo fuera demonios por el Espíritu de Dios, ciertamente ha venido sobre ustedes el reino de Dios” (Mateo 12:28). Cuando las personas son liberadas y sanadas, es una señal de que el reino de Dios está sobre nosotros.

Podemos orar y creer, pero si el poder del Espíritu Santo no está sobre nosotros, no sucederá nada. Dios era bueno, Dios es bueno y Dios siempre será bueno. Cuando Jesús caminó en la tierra, su voluntad era sanar a todos los que acudían a él. Su voluntad hoy no ha cambiado, todavía desea sanar a todos los que vienen a Él (Hebreos 13: 8). Su pacto con nosotros a través de Su sangre incluye nuestra curación física (Isaías 53: 5). Pero sólo cuando Su reino se manifiesta en medio de nosotros a través del poder del Espíritu Santo, la gente realmente recibe sanidad sobrenatural.

Jesús les dijo a sus discípulos: “No temas, rebaño pequeño, porque es un placer para tu volante del Fa darte el reino” (Lucas 12:32). Sin embargo, si queremos que el reino de Dios no sólo esté dentro de nosotros, sino que también venga sobre nosotros, debemos desear la presencia del Espíritu Santo y vivir en santidad más que cualquier otra cosa en este mundo. Jesús dijo: “Busca primero el reino

de Dios y de su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas ”(Mateo 6:33). A medida que la presencia del Espíritu Santo y vivir una vida justa se convierte en nuestra prioridad, Jesús nos dota de Su poder y nos convertimos en portadores de Su reino. Jesús dijo a sus seguidores más cercanos: "Yo os concedo un reino, como mi Padre me lo concedió a mí" (Lucas 22:29).

Una vez que Su poder desciende sobre nuestras vidas, Jesús nos envía de la misma manera que envió a Sus discípulos cuando les dijo: "Yendo, predicad, diciendo: El reino de los cielos se ha acercado". Sana a los enfermos, limpia a los leprosos, resucita a los muertos, echa fuera demonios. De gracia recibisteis, dad de gracia ”(Mateo 10: 7-8). A medida que avanzamos en el poder del Espíritu Santo, el reino de las tinieblas es destruido, y el reino de Su amado Hijo es establecido. Cuando veamos Su reino y poder manifestado a través de nuestras vidas, nuestra oración siempre debe ser: "Tuyo es el reino y el poder y la gloria para siempre" (Mateo 6:13) .

Me asombra cada vez que escuchamos testimonios de lo que el Señor ha hecho durante los servicios de sanación que celebramos en todo el mundo. Hemos escuchado tantos testimonios que era imposible compartirlos todos. La mayoría de los milagros en nuestros servicios tienen lugar durante el tiempo de adoración. Algunas personas incluso han testificado de haber sido sanadas cuando estaban sentadas escuchando el mensaje. Nadie pone las manos ni ora específicamente por cada persona. El Espíritu Santo conoce la necesidad exacta de cada persona en los servicios, y ministra a cada uno específica e individualmente. Mucha gente describe un sentimiento como una corriente eléctrica, o un calor ardiente, cuando el Espíritu Santo viene sobre ellos para sanarlos. Muchas veces también describen un temblor, y en ocasiones incluso se caen al suelo.

En una de nuestras reuniones en Nairobi, Kenia, una mujer compartió que mientras estábamos adorando, vio una visión de Jesús acercándose a ella. Tenía un tumor en el abdomen y cuando Jesús la tocó, el tumor desapareció.

Una de las experiencias más hermosas que jamás haya tenido fue cuando ministramos al aire libre en Galilea, Israel, en la misma región donde Jesús realizó tantos milagros hace unos dos mil años, vimos al Espíritu Santo sanar muchas vidas de todo tipo. de diferentes enfermedades y dolencias. Una mujer testificó que vio una visión de Jesús bajando de una montaña, y Él extendió su mano hacia ella y le curó los ojos. Un hombre incluso testificó que era ciego de un ojo, y que mientras adorábamos al Señor, se le abrió el ojo y ahora podía ver perfectamente. Al final del servicio, oramos para que los niños fueran llenos del Espíritu Santo, y cuando una ola del poder del Espíritu Santo se apoderó de ellos, cayeron al suelo. La mayoría de ellos comenzaron a hablar en lenguas más extrañas. ¡Fue realmente asombroso contemplarlo!

Una de las manifestaciones más poderosas que he visto del poder sanador del Espíritu Santo tuvo lugar mientras ministrábamos en Bogotá, Colombia. El nivel de expectativa por lo sobrenatural era tan alto que después de compartir las Escrituras durante unos quince minutos, el reino de Dios vino sobre nosotros con poder y la gente comenzó a recibir sanidad en sus cuerpos.

Una mujer testificó que tenía cáncer de mama y que el tumor, que había sido extremadamente duro, había desaparecido. El Señor le devolvió la vista a un hombre que, durante quince años, sólo había visto sombras, pero ahora podía ver los colores perfectamente. Una mujer fue liberada de un espíritu suicida. Un niño recibió la restauración de su vista. Un hombre que había estado sordo de un oído durante veinte años fue completamente curado.

Cuando invitamos a aquellos que querían ser llenos del Espíritu Santo a pasar al frente, ¡la gente literalmente corría hacia el altar! Una ola del poder del Espíritu Santo se apoderó de ellos, y cientos fueron llenos del Espíritu Santo.

También fuimos testigos de muchos milagros durante un evento en Buenos Aires, Argentina. Me impactaron mucho los testimonios de una niña de unos seis años y su hermano de unos ocho años. Estaban sordos desde nacimiento, y durante la reunión pudieron oír por primera vez.

Jesús es el sanador, y sana con el poder del Espíritu Santo. El Espíritu Santo está en nosotros, y mientras ministramos, Él viene no solo sobre nuestras vidas, sino también sobre aquellos que necesitan ser sanados. Verdaderamente no hay nadie más valioso que este Espíritu Santo. Cuando viene sobre nuestras vidas, su reino y poder se manifiestan sobre los oídos. El Espíritu Santo quiere darnos poder, para que Su voluntad se haga a través de nuestras vidas en los oídos, así como se hace en el cielo (Mateo 6:10).

Capítulo doce

Transformado por el Espíritu Santo

# *Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo* la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor.

*2 Corintios 3:18*

## La imagen de dios

Nuestra mayor pasión en la vida debe ser amar al Señor con todo nuestro corazón, mente y fuerzas (Marcos 12:30). Nuestro mayor privilegio es conocer Su corazón pasando tiempo en Su presencia (Salmo 27: 4, Filipenses 3:10). Nuestra principal aspiración debe ser convertirnos en discípulos de Jesús, y nuestro

La misión más grande debería ser hacer discípulos de Jesús (Mateo 28:19). Como discípulos de Jesús, debemos hacer las obras que Él hizo y aún mayores (Juan 14:12). En su nombre, debemos predicar el evangelio, sanar a los quebrantados de corazón, poner en libertad a los oprimidos y sanar a los enfermos (Lucas 4:18).

Jesús dijo a sus discípulos: "Como el Padre me envió, yo también los envío a ustedes". Y habiendo dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo" (Juan 20: 21-22). Sólo mediante el poder del Espíritu Santo, y en Su nombre, podemos hacer las obras que Jesús nos envió a hacer.

Como discípulos de Jesús, no solo debemos aspirar a hacer las mismas obras que Él hizo, también debemos desear ser como Él. Como discípulos suyos, no solo debemos desear ser portadores de su poder, sino también portadores de su imagen. Cuando las personas miran nuestras vidas, deben ver no solo Su poder, sino también Su carácter y Su misma naturaleza. El Espíritu Santo es el único que puede transformar nuestras vidas para que reflejemos la imagen de Jesús en esta tierra: "Pero todos nosotros, con el rostro descubierto, mirando como en un espejo la gloria del Señor, estamos siendo transformados. a la misma imagen de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor ”(2 Corintios 3:18).

Las Escrituras declaran que Jesús "es la imagen del Dios invisible" (Colosenses 1:15). Y según Hebreos 1: 3, Jesús es "el resplandor de su gloria y la imagen expresa de su persona". Jesús incluso dijo: “El que ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14: 9). Así como Jesús era la imagen del Padre, nosotros deberíamos ser la imagen de Jesús en los oídos. Cuando la gente vio a Jesús, vio a Dios; y cuando la gente nos ve, debería ver a Jesús. Debemos ser "episodios de Cristo escritos no con tinta, sino por el Espíritu del Dios viviente" (2 Corintios 3: 3).

La imagen de Cristo se manifiesta a través del fruto del Espíritu: “El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza” (Gálatas 5: 22-23). Ésta es la misma esencia y naturaleza de Jesús.

Los ojos de Jesús están llenos de amor; cuando se le acercó un joven preguntándole cómo recibiría la vida eterna, Jesús, mirándolo, lo amó ”(Marcos 10:21). Su corazón está lleno de compasión: “Cuando vio las multitudes, estaba

movidos a compasión por ellos, porque estaban cansados y dispersos, como

ovejas que no tienen pastor ”(Mateo 9:36).

Jesús es una persona colina de gozo. Cuando sus discípulos compartieron con él las obras que el Espíritu Santo estaba haciendo a lo largo de sus vidas, “Jesús se regocijó en el Espíritu” (Lucas 10:21). Su paz interior era tan profunda que incluso pudo dormir en medio de una tormenta (Mateo 8:24). Él es "amable y humilde de corazón" (Mateo 11:29); cuando los niños se le acercaron, “los tomó en sus brazos, les impuso las manos y los bendijo” (Marcos 10:16). Él es “clemente y misericordioso, lento para la ira y grande en misericordia” (Joel 2:13).

Nuestro anhelo debe ser que el fruto del Espíritu sea una realidad en nuestras vidas. Pero no nos lleva mucho tiempo darnos cuenta de que hay aspectos de nuestro carácter que no reflejan la plenitud de la imagen y la naturaleza de Dios. Dios hizo a Adán y Eva a su imagen: “Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó ”(Génesis 1:27).

Adán y Eva llevaron la imagen de Dios en sus oídos, pero debido al pecado, la imagen de Dios fue distorsionada en sus vidas. Debido a su desobediencia, los deseos de la carne fueron

manifestada en el hombre: “Ahora son evidentes las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicería, odio, contiendas, celos, arrebatos de ira, ambiciones egoístas, disensiones, herejías, envidias, asesinatos, embriaguez, juerga y cosas por el estilo ”(Gálatas 5: 19- 21).

Los descendientes de Adán fueron engendrados a la imagen de Adán, no a la imagen de Dios: “Y vivió Adán ciento treinta

años, y engendró un hijo a su semejanza, a su imagen, y lo llamó Sed ”(Génesis 5: 3). Hemos sido engendrados a la imagen de Adán, y tenemos la naturaleza de Adán, pero algún día, llevaremos la naturaleza de Jesús: “Como hemos traído la imagen del hombre del polvo, también traeremos la imagen del hombre celestial ”(1 Corintios 15:49). Las Escrituras también nos aseguran: “Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a imagen de su Hijo” (Romanos 8:29).

No podemos conformarnos a la imagen de Jesús a través de nuestros propios esfuerzos. Podemos esforzarnos por cambiar, pero pronto nos damos cuenta de que no es posible con nuestras propias fuerzas. Es posible que podamos cambiar nuestras acciones, pero nunca podremos cambiar nuestra naturaleza. Puede que ya no sigamos robando, pero en nuestro corazón podemos seguir albergando envidia y celos. Puede que no matemos, pero podemos seguir mostrando odio y arrebatos de ira. Puede que no cometamos adulterio, pero aún podemos sentir lujuria en nuestro corazón. Puede que no nos postramos ante los ídolos, pero aún podemos adorar las posesiones materiales. Podemos hacer buenas obras, pero aún podemos tener ambiciones egoístas.

## Transformado al contemplar su rostro

A través de reglas y regulaciones, las religiones pueden intentar modificar nuestro comportamiento, pero solo el Espíritu del Señor es capaz de transformar nuestra naturaleza y esencia misma. Es parecido a la

diferencia entre un cambio físico y un cambio químico. Un cambio físico provoca una transformación en la forma de un objeto, pero su composición sigue siendo la misma. Las moléculas se reorganizan, pero la estructura interna no se altera.

Por otro lado, un cambio químico no solo transforma la forma del material del dado, sino que también cambia la composición del material al alterar la estructura real de las moléculas del dado. Por ejemplo, si tomamos unas tijeras y cortamos un trozo de papel cuadrado en un trozo de papel redondo, la forma del papel cambia, pero sigue siendo papel. Sin embargo, si tomamos un trozo de papel y le prendimos fuego, no solo cambiará la forma del papel, sino también su composición. Ya no será papel; se transformará en cenizas. Se cambia la esencia misma del papel.

Las religiones pueden cambiar la forma en que vivimos, pero solo el Espíritu Santo puede transformar nuestra propia naturaleza. La religión intenta cambiarnos de afuera hacia adentro; El Espíritu Santo nos transforma de adentro hacia afuera. A medida que el Espíritu de Dios transforma nuestra naturaleza, nuestro comportamiento también cambia. Comenzamos a amar lo que Él ama y rechazamos lo que Él rechaza. Comenzamos a amar a la gente y comenzamos a odiar el pecado. Nos volvemos misericordiosos con los odios, lentos para la ira, pacientes y amables. Nuestros corazones comienzan a sentir compasión por los heridos, y nuestras almas reflejan la paz. Nuestras acciones manifiestan humildad y mansedumbre, y nuestros ojos están llenos de Su amor.

Esta transformación solo tiene lugar cuando contemplamos en nuestros corazones la gloria de Dios en el rostro de Jesucristo. Las Escrituras declaran: “Dios ha resplandecido en nuestros corazones para iluminar el conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Jesucristo” (2 Corintios 4: 6). Cuando volvemos nuestros ojos hacia Jesús y miramos completamente Su rostro maravilloso, somos transformados a Su imagen. El rey David escribió: "Cuando dijiste: 'Busca mi rostro', mi

corazón te dijo: 'Tu rostro, Señor, buscaré' ”(Salmo 27: 8). Debido a que el rey David estaba decidido a buscar y contemplar el rostro del Señor, su corazón se transformó y se convirtió en un hombre conforme al corazón de Dios (1 Samuel 13:14).

El proceso de las latas es similar a sentarse cerca de un gran fuego. Sin hacer ningún esfuerzo, las cualidades del fuego comienzan a impartirse en nuestras vidas. Nuestra piel de repente comienza a calentarse e incluso comienza a enrojecerse. Cuanto más nos acercamos al fuego, mayor es la influencia que tiene sobre nosotros. De manera similar, cuando nos acercamos al Espíritu del Señor que habita dentro de nosotros y simplemente contemplamos Su gloria, las cualidades y la naturaleza de Jesús se imparten sobrenaturalmente en nuestras vidas.

Los apóstoles Santiago y Juan tenían personalidades tan fuertes que se les conocía como los Hijos del Trueno. Cuando Jesús no fue recibido amablemente en un pueblo de Samaria, Santiago y Juan dijeron: "Señor,

¿quieres que mandemos que baje fuego del cielo y los consuma, tal como lo hizo Elías?" Pero Jesús los reprendió y dijo: No sabéis de qué espíritu sois. Porque el Hijo del Hombre no vino para destruir la vida de los hombres, sino para salvarlos ”(Lucas 9: 53-56). Como no conocían el Espíritu Santo, estaban dispuestos a enviar juicio sobre los samaritanos.

Cuando llegamos a conocer el Espíritu Santo, conocemos el propósito por el cual vino Jesús: "Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino que el mundo por medio de Él puede ser salvo" (Juan 3:17). . Jesús también dijo: "No vine a juzgar al mundo, sino a salvar el mundo" (Juan 12:47).

Más tarde, Santiago y Juan ambos experimentaron sorprendentes transformaciones en sus vidas. Juan hizo algo notable

declaraciones. Él escribió: “Amados, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios; y todo el que ama es nacido de Dios y conoce a Dios ”(1 Juan 4: 7). Incluso escribió: “Por medio de lazos conocemos el amor, porque Él dio su vida por nosotros. Y también nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos ”(1 Juan 3:16). Juan, un hombre que estaba dispuesto a mandar fuego para destruir vidas, estaba tan transformado que ahora estaba dispuesto a dar su vida por otros.

Santiago realmente dio su vida por el Señor y sus hermanos:

“El rey Herodes arrestó a algunos que pertenecían a la

iglesia, con la intención de perseguirlos. Hizo que mataran a Santiago, el hermano de Juan, con la espada ”(Hechos 12: 1-2). ¿Cómo se produjo tal cambio en sus vidas? ¿Qué causó que los corazones de esos hombres se transformaran hasta el punto en que estaban dispuestos a morir por su amor por el Señor y los demás? Ambos han visto la gloria del Señor. Juan escribió: “Contemplamos Su gloria, la gloria como del unigénito de un Padre, lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:14).

El Espíritu Santo manifiesta el reino de Dios cuando revela el poder y la esencia del cielo (1 Cor. 4:20, Romanos 14:17); El Espíritu Santo manifiesta la gloria de Dios cuando revela la naturaleza de Dios mismo en el rostro de Su Hijo Jesús (2 Corintios 4: 6). El Espíritu Santo es el Espíritu de Gloria (1 Pedro 4:14), y solo Su gloria revelará el esplendor de la belleza y santidad de Jesús a nuestros corazones (Juan 16:14).

El reino de Dios se nos acerca a través del poder del Espíritu, pero debemos acercarnos a Dios para contemplar Su gloria. Esta fue la oración de Jesús por nosotros: “Padre, quiero que también los que me diste, estén conmigo donde yo estoy, para que vean mi gloria que me has dado” (Juan 17:24). Jesús desea que moremos en el Lugar Secreto de nuestro

ser más íntimo, donde Él está, para que podamos contemplar Su gloria. Muchas personas hoy en día pueden experimentar Su reino y poder a través del Espíritu Santo, pero la verdadera transformación llega cuando contemplamos Su rostro.

## Por favor, muéstrame tu gloria

Moisés había visto la manifestación del poder de Dios a través de grandes señales y maravillas. Dios había prometido que Su misma presencia iría con Moisés dondequiera que fuera. Sin embargo, Moisés deseaba más. No solo quería conocer el poder de Dios y sus caminos (Salmo 103: 7), también quería ver el rostro de Dios. Dijo que muriera Señor: “Por favor, muéstrame tu gloria” (Éxodo 33:18). El Señor le dio a Moisés algunas instrucciones antes de que pudiera contemplar la gloria de Dios. Asimismo, también debemos estar dispuestos a seguir estas instrucciones si deseamos ver Su rostro.

El Señor le dijo a Moisés: “Por tanto, prepárate para la mañana, y sube por la mañana al monte Sinaí, y preséntate ante mí en la cima de la montaña” (Éxodo 34: 2). Primero debemos acercarnos a Dios (Santiago 4: 8). Si queremos que Su gloria descienda, primero debemos ascender. El rey David escribió: “¿Quién subirá al monte del Señor? ¿O quién podrá estar en su lugar santo? El de manos limpias y corazón puro, que no alzó su alma a un ídolo, ni juró con engaño. El recibirá bendición del Señor, y justicia del Dios de su salvación. Este es Jacob, la generación de los que le buscan, los que buscan tu rostro ”(Salmo 24: 3-6). El Señor pregunta: "¿Quién va a ser la persona que entre en Su presencia y permanezca en el Lugar Secreto?"

El Señor compara entrar en Su presencia con subir a una montaña. Escalar una montaña no es tarea fácil; se necesita mucha dedicación y un gran esfuerzo para poder llegar a la

cima. De manera similar, permanecer en la presencia de Dios requiere un gran sacrificio. Necesitamos invertir nuestro tiempo, estar dispuestos a morir a nuestros deseos y superar las preocupaciones de la vida para ascender a la colina del Señor. Pero una vez que estamos en la cima, todo cambia. Desde la cima de una montaña, podemos ver más furiosos, y la forma en que vemos el mundo también cambia, de manera similar, en la presencia de Dios, el Espíritu Santo nos muestra los porvenir y nos revela su perspectiva sobre el futuro. vida. Incluso donde parece que no hay futuro, Él nos da esperanza al revelarnos Sus sueños.

No es necesario que escalemos una montaña real para encontrarnos con Dios, ya que la gloria de Dios se revela en nuestros corazones a través del Espíritu Santo (2 Corintios 4: 6). Pero debemos elevar nuestras almas, no a un ídolo, sino al Señor. Las Escrituras declaran que debemos acercarnos al Señor con manos limpias y corazón puro. Jesús declaró: “Bienaventurados los de limpio corazón, porque todos verán a Dios” (Mateo 5: 8). Sólo a través de la sangre de Jesús podemos acercarnos a Dios con manos limpias y corazón puro (Hebreos 10:19). Santiago 4: 8 no solo nos anima a acercarnos a Dios, sino también a limpiar nuestras manos y purificar nuestro corazón.

Moisés murió sólo uno de su generación y subió a la montaña. Él le dijo a la gente: "Tuviste miedo a causa del fuego, y no subiste al monte" (Deuteronomio 5: 5). De manera similar, hoy mucha gente tiene miedo de las manifestaciones del fuego del Espíritu Santo. Prefieren no acercarse al Señor; como resultado, pierden la oportunidad de contemplar Su gloria.

Durante la época de Jesús, hubo varios grupos diferentes de personas que lo siguieron. Hubo multitudes que lo siguieron a causa de sus milagros, y

porque les dio de comer de pan (Mateo 19: 2). Había un grupo de setenta hombres a quienes llamó para proclamar las buenas nuevas del reino de Dios, para sanar a los enfermos y liberar a los oprimidos (Lucas 10: 1-12). También estaba el grupo de Sus doce discípulos, quienes caminaron de cerca con Él mientras Él les revelaba los misterios del reino de Dios y los preparaba para continuar Su ministerio en la tierra (Lucas 6:13). Pero de los doce, otro era un grupo de hombres horribles que eran Sus amigos más íntimos. Estos fueron sólo cuando los llevó a la cima del Monte de la Transfiguración, ya quienes reveló Su gloria: “Tomó a Pedro, Juan y Santiago y subió al monte a orar” (Lucas 9:28).

Jesús manifestó el poder del reino de los cielos a las multitudes, pero reveló Su gloria sólo a Pedro, Santiago y Juan. Cuando estaban en la cima de la montaña, las Escrituras declaran: “Mientras oraba, se alteró el aspecto de su rostro, y su manto se volvió blanco y resplandeciente” (Lucas 9:29). Y además, la Biblia nos dice: “Vieron su gloria” (Lucas 9:32). Creo que el Señor eligió a esos hombres terribles porque deseaban más para recibir Sus bendiciones; Anhelaban conocer Su corazón y ser transformados a Su imagen. La Biblia habla de toda una generación que ascenderá a la colina del Señor. Mi esperanza es que nuestra generación sea la que lo busque, la que busque Su rostro (Salmo 24: 6).

Una vez que Moisés ascendió a la montaña, tuvo que pararse sobre una roca. El Señor instruyó a Moisés: “Aquí hay un lugar junto a mí, y estarás sobre la roca” (Éxodo 33:21). No es suficiente que nos acerquemos a Dios con corazones puros, también debemos tomar la decisión de pararnos sobre la roca, que representa a Jesucristo. (Salmo 89:26) Solo a través de Jesús podemos acercarnos a Dios. Jesús dijo: “Yo soy de camino, la verdad y la vida: nadie viene al Padre si no es por mí” (Juan 14: 6).

Dios dijo que, si Moisés seguía sus instrucciones e hacía las cosas naturales, Dios haría lo sobrenatural. Le dijo a Moisés: “Sucederá que mientras pase Mi gloria, te pondré en la hendidura de la peña, y te cubriré con mi mano mientras yo pase. Entonces apartaré mi mano y verás mis espaldas; pero mi rostro no se verá ”(Éxodo 33: 22-23). Mientras levantamos nuestras almas con manos limpias y corazones puros al Señor, eligiendo estar de pie sobre Cristo Jesús, el Señor hace lo sobrenatural: Él nos esconde en Cristo, la Roca de nuestra salvación (2 Samuel 22:47). Solo cuando estemos escondidos en Cristo podremos contemplar la gloria de Dios.

Moisés quería ver el rostro de Dios, pero solo se le permitió ver Su espalda. No pudo contemplar el rostro del Señor, porque sus pecados no habían sido expiados. Por tanto, Moisés fue separado de la gloria de Dios: “Porque todos han pecado y están destituidos de la gloria de Dios ”(Romanos 3:23). Por esa razón, el Señor tuvo que cubrir (es decir, separar) a Moisés con Su mano. Pero debido al sacrificio de Jesús, nuestros pecados han sido expiados, y tenemos un privilegio que ni siquiera Moisés experimentó: "Pero nosotros todos, con el rostro descubierto, contemplando como en un espejo la gloria del Señor" (2 Corintios 3 : 18). El velo que nos separaba de contemplar plenamente la gloria de Dios en el rostro de Jesús ha sido quitado por Su sacrificio en la cruz (Marcos 15:18).

Mientras la gloria del Señor descendía, Moisés solo pudo ver la espalda del Señor y escuchar Su nombre: “Ahora el Señor descendió en la nube y se paró junto a él, y proclamó el nombre del Señor. Y el Señor pasó ante él y proclamó: "El Señor, El Señor Dios, misericordioso y piadoso, paciente, y abundante en bondad y verdad, que guarda misericordia a millares, perdona la iniquidad y la transgresión y el pecado, de ninguna manera tendrá por inocente al malvado, visita

la iniquidad de los padres sobre los hijos y los hijos de los hijos hasta la tercera y cuarta generación. ' Entonces Moisés se apresuró, inclinó la cabeza a tierra y adoró ”(Éxodo 34: 5-8). La manifestación de la gloria de Dios no solo nos transforma, sino que también despierta un asombro indescriptible en nuestro corazón que nos mueve a adorarlo por quien realmente es.

Después de contemplar la gloria de Dios, las Escrituras nos dicen que la piel del rostro de Moisés brilló (Éxodo 34:30). Pero no solo se transformó la apariencia de su rostro, su corazón también se transformó. Moisés había sido un hombre agresivo. Cuando vio a un egipcio golpeando a un hebreo, mató a un egipcio y escondió su cuerpo (Éxodo 2:12). Sin embargo, más tarde leemos acerca de Moisés: “Ahora bien, Moisés era muy manso, más todos los hombres que estaban en el rostro de los oídos” (Números 12: 3). La naturaleza misma de Moisés había sido transformada al estar expuesto a la gloria de Dios.

El apóstol Pablo hace la siguiente pregunta: “Pero si el ministerio de la muerte, escrito y grabado en piedras, fue glorioso, así los hijos de Israel no pudieron mirar fijamente el rostro de Moisés a causa de la gloria de su semblante, que gloria estaba pasando, ¿cómo no será más glorioso el ministerio del Espíritu? (2 Corintios 3: 7-8) El ministerio del Espíritu Santo en nuestras vidas puede exceder incluso la manifestación de la gloria de Dios que Moisés experimentó.

Las personas expuestas a la radiación ionizante pueden sufrir daños en los tejidos vivos, mutaciones, enfermedad por radiación, cáncer e incluso la muerte. Después de un accidente nuclear, las personas en la región circundante deben ser evacuadas para evitar víctimas debido a la radiación. Pero si alguien llegara a la región donde ocurrió el accidente nuclear, no sería capaz de ver o detectar la radiación con sus sentidos naturales. Las

células del cuerpo podrían sufrir una mutación de relleno de daño sin que ellos lo sepan.

Cuando estamos expuestos a la gloria de Dios, también hay una transformación que tiene lugar en nuestras vidas sin que nos demos cuenta. Las Escrituras declaran: “Moisés no sabía que la piel de su rostro brillaba” (Éxodo 34:29). La exposición a la radiación ionizante causa mutaciones dañinas en las personas, pero la exposición a la gloria de Dios causa una transformación maravillosa en nuestras vidas.

Hay formas muy estándar de limitar la exposición a la radiación ionizante. El primero es limitar o minimizar el tiempo de exposición de la matriz, con el fin de reducir la dosis de la fuente de radiación. El segundo es aumentar nuestra distancia de la fuente de radiación, ya que la intensidad de la radiación disminuye drásticamente con la distancia. La tercera forma es protegerse de la radiación. Las barreras de plomo, hormigón o agua brindan una protección eficaz contra partículas energéticas como los rayos gamma y los neutrones.

De manera similar, limitamos nuestra exposición a la gloria de Dios al no pasar suficiente tiempo en Su presencia y al no acercarnos al Señor. Muchas veces también estamos protegidos de la gloria de Dios a causa de nuestro pecado, vergüenza y culpa, impidiendo que podamos experimentar la belleza del Señor y de la vida a la luz de su rostro (Proverbios 16:15).

Cuando decidimos contemplar la gloria del Señor, entramos en un proceso por el cual el Espíritu Santo nos transforma de gloria en gloria en la imagen de Cristo. Pero no seremos completamente cambiados hasta que Jesús regrese por nosotros. Las Escrituras nos dicen que cuando Jesús regrese, “No todos dormiremos, pero seremos transformados en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, finalmente vencidos” (1 Corintios 15: 51-52). Las Escrituras nos dan morir

seguridad: “Sabemos que cuando Él sea revelado, seremos semejantes a Él, porque lo veremos como Él es” (1 Juan 3: 2).

Después de ministrar en varios servicios en un evento en Toronto, estaba tan exhausto que simplemente me acosté de espaldas en el piso en el altar en el frente de la iglesia. Mientras descansaba con los ojos cerrados, podía sentir la presencia manifiesta del Espíritu Santo a mi alrededor. De repente, comencé a ver el rostro del Señor. La profundidad del amor y la dulzura en Sus ojos era indescriptible, y mientras me miraba, sonrió. Le devolví la sonrisa y las lágrimas llenaron mis ojos. Sentí las lágrimas rodar lentamente por los lados de mi rostro, llenando mis oídos. Él sabía que yo entendía Su corazón, y yo sabía con certeza que Él entendía el mío.

Cuando la belleza de la persona de Jesucristo cautiva nuestro corazón, comenzamos a vivir los momentos en que el Espíritu Santo nos vuelve a revelar un destello de Su rostro. Vivimos por esta promesa: “Tus ojos verán al Rey en su hermosura” (Isaías 33:17). Todos los días, anhelamos que el Espíritu Santo nos revele la gloria de Dios en el rostro de Jesucristo, y deseamos que nuestra vida sea transformada continuamente a Su imagen, hasta que el día que contemplemos Su rostro plenamente: “Como para mí, veré tu rostro en justicia; Estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza ”(Sal. 17:15).

Referencias

1. Lawson, James G. Experiencias más profundas de cristianos famosos. (New Kensington: Whitaker House: 1998) (págs. 74-75)
2. Lawson 134
3. Lawson 138
4. Lawson 171
5. Lawson 177
6. Oswald J. Smith, The Revival We Need (Nueva York, NY: The Christian Alliance Publishing Company, 1925) (págs. 42-43)
7. “John G. Lake, un hombre de curación” Healing Rooms Ministries, 28/7/2010

[www.healingrooms.com](http://www.healingrooms.com/)

1. Helen Hosier, Kathryn Kuhlman: Tire Life She Led, the Legacy She Left (Wheaton, IL: Tyndale House Publisher, 1971) (págs. 32-33)
2. "gravedad". Wikipedia: http: //en.wikipedia.org/wild/Gravitation
3. "fuego". The American Heritage® Dictionary of die English Language, cuarta edición. Houghton Mifflin Company, 2004. 10 Tun. 2007. <Dictionary.com <http://dictionary.reference.com/browse/fire>>
4. Wikipedia,

[https: / / en.wikipedia.org/wiki/Emancipatio](http://dictionary.reference.com/browse/fire)n\_proclamation

1. De la esclavitud (1901) págs. 19-22

